

ISSN 0120-0216



aleph



julio/septiembre, 2022. Año LVI

Nº 202



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Carmen Millán
Obra de Pilar González-Gómez

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo (✉)
Valentina Marulanda (✉)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Andrés-Felipe Sierra S.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel. +57.606.8864085

<http://www.revistaaleph.com.co>

e-mail: carlosaleph@gmail.com

Carrera 17 N° 71-87

Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación:

Andrea Betancourt G.

Impresión:

Xpress - Estudio Gráfico y Digital

julio/septiembre 2022

aleph

Año LVI

" en la vida del hombre la búsqueda determina el estilo "

Marco Ferreri (director de La Gran Comilona)

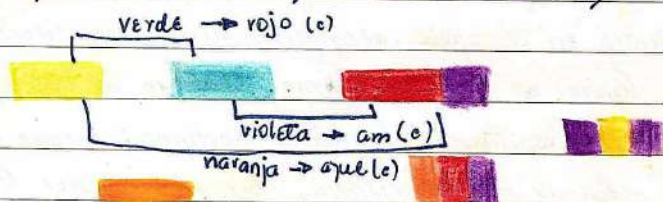
" Duermes bajo la tierra // aúerme bajo el tiempo "

J. Brassens.

" En aquel sitio el buen tono se halla una octava más bajo " Aforismos.

Ley del Contraste Simultáneo. Van Gogh.

" Si se combinan dos colores primarios, el amarillo y el rojo, para componer un color binario: el anaranjado, este color binario alcanzará su máximo de brillantez cuando más se aproxime al color primario no empleado en la mezcla."



" De igual modo, si se combina el rojo para producir el violeta, este color binario resaltará por la vecindad inmediata del rojo. Se llama con razón complementario, a cada uno de los tres colores primitivos, por relación al color binario que le corresponde... "

Carmen Millán

Aspiro a no tener oficina, y menos amoblada por Arteco,
a no decir ni escribir "y por ende", "como corolario del
inaturalismo", "rancia estirpe de la autonomía de la voluntad
privada" "merced a la noición de mareado sabor positivista" y
" toda vez que".

Aspiro a que nadie me pida puesto o me haga antecala,
a no tener que nombrar o desnombrar a alguien.

Aspiro a tener casa sin teléfono y escritorio chico,
a lucir jeans, faldas floreadas y a no usar medias
largas. Aspiro a aprender a montar en bicicleta

Aspiro a seguir siendo impertinente, a servir a
quien no tenga con qué pagarme y a que nadie me
involucre en el oficio abogaderil diciéndome "doctora"

Aspiro a tener el honor dichoso de acostar a
mis hijos repitiendo el ritual nocturno: buenas noches
Juanis, buenas noches María, buenas noches Camilo,
a apagar la luz y a dejar entreabiertas las puertas.

701

"Y, peregrino de alguna fuente he tomado un trago de
que luego se me formó el dulce veneno de la nostalgia"

Hermann Hesse (En el palmario)

Carmen Millán (Agosto 1992)

Carmen Millán, dialogante interdisciplinar y los 80 años del Instituto Caro y Cuervo

Carlos-Enrique Ruiz, Paula-Andrea Marín

Carmen Millán ha sido la directora general del Instituto Caro y Cuervo (ICC) desde noviembre de 2013. La fecha de realización de esta entrevista (junio de 2022, en la Casa Cuervo Urisarri, en Bogotá), a propósito de la celebración de los 80 años del Instituto, coincidió con su decisión de cambiar nuevamente el rumbo de su vida: desde el 30 de junio, Carmen Millán deja su cargo como directora y dedicará sus días a acompañar a su esposo en un exigente trance de salud, el ingeniero Juan Benavides, con quien comparte su vida desde los 17 años.

Hija de maestros, Carmen Millán nació en Cali, en 1955; a muy temprana edad, su familia se mudó a Bogotá. Es bachiller del Instituto Pedagógico Nacional Femenino y en 1977 se graduó en Derecho de la Pontificia Universidad Javeriana (PUJ). Tras varios años de ejercer como abogada en el Tolima, en la década de 1990 viajó a Estados Unidos junto a su esposo y a sus dos hijos para cursar una maestría en Administración Pública y una maestría y un doctorado en Español, en Pennsylvania State University, gracias a una beca Colfuturo-Fullbright. A su regreso a Colombia, en 1997, fue la directora académica de Colfuturo y, al año siguiente dirigió el proceso de reorganización del Instituto Pensar (PUJ), en donde trabajó hasta 2013 y llevó a cabo diversos proyectos como la creación de semilleros de investigación con



jóvenes investigadores, el inicio de la línea de género y la coorganización del Ciclo Rosa.



Siguiendo otra de sus grandes pasiones (la música), desde su regreso al país Carmen Millán ha sido la realizadora del programa radial de la emisora de la PUJ “Música y literatura”. Sus intereses investigativos han sido diversos, guiados por una mente transdisciplinar; de ellos han surgido sus libros: *Entre ekobios. Manuel Zapata Olivella. Invitaciones al archivo y espacios investigativos* (2019), coeditado junto a Peter Rondón; *Mujeres en la música en Colombia. El Género de los Géneros*, en coedición con Alejandra Quintana (2013); *Pensamiento Colombiano del Siglo XX*, tres volúmenes coeditados junto a Guillermo Hoyos-Vásquez, Santiago Castro-Gómez y Alberto Flórez (2007, 2008, 2013); *De Usted atentamente. Manual para la conservación de cartas y papeles personales* (2009); *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*, coeditado junto a Ángela-María Estrada Vélez (2003); *Los desafíos de la transdisciplinariedad*, coeditado con Alberto Flórez (2002); *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada. La cosmografía española del siglo XVI y El conocimiento por cuestionario* (2001)

Este Reportaje se cumplió en diálogo con grabadora a mano, al recuperar temas de una fallida entrevista para la Radio UN, en 2011, aprovechando su presencia como invitada en el ciclo “Cátedra abierta – Grandes temas de nuestro tiempo”, realizado ese año con el tema: “Música, literatura y pensamiento”, en la sede Manizales de la Universidad Nacional de Colombia, cuya lección expuesta fue: “El vientre de Mnemosina – Interrelaciones Música/Literatura”, texto que se publica en esta entrega, con los debidos enlaces en las ilustraciones musicales (pp. 65-74).

- *¿Cómo tomas la decisión de estudiar Derecho?*

Inicialmente, quería estudiar traducción simultánea. A mí me encantan las lenguas y desde niña llevaba mi diario en inglés para que mi mamá no me lo pudiera leer, entonces cuando salí del colegio hablaba francés e inglés muy

bien. Mi colegio me dio esa educación y cuando le dije a mi papá que quería estudiar traducción simultánea, que era una carrera que acababa de comenzar en Bogotá en la Universidad del Rosario, mi papá se rio y me dijo que cómo se me ocurría, que eso para qué, que qué otra cosa me gustaría. A mí me gustaba el derecho romano porque mi papá estudiaba derecho en una universidad nocturna y en esa época no había grabadoras ni nada de eso y el aprendizaje del derecho romano exigía memoria, entonces yo le ayudaba a estudiar a mi papá, yo le leía en voz alta. Siempre he leído muy bien en voz alta. Yo le ayudaba a leer y me parecía fascinante el mundo de Roma y el derecho romano. A mi papá le dio risa porque dijo: “¿Cómo así que derecho romano? La carrera no es derecho romano; pues estudia derecho”. Y yo dije: “Pues si a mí me dan derecho romano, no me importa”. Así me metí a estudiar derecho.

Esa es una formación que yo agradezco a la vida porque me ha servido en todo. Me ha servido en todos los cargos en los que he estado, no solo porque haya sido funcionaria pública. Trabajé con el gobierno departamental en el Tolima en cuestiones medioambientales; el derecho ambiental era un campo emergente en Colombia y a mí eso siempre me ha parecido el compromiso de todos los seres humanos y a donde voy llevo eso conmigo. Me ha servido para entender cómo funcionan las cosas, lo que ahora llaman «gobernanzas»: cómo trabajan las organizaciones, qué ciclo de vida tienen, para dónde van. Me interesa la prospectiva, la planeación por escenarios. Siempre me ha gustado eso y el derecho me ha acompañado en todas las cosas que he estado haciendo en la vida.

- Cuéntanos, por favor, el proceso que te llevó a realizar estudios de postgrado en Estados Unidos.

Yo soy de la primera promoción de Colfuturo y había unos campos del saber que se privilegiaban, en los que daban crédito-beca para cursar maestrías; no daban becas para doctorado. Tenía una “limitación” –que no lo fue, realmente– y era que mi marido ya estaba en Penn State estudiando el doctorado. Mi marido se fue con nuestros dos hijos adelante. Entonces me dije: “Yo puedo hacer una maestría en administración pública”. En ese momento, yo era la apoderada de la Nación colombiana en un proceso muy complicado de reparación de las víctimas de Armero. Yo estaba representando al Estado; estaba en el Tolima coordinando un grupo de abogados en esa defensa. Había más de 6.000 demandas contra el Estado y hasta que no llegara el primer paquete al Consejo de Estado, no podía abandonar el contrato.

Al tiempo que hice la maestría en Administración Pública, hice una maestría en Español –como se llama allá–, pero llegué a lo que a mí me gusta, que es el derecho romano. El derecho es una narrativa y yo trabajé con una medievalista: Ivy Corfis, quien me hacía clase a mí nada más en créditos R (Research) sobre Alfonso X El Sabio y las Siete Partidas. Ella era parte de un equipo que estaba publicando la obra legislativa de Alfonso X El Sabio con el seminario de estudios medievales en Wisconsin. El equipo estaba dirigido por Jerry Craddock, quien era uno de los grandes medievalistas con los que ella trabajaba. Eso fue, como dicen en inglés: *a match made in heaven*, porque yo era abogada, amaba el derecho romano y pude trabajar en las Siete Partidas a mi gusto, por dos años. Así me pude graduar en la maestría de Administración Pública y en la maestría de Español con énfasis en medieval, con una tesina sobre la partida 3.6.3 de Alfonso X El Sabio, que es la partida que prohíbe a las mujeres el ejercicio de la abogacía.

Pasé al doctorado porque aprobé los exámenes preliminares. Había resistencia entre algunos profesores, porque yo no tenía pregrado en literatura y en el sistema estadounidense la personalidad profesional de alguien se define en los estudios de posgrado. Cuando yo estudiaba Administración Pública, había gente que era traductora o que había estudiado enfermería u otras carreras, entonces a mí qué me iba a decir un profesor que yo no podía hacer un doctorado en Literatura, si yo ya había pasado los exámenes. Habiendo sido como fui siempre una lectora muy juiciosa, debo decir que no fue sino meterme al doctorado en Español y fue cuando menos leí literatura en la vida porque me tocó dedicarme a leer teoría. Se leía una obra literaria y había que leer no sé cuánta teoría para poder analizarla desde los diferentes marcos teóricos. Aprendí muchísimas cosas y me divertí mucho desentrañando esas cajas de herramientas. Para resumirlo y hacerlo cortico: en cinco años, hice dos maestrías y el doctorado.

- Para tu primera Maestría desarrollaste trabajo relacionado con la erupción, en noviembre de 1985, del volcán nevado del Ruiz, luego abordaste los siguientes escalones, hasta el PhD, y asumiste otros temas para tesina y tesis, con investigaciones del siglo XV en España y con Alfonso X El Sabio, del siglo XIII...

Soy una persona fascinada por los archivos. Desde que empecé a estudiar para el doctorado, sabía que quería hacer algo del siglo XV, XVI, que tuviera que ver con Colombia; por eso me le medí al Epítome de la Conquista

del Nuevo Reino de Granada, que es un documento largamente atribuido a Gonzalo Jiménez de Quesada. Es un documento muy raro, lleno de voces, de deixis. Me encontré con un estudio de Demetrio Ramos, que dice que el documento sí es de Gonzalo Jiménez de Quesada y le hace unos insertos al manuscrito en su transcripción, a partir de sus conjeturas sobre el gran cuaderno pedido de Jiménez de Quesada. Yo pedí el microfilme de la Biblioteca Nacional de España y todos esos insertos que él había incluido en su transcripción, realmente no estaban en el original; lo odié con toda mi alma –a la manera de mis odios que duran como dos minutos–, por no ser juicioso. Yo había confiado en esa transcripción, sobre todo en algo que ya me interesaba mucho, pues según Ramos el Epítome decía: “En materia de policía civil estos indios son muy limpios porque aquí no consienten putos”; eso lo estaba diciendo él de los muiscas. Yo me dediqué feliz a lo de que “no consienten putos” y trabajé en la homosexualidad en las comunidades indígenas, pero resultó que el “no consienten putos” no está.

Aprendí muchísimo, pero perdí el tiempo para el efecto de la tesis porque la frase no estaba. Entonces me tocó hacer mi propia transcripción y mi propia teoría sobre el autor que, realmente, fue un compilador: Alonso de Santacruz, un cosmógrafo Real que recibía las Relaciones de quienes viajaban a Indias e inventó un cuestionario para seguir un eclipse que se vería alrededor del globo. Él sabía que para poder resolver el gran problema científico de la navegación de ese tiempo, que era la longitud terrestre, lo mejor sería medir a qué hora se vería el eclipse en cada una de las colonias españolas, así que se inventó un cuestionario para eso y para hacer, además, un mapamundi y una descripción del orden del Imperio. Los cuestionarios llegaron como seis meses después del eclipse, así que hubo pocas respuestas, pero las hubo. El Epítome es un recorte de respuestas de ese cuestionario; muy probablemente sí había textos de Jiménez de Quesada y también de las relaciones geográficas de Indias. Esa fue mi tesis doctoral.

- *¿Cómo fue tu regreso a Colombia?*

Yo hice lo que quise con mis estudios de posgrado. Quería de verdad estudiar administración pública porque tuve que lidiar con muchos funcionarios públicos y veía muchas limitaciones; después de manejar la situación con las víctimas de Armero me di cuenta de la cantidad de problemas que había en las interrelaciones entre los ciudadanos y el Estado. Cuando terminé el doctorado, me ofrecieron la defensa de la nación en un robo al Banco de la República

en Valledupar. Paré unos días en Washington para descansar y dar tiempo de que llegara mi trasteo a Colombia. En ese interregno se murió mi papá; yo tenía el cartón, el diploma para mostrárselo a mi papá. Él siempre había dicho que en este país había muchos doctores y muy pocos señores, y que qué alegría que yo tuviera mi doctorado. No le pude mostrar el diploma. Estuvo en cámara ardiente en el pueblo donde nació (Libano). Era personalidad de la política en el Tolima; él se burlaba de todo eso. Aprendí mucho de él. Cuando llegué y lo vi en su ataúd, le dije: “*Papito: yo ya le cumplí, ya le traje el título de doctorado; voy a dejar el derecho y me voy a dedicar a enseñar*”. Y así fue.

- *¿Cómo ocurrió tu vinculación a la Universidad Javeriana, en Bogotá?*

En mi trabajo en Colfuturo duré poco. Me cansé rápido porque no tenía la oportunidad de enseñar ni de compartir lo que había aprendido; mi gestión se fue mucho hacia lo administrativo. Sí tenía mucho contacto con la gente que estaba haciendo estudios de posgrado en el exterior y me parecía maravilloso, me sigue pareciendo maravilloso; pero ante la oferta de la Javeriana, me fui. A mí me conocían algunos profesores jóvenes de la PUJ, que habían sido enviados al exterior para que hicieran sus doctorados en las mejores universidades. A algunos de ellos los llamó el rector saliente de la Javeriana, en ese momento, el Padre Arango, para refundar Pensar, un instituto que no había entregado mayor resultado y dejó una cantidad de pleitos. El padre quería hacer un rediseño para entregarle a quien continuaba con el rectorado. Entonces, algunos de esos profesores me fueron a buscar para ver si los acompañaba en la organización del Instituto. Estuve sin sueldo no sé cuántos meses; me fui para allá porque me parecía muy chévere. Me tocó conseguir desde los muebles para poner en las oficinas y todo.

Me encargué del programa editorial del Instituto, de sus series editoriales. En la Javeriana, ninguna unidad, ninguna Facultad tenía series editoriales. Este era un instituto transdisciplinar que nació bajo el amparo de los estudios culturales (más del lado gringo que de la escuela inglesa), entonces había la discusión sobre las guerras de las ciencias, la transdisciplinariedad y muchas cosas que en un comienzo entraron a chocar con la organización por facultades y departamentos de la Universidad. El Instituto tuvo que posicionarse y emprender acciones de ruptura para que lo vieran como necesario para la Universidad.

- *En el Instituto Pensar desarrollaste múltiples actividades, incluso con la incorporación de estudios de género, el Ciclo Rosa,...* ¿Cómo se fueron desplegando esas labores?

Yo venía con una formación que me permitía ver que aquí no había estudios *queer*, no había una consideración de las sexualidades no normativas. En Estados Unidos, en el momento en que yo estuve, la sigla iba en LGBTTT (doble T), por los indígenas y algunas comunidades para quienes las sexualidades no normativas no son una carga sino una riqueza: *Twin Spirits* (espíritus gemelos de doble espíritu). Yo estudié todo eso con pasión y con alegría; eso sí fue una apertura para mí. Me dije: “Acá también tenemos que hacer una cosa así”. El género finalmente es una paleta donde están los XX, los XY, los XXX, fuera y entre los bordes heteronormativos. Había que trabajar teóricamente. No había estatutos para nada, ninguna reglamentación jurídica para que hubiera un oficial de enlace en la policía para las comunidades LGBT; y ni hablar de la legislación. El género que propuse al grupo de género fue así: una paleta con toda esa pluralidad, con las mujeres, las nuevas masculinidades y las diversidades sexuales.

Cuando se propuso el festival de cine Ciclo Rosa, la Javeriana lo recibió con los brazos abiertos. El Padre Gerardo Remolina, rector, mi gran amigo, me dijo: “Carmelita: si esto tiene altura académica, me parece maravilloso”. Muchos de los profesores –sobre todo sacerdotes– de la Javeriana han sido formados en Alemania y la propuesta llegó desde el Instituto Goethe. La persona que dirigía en ese momento el Goethe era Folco Näther, quien quería hacer un festival en homenaje a Rosa von Praunheim, realizadora de películas de ruptura; una de ellas se llama *El Einstein del sexo*, sobre una clínica especializada en la sexualidad humana que hubo en Alemania. Obviamente, tuvo que salir de la Alemania nazi. El ciclo se llamó Ciclo Rosa por Rosa von Praunheim. Quien hacía la curaduría –aparte de Folco– era quien es hoy estudiante del ICC en la Maestría en Literatura y Cultura, que fue director de la Cinemateca y que en ese momento trabajaba con el Goethe: Julián David Correa. De Medellín, venía Paul Bardwell y el Ciclo fue a Medellín y a otras ciudades; la Revista Kinetoscopio hizo eco a todo. De la parte académica, se encargó el Instituto Pensar.

En el Instituto, yo siempre estaba alerta a los cambios que iba dando la legislación, la organización de los Ministerios. La gente dirá que eso no sirve, pero para mí consiste en encontrar dónde hay que golpear y cómo se puede trabajar. Hubo dos cosas que fueron importantes: la creación del Observatorio de Ciencia y Tecnología, que funcionaba en la misma casita de Pensar, y la llegada de la plataforma CvLAC, importada de Brasil; con ella llegó la idea de los semilleros de investigación. Vi que aquí estaban funcionando unos muy

bien en Antioquia y me fui a mirar cómo eran y aprendí de ellos; regresé a proponer el semillero de jóvenes investigadores para Pensar. A los muchachos que querían hacer cruces transdisciplinarios los veían en sus facultades como perritos de cuadros, entonces empezamos a recibir a los que nadie les dirigía la tesis, quienes veían –como decía Myriam Marín, quien dirigía el Archivo Histórico de la Javeriana– objetos que estaban buscando investigador, no investigadores buscando objetos.

Empezamos a generar un programa de capacitación: el primer módulo era “Encuentra tu espacio investigativo”; ahí les enseñábamos cómo hacer una bibliografía que les sirviera para encontrar ese espacio. Investigar viene de dos palabras latinas: *in vestigium*, seguir la huella, y también añadir algo nuevo al conocimiento, así sea una bobada, pero tiene que ser algo nuevo porque solo eso le da a uno el gozo de aprender, de saber. Investigar es un gozo, es lo que llamaba mi amigo querido, Jorge Wagensberg, el gozo intelectual. Hacíamos también unas clases complicadísimas en equipo, para que la gente aprendiera a manejar las bases de datos, para que encontraran la última tesis doctoral sobre los temas que les interesaban, para que vieran el estado del arte: los últimos cinco años de producción; ahí empezaban a decantar sus temas, que eran loquísimos. Recuerdo ahora a uno de los jóvenes investigadores, que hoy es profesor en Atlanta y se doctoró en la Universidad de Emory. Él comenzó con un objeto de investigación: el cráneo del Doctor Russi en el Museo Nacional; trabajó mostrando cómo había funcionado ese artefacto, cómo había llegado, cómo, en realidad, no es el cráneo del Doctor Russi y por ahí entró a cómo se había leído la persona de Russi en la literatura. El cráneo se volvió la pieza del mes en el Museo y pudieron enriquecerla con toda la investigación. Todos los trabajos eran increíbles; siempre nos ganábamos todas las convocatorias de Colciencias y cuando no nos ganábamos alguna la Vicerrectoría de la Universidad nos daba unas becas especiales para podérselas dar a los que se quedaban.

- *¿De qué manera fue tu proceso en formación y despliegue en campos de la música, por afinidad espiritual, como investigadora y promotora?*

Estudí en un colegio fundado con el apoyo de la nación alemana: el Instituto Pedagógico Nacional Femenino. Música era una materia tan importante como cualquier otra, como podía ser gimnasia –también importantísima–. Allí nos enseñaban música con el método de Orff, entonces desde niñas mis hermanas y yo tocábamos flauta dulce, aprendimos a leer música. Yo aprendí guitarra y toqué con un grupo de música, mientras viví en el Tolima, y es-

tudí canto. Estuve en un grupo de música folclórica, comprometida con la investigación sobre la música del Tolima; sus integrantes eran unos muchachos voluntarios, militantes del MOIR (Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario) y estaban tocando música andina chilena, pero desconocían la riqueza de la tradición musical de su región. Entonces nos pusimos tras la huella de Cantalicio Rojas y la del grupo Cantatierra; es la investigación más completa que ha habido sobre su música.

Siempre me consideré una persona privilegiada, a quien la vida le había dado muchas más cosas que las que le ha dado a otra gente. Siempre tuve muchísima música a mi disposición, discos, revistas y una avidez por saberlo todo; yo quería compartir mi música y mis gustos con la gente. Fui voluntaria de la Federación Internacional de Juventudes Musicales, fundada en la Bélgica de la posguerra para tratar de llevar a la juventud a espacios de convivencia y paz, a través de las artes. Aprendí y viajé muchísimo por Europa y aprendí cómo hacer animación musical. Me dije: “Mis dos grandes amores son la música y la literatura; por qué no voy a compartir eso”. Empecé a hacer trabajo de Juventudes Musicales en Ibagué, la ciudad musical de Colombia. Organicé conciertos, teníamos grupos de estudio. Cuando me fui a estudiar a los Estados Unidos, hicimos un comité editorial divino con las profesoras de literatura comparada y le propusimos a la emisora de la Universidad (WPSU) un programa de música y literatura; nos dijeron “bienvenidas”. Aprendí montones; hicimos allá unos programas que nos dejaron muchas amistades y muchas enseñanzas. En alguna venida a Colombia, le regalé un par de casetes con los programas al director del Fullbright por ese entonces, el doctor Agustín Lombana, y él se los llevó a Camilo de Mendoza, quien era el director de Javeriana Estéreo; Camilo dijo: “Yo quiero a esa vieja acá” y así terminé en Javeriana Estéreo haciendo programas y escribiendo para la revista.

- Por una afortunada señal de escogencia llegaste a la dirección del benemérito Instituto Caro y Cuervo. Importante conocer ese proceso, con realizaciones de verdad encomiables, en virtud de tu alta formación intelectual y académica y de tu capacidad creativa...

Yo me aburrí en el Instituto Pensar porque se murió Guillermo Hoyos y me quitaron la coordinación editorial; ya no era el sitio que a mí me gustaba. Pedí cambio para Ciencias Sociales y allá empecé a dar mis clases sobre el Siglo de Oro y de la Colonia; estuve un semestre porque me llamó la ministra de Cultura (Mariana Garcés) y me ofreció la dirección del ICC. Algunas personas

me decían: “Carmelita: usted qué va a ir a hacer a ese sitio tan vetusto, usted que viene del Ciclo Rosa y toda esa vaina, cómo así”. Estaba esa percepción de que el Instituto era un sitio vetusto, pero una cosa era esa percepción y otra cosa era la producción editorial de ese lugar. En todas las bibliotecas del mundo, en todas las universidades había cosas producidas por gente de acá. Me puse a mirar el informe de Rendición de Cuentas y me pareció curioso porque no aparecían los investigadores ni la parte académica; solo la parte administrativa. Fui haciendo mis averiguaciones y me dije: “Pero si esto es una IES (Institución de Educación Superior), está en la Ley 30; esto debería ser como la ESAP”. Me vine para acá con dos cosas en mi cabeza: una, que este Instituto era el que le podía dar espacio académico al artículo que reconoce a Colombia como pluriétnica y multicultural, y también a ese artículo que dice que el castellano es la lengua oficial de la República y que las demás son lenguas oficiales en sus territorios; otra, que esto es una IES. Cuando llegué acá, me di cuenta de que habían hecho una reforma administrativa en donde la parte administrativa primaba sobre la parte académica. Lo que debía hacer era un trabajo para darle el debido lugar a la parte académica, porque había muy buenas iniciativas.



Había una serie de diplomados que eran una nota, llenos de gente que quería hacer esos diplomados; una necesidad que estaba siendo satisfecha. Había una Maestría en Literatura y Cultura y otra en Lingüística; luego se creó la de Enseñanza del Español como Lengua Extranjera y Segunda Lengua, la

de Estudios Editoriales y la de Escritura Creativa. El equipo es maravilloso y –como dicen las mamás–aquí no ha habido necesidad de empujar, sino más bien de atajar; me voy con esa alegría: cinco programas de maestría muy sólidos, uno que va en camino de acreditación de alta calidad, diplomados cada vez más lindos, más diversos, siempre llenos. La programación de educación continua de este Instituto es un lujo; hasta los de latín y griego se llenan, y los cupos son peleados. Eso no es obra mía; eso es el equipo, eso es entender dónde estaban los espacios de cada quien.

La Hacienda Yerbabuena es un espacio soñado para cualquier universidad y para cualquier proyecto académico. Veintitrés hectáreas en la Sabana con esas casas, con esas bibliotecas, con la Imprenta Patriótica, semejante tesoro nacional. Había que pensarse cada sitio, a ver cómo iba a ser: enriquecer las bibliotecas, trabajar en las enormes colecciones de los museos, que estaban guardadas, atarugadas, porque la casa que albergaba el Museo Romántico por poco se cae y estaba en restauración; ese trabajo todavía no termina. Pero también Yerbabuena, antes que cualquier otra cosa, es un predio localizado en el área del bosque andino, tributaria del Río Bogotá y por la mala fama que cogieron los eucaliptos, hubo una tala del bosque de eucaliptos que había allá. Era necesario hacer restitución ambiental y nos aplicamos a eso. Primero, fue reconstruir el jardín de la hacienda; para eso se tuvo el apoyo del Instituto Humboldt. Una de las primeras personas que yo invité a Yerbabuena fue a Brigitte Baptiste, porque fue una colega con la que trabajé mucho en la Javeriana y en el Cielo Rosa. Empezamos a pensar cómo podía ser. Supe que el Instituto se sienta en el Consejo Nacional de Patrimonio y aprendí sobre el PEM, el estatuto de Protección Especial y Manejo Patrimonial; eso me hizo pensar en que podía haber un PEM ambiental. Hemos venido trabajando en ello y no ha salido todavía su declaratoria, pero va a salir. Hemos conseguido como diez mil árboles que se han sembrado gracias a un pequeño proyecto con apoyo del Jardín Botánico de Bogotá para restablecer un humedal, que estaba ahí comido por la manigua. Después, cuando empezaron a talar los arbolitos de la Autopista Norte, como yo conocía un poquito de derecho ambiental por mi vida anterior, sabía que si estaban tirando un arbolito debían entregar tres. Me puse a averiguar y nos pusimos en contacto con la ANI (Agencia Nacional de Infraestructura) para buscar el camino hacia la restitución ambiental en Yerbabuena y la ganamos.

Este Instituto cumple ochenta años y yo no creo que deba seguir con la misma ley de hace ochenta años. Este Instituto debe tener personal académico

de planta, pero una planta decente, que reconozca el escalafón docente, toda la carga simbólica que tiene el ser un profesor titular, un profesor emérito. Este es un sitio exquisito, de saber exquisito, no porque sea para poquitos, sino porque tiene la mejor gente. Es enorme la cantidad de personas con doctorado que hay en este Instituto. Aquí se contrata a los mejores; nadie llega con recomendación, sino porque demuestra que es bueno. Creo que hay una oportunidad de oro porque estamos en los ochenta años y el Instituto puede hacer una súper campaña con el gobierno entrante, para que se presente un proyecto de ley con dos motivaciones fundamentales: los ochenta años y la trayectoria de este Instituto que le permitirá ser el encargado de adelantar la agenda del decenio de las lenguas indígenas decretado por Naciones Unidas y la Unesco, y del plan decenal de lenguas nativas de este país. Yo creo que es una ventana fantástica.

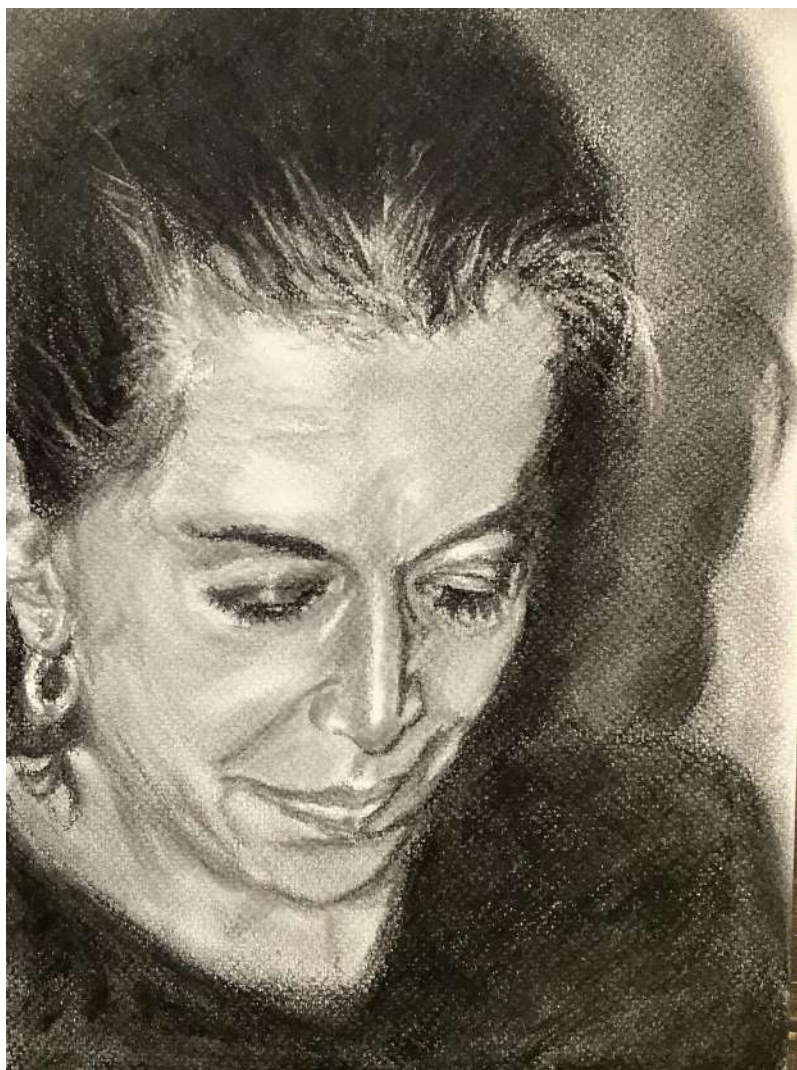
No creo en las figuras, creo en los equipos, en las personas que trabajan aquí, en la goma que tienen, en la pasión que tienen, el entusiasmo por lo que hacen. Hay unos programas buenísimos y siempre de una juventud y de una alegría que yo sé que van a salir al otro lado. Siento que hay alegría en los estudiantes, que hay comunidad académica, que hay grupos de investigación que se reúnen, que trabajan, que presentan, que proponen y eso es la academia: investigación, docencia y apropiación social. Me voy muy contenta porque sé que las personas que trabajan en el Instituto tienen muy buena energía; tengo una confianza enorme en todos. La vida con gente joven enseñando y dirigiendo es muy bonita. A mí los estudiantes de la Javeriana me enseñaron que uno no es viejo, sino que tiene juventud acumulada; yo me lo creo profundamente.

Me importan un comino las medallas, los pergaminos. Tengo grabada la frase de Luis Eduardo Aute: “Enemiga de la guerra y su reverso las medallas”, porque yo no he estado aquí en guerra; yo siempre he estado en el espacio del gozo intelectual. Estaré cerquita. Feliz con mis cerros de libros, escribiendo mi programa de radio. Seguro que si me necesitan para algo, aquí estaré.

*

Como puede apreciarse, Carmelita Millán es personalidad académica e intelectual, conocedora afortunada de temas múltiples, integrada a grupos de diálogo y libre examen en temas de la Cultura, con capacidad motivadora para la investigación, de resultados inocultables. Miembro Honorario de la Academia Colombiana de la Lengua, con múltiples distinciones. Congrega

sabiduría en música, literatura, pensamiento, con fervor por la comunicación radial, en programas fascinantes. En sus desempeños institucionales tuvo acierto en la formación de alumnos y en la gestación de proyectos y programas, dignos de exaltar, como los llevados a cabo en el Instituto Pensar y en el Caro y Cuervo.



Pilar González-Gómez

Un paseo con las voces del Caro y Cuervo

Natalia González-Melo

Estudiante de la Maestría en Estudios Editoriales

Isabel Bohórquez

Estudiante de la Maestría en Literatura y Cultura

Los pasos resuenan contra las losas del suelo de una empinada calle décima, la misma que en su cruce con la carrera quinta es bautizada como “Calle de la esperanza”. La inclinación haría sentir que se ha pasado por una *pato-neada*, pero solo es necesario llegar a la mitad de aquella cumbre para encontrar el pórtico con el número 4-69.

Unas robustas puertas de madera son el límite y portal de un lugar que en su interior ha resguardado historias, letras y un patrimonio. En sus paredes se erigen insignias de recuerdos de los sucesos y algunos de los conocimientos que la casa ha albergado: la placa de conmemoración a Rufino José Cuervo y también un vestigio de la Cerveza Cuervo. El blanco de sus muros y gris rocoso del suelo contrasta con el fresco verde de las plantas en el primer jardín. Las nubes se reflejan en el agua de la fuente que ha presenciado las caminatas de los curiosos estudiantes, profesores, investigadores y visitantes. Un verde más oscuro tiñe los marcos, pilares y canecillos que han contemplado las lluvias bogotanas y unos cuantos *espantaflojos*.

Un árbol se alza en mitad de un segundo patio, le cuenta entre susurros a sus vecinos de las ideas de aquellos que los van a visitar y a admirar la belleza de sus hojas mientras toman un café en las tardes. Palabras que han sido parte de nuestra historia y



cultura adornan los cristales dejando a su paso los colombianismos que nuestras voces proclaman. En los rincones de la Casa Cuervo Urisarri los salones han sido testigos de sesiones de estudio, conversatorios y momentos de risa. Una casa que resguarda una antiquísima biblioteca; un recinto en el que los rayos del sol atraviesan las ventanas desde lo alto, dan calor a los anaqueles y a los libros que son testigos de 80 años de estudios. Aquellos que se sientan allí pueden escuchar los pasos de los turistas atravesando la empinada Calle de la Esperanza, escuchan con orgullo las historias y el replicar de las voces que leen las palabras inscritas en negro en la pared que los separa y dicen: Instituto Caro y Cuervo.

Esta es la imagen que recibe a quienes, con corazón valiente, amor por las letras y gran honor emprenden la travesía de ser estudiantes del Instituto Caro y Cuervo (ICC). Aquí imprimimos nuestros relatos como alumnas: Isabel Bohórquez desde la Maestría en Literatura y Cultura, y Natalia González Melo desde la Maestría en Estudios Editoriales. Reconstruimos nuestras experiencias y compartimos la aventura que ha sido ser parte del gran proyecto que es el Caro y Cuervo, en su fase de funcionamiento más reciente.

Maestría en Estudios Editoriales (MEE) por Natalia González-Melo

El mundo está lleno de objetos que ocultan tras de sí un intrincado conjunto de explicaciones científicas, misterios y trabajos. Cosas que se hacen parte indispensable para la humanidad y terminan por inscribirse en su desarrollo: brújulas, aviones, internet y el gran enigma del libro. Es precisamente el amor y curiosidad por descifrar algunos de los detalles tras de este objeto lo que nos llevó como tercera cohorte de la MEE a encontrar una conexión en la variedad de nuestra formación previa. Un grupo compuesto por diseñadores gráficos, comunicadores sociales, profesionales en creación literaria, historiadores, literatos y abogados, entre otros, que en agosto de 2022 culminamos nuestro paso por la formación del ICC.

Al ser parte de un programa como el de Estudios Editoriales nos enfrentamos a la gran pregunta: ¿cómo se forman editores? Para iniciar, es necesario resaltar que la idea de brindar una formación profesional de este rol es una aventura en la que el ICC decidió emprender y posicionarse como pionero en

nuestro país. Ellos lanzaron un llamado consolidando un programa enfocado en alimentar la pasión por el libro al enseñar su historia, partes, formatos, impacto en la sociedad y los diferentes agentes en su cadena de producción. Esta tarea se dio de la mano de magníficos docentes quienes, desde su rol de investigadores y editores, se han consagrado como pilares de la edición en Colombia.

Como estudiantes tuvimos la oportunidad de aprender sobre la historia del libro, incluso desde antes de llamarle de tal forma; de las librerías en los diferentes puntos del mundo y el tiempo; la importancia de las ferias, los autores e ilustradores; de aquellos personajes que han sido próceres del diseño del libro y que hoy en día los recordamos al invocar su nombre con familias tipográficas. Nos llevaron a vislumbrar el mundo de la edición crítica, en especial el arduo trabajo de perseguir con detalle las variaciones en relatos y cómo estos responden a un momento histórico y cultural. Aprendimos el reto tras editar cada tipo de texto; las leyes tras los libros y su creación, y modelos económicos que una editorial exige. En un punto, tal y como si se tratase de una novela de *cyberpunk*, nos sumergimos en el mundo del libro digital y de la evolución que estos han podido tener en sus diversos formatos. Esta formación siempre ha buscado conectarnos con aquello que distingue al ICC: salvaguardar el patrimonio. La misión se cumplió al hacernos testigos y parte del maravilloso mundo de La Imprenta Patriótica, ubicada en la sede Yerbabuena.

Resguardada del ruido de la ciudad, más allá de la salida de Bogotá se esconde a unos pocos kilómetros la Hacienda Yerbabuena, un espacio al cual el frío de la sabana y el tiempo no han *achacado*. Las gigantes puertas de metal dan paso a un largo camino. Los visitantes en su paso son escoltados por bustos de quienes se han encargado de inmortalizar las letras de nuestro país. A la izquierda, y como una conexión con su complemento de la Casa Cuervo Urisarri, los muros se erigen de un blanco que evoca la paz de unas hojas a punto de recibir letras. El blanco se interrumpe por el ocre de las piedras del suelo; de la placa que recuerda la presencia constante del sabio Ezequiel Uricochea, y del tono rojizo de las tejas que se superponen con delicadeza para crear música cuando la lluvia cae.

Las construcciones, que se levantan como museos, saludan a los caminantes. En una de las edificaciones, la biblioteca protege los tomos de aquellos libros que inmortalizan los escritos de Caro y Cuervo; los cuadernos y libros de tiempos antiguos que solo pueden ser confiados y amparados en aquella

casa, y unas cuantas anécdotas que se hilan en la historia. Unos tesoros como los depositados en aquel salón solo pueden ser escoltados y resguardados por seres más sabios que los humanos: árboles. Ellos se alzan majestuosos entre el paisaje y cuidan con recelo la sabiduría de aquellos salones; cantan con el viento en las mañanas, y ven nacer libros de la construcción que cierra el camino y es bautizada como La Imprenta Patriótica.

Allí, bajo este halo y acompañada por los árboles, vive La Imprenta. El repicar de los linotipos impone un ritmo en el proceso de llevar a la vida las historias. Los linotipistas crean sinfonías mientras componen las líneas, hacen danzar las matrices y funden las palabras. El calor del plomo hace brotar las palabras mientras la *ludlow* crea los títulos que encabezarán las publicaciones. El movimiento del papel de la máquina de impresión tipográfica y del *offset* se unen a la canción que se va creando. Con mística precisión y sabiduría los cuadernillos son plegados, cosidos y encuadernados por unas ágiles manos. Las mismas manos que con amor protegen el conjunto de hojas con una cubierta, les dan masajes para que el lomo se pegue y los dan al mundo para ser leídos. A ese mundo y a ese patrimonio quedamos enganchados, con ese universo es imposible no *engomarse*.

Esas visiones de labores del pasado nos dieron una conexión aún más fuerte con el mundo de la edición. Las historias de los hombres y mujeres, quienes con paciencia dan al mundo los libros que son la perfecta compañía en las bibliotecas del ICC, nos enseñaron la magia de la materialidad del libro. Fue en la Hacienda Yerbabuena en donde aprendimos los secretos de la tipografía, los ritmos de la impresión y el carácter que oculta la costura de un cuadernillo. Aquel fue el lugar en el que comprendimos cómo la creatividad del autor se materializa en el papel a través del delicado y paciente trabajo de corazones manchados de tinta.

Como era de esperar, cada uno de los temas y experiencias que nos brindó el ICC nos encaminó a buscar un ritmo propio en el mundo de la edición. Respondimos a su llamado con un grupo de dudas e incógnitas del mundo editorial en sus diversas facetas. El resultado de esto han sido experiencias e investigaciones, que hoy son nuestro legado a la institución. Unos cuantos decidieron aplicar los conocimientos adquiridos en el mundo de la práctica editorial, como exploradores se han lanzado al mundo de la edición literaria con grandes grupos y desde el enfoque de la literatura infantil y juvenil; otros buscaron espacios de la edición académica, y unos cuantos se aventuraron a la

gestión editorial y desarrollo de proyectos. Otros, inspirados por los antiguos detectives de la historia, hemos emprendido el camino de resolver nuestras preguntas a través de la composición de monografías. Algunas de las investigaciones han estado relacionadas con el campo de la literatura infantil y juvenil, rescates tipográficos, la literatura fantástica, revistas digitales, adaptaciones de formatos audiovisuales, lingüística, y literatura *queer*.

Nuestro paso en el ICC como estudiantes no se limita compartir el conocimiento en las aulas. Siguiendo el principio de la institución al querer divulgar el conocimiento en diferentes espacios y plataformas, hemos contado con la oportunidad de desarrollar proyectos como Voces y Facetas de la Edición. Un programa en el cual hemos tenido la oportunidad de conversar con diferentes agentes de la cadena del libro, quienes desde sus diversas experiencias y enfoques han enriquecido los conocimientos adquiridos. También, con gran orgullo, hemos conseguido compartir las reflexiones y producciones escritas que han surgido en las clases. Gracias al sello editorial del Caro y Cuervo publicamos el libro *Nuevas formas de pensar, nuevas formas de editar* (2022). Bajo el cuidado del ICC, miembros de nuestra cohorte han participado en proyectos con otros de los programas de la Facultad Seminario Andrés Bello. Libros como *Otra casa* (2022) en el que, en conjunto con la Maestría de Escrituras Creativas, se realizó una adaptación del cuento de los tres cerditos; una producción en la que se busca resaltar las cualidades de las técnicas de construcción tradicionales de Colombia. O el libro *Baud Mos* (2021) en el que, integrada a la Maestría en Lingüística, una de nuestras compañeras hizo parte del proyecto de este libro bilingüe y multimedial que recoge relatos de la comunidad wounaan nonám.

Maestría en Literatura y Cultura

Por Isabel Bohórquez

*El mundo va a acabarse antes que la poesía
y la poesía continuará afirmando su devoción a lo perdido*

Tania Ganitsky

Quiero extender estos versos de Tania Ganitsky (Bogotá, 1986) a la literatura, a toda. Ese universo lleno de cuerpos celestiales que nacen y mueren a

un ritmo tal, que no alcanzamos a concebir la idea de su posible finitud. Es así como a la literatura la observamos con asombro y vértigo, y siempre un poco a la deriva. Un ansía de rumbo nos trae a estos espacios; la Maestría en Literatura y Cultura ha sido el lugar al que conducen todos nuestros caminos. Somos una comunidad estudiantil diversa que se encuentra para construir conocimiento, venimos de lugares distintos, no hemos leído las mismas palabras, pero así es como logramos entablar la conversación sobre el saber que perseguimos.

Ser estudiante del Instituto Caro y Cuervo, y de la Maestría en Literatura y Cultura es tener a disposición las herramientas que nos permiten guiarnos en esta exploración, lejos de una acumulación de conceptos y teorías. Ha sido un encontrarnos a nosotros mismos enfrentados con lo que creíamos saber y lo que ahora descubrimos, es un impulso por seguir escarbando la superficie de lo que nos es familiar; no es solo la literatura, también es el estudio conjunto de la cultura. Todo está abierto para nosotros de una manera en la que se nos advierte del peligro de la generalización y la simplificación, y a su vez se nos alienta a explorar todos los mundos posibles.

Creo importante destacar al grupo de docentes que conforman la Maestría en Literatura y Cultura: Luz Marina Rivas (Coordinadora) ha estado siempre muy cerca de todos nosotros, escuchándonos y apoyándonos; con la creación del taller de metodología de la investigación nos acercó a la posibilidad de una escritura académica que nos parecía una tarea monumental. Guillermo Molina, quien con su dedicación siempre nos anima a seguir descubriendo todo lo que la literatura y la academia tienen para ofrecernos; además, de orientarnos para obtener las respuestas de lo que antes pensábamos inaccesible. Alberto Bejarano nos hace pensar en todas las posibilidades de investigación que pueden caber en nuestras ideas. Graciela Maglia nos insta a estar atentos a la rigurosidad y a la precisión con la que construimos el conocimiento. Javier Fandiño nos guía a través de la discusión producto de un trabajo de análisis literario meticuloso y atento. Finalmente, Adriana Campos nos dio lo que para muchos fue el primer acercamiento a las literaturas indígenas, acompañado de una mirada crítica y profunda. Nos sentimos inspirados por un equipo de docentes quienes con su formación académica y experiencia han guiado nuestro proceso de convertirnos en investigadores y han creado espacios académicos idóneos para la construcción de conocimiento.

Nos entusiasma poder participar en espacios como el proyecto de “Poesía en movimiento” guiado por el profesor Guillermo Molina, que busca el diálogo y el acercamiento con la poesía a través de diferentes frentes como lo son:

la radio, los talleres, las reseñas y el trabajo del comité editorial, entre otros. También, de los proyectos de investigación en archivo y el semillero del cuento, enmarcado dentro de la investigación del docente Alberto Bejarano. Y, por último, la oportunidad de contar la Cátedra de Herencia Africana, y de tener la posibilidad de investigar las literaturas indígenas.

El más reciente reto para la educación fue adaptarse y responder rápidamente a la emergencia ocasionada por la pandemia por Covid-19. Junto con mis compañeros, ingresé a la maestría arrastrando la incertidumbre y el temor que eran una constante desde que empezó el aislamiento y nuestra vida cambió. La respuesta del ICC en cuanto a la oferta de las clases, los medios tecnológicos, y los apoyos económicos estuvo a la altura de la situación. El espacio virtual se abrió para incluirnos a todos y juntos construir conocimiento; fue un esfuerzo colectivo que logró hacernos sentir más cerca en esta nueva realidad.

La Maestría en Literatura y Cultura nos ofrece una de las cosas más importantes en estos tiempos: la diversidad. Gracias a esto podemos tener un panorama más completo, un mapa de las voces que construyen la literatura y de las complejas estructuras culturales y sociales que la acompañan. Nos damos cuenta de que no acudimos a una historia lineal y temporal, sino a las múltiples relaciones que se crean entre todas las experiencias y luchas comunes; observamos las aperturas y las posibilidades de estudio con un acercamiento ético y consciente de todo el paisaje heterogéneo que modela la palabra. Encontramos en la necesidad de la literatura y de la comprensión de esta una posibilidad de encontrarnos a nosotros mismos y a los otros, de entender lo plural y lo diverso, de escuchar atentamente las voces y también lo que no se dice, para reconocernos en el intercambio y seguir construyendo juntos.

Estos son unos breves apartados de las memorias que hemos podido construir en nuestro paso por el ICC y con las que conmemoramos sus 80 años. A través de estas palabras esperamos demostrar la emoción, responsabilidad y apoyo que tenemos al ser parte de la comunidad de la Facultad Seminario Andrés Bello. Compartir cómo hemos sido parte de proyectos que se esfuerzan por cultivar el conocimiento en nuestro país, cuidar del patrimonio de nuestras palabras, historias y oficios. Ser estudiante del Instituto Caro y Cuervo, desde cada uno de sus programas, significa: conectar con aquellas historias del pasado, entender el honor de ser un puente entre la sabiduría de otros tiem-

pos y nuestro presente, explorar los mundos de letras y palabras que tenemos, y compartir lo que aprendemos al crear lazos a través de las letras.

Nota: Algunas de las palabras de este escrito se encuentran en cursiva y su definición está en el Diccionario de Colombianismos publicado por el Instituto Caro y Cuervo. Las charlas del proyecto Voces y Facetas de la Edición están disponibles en el canal de YouTube Caro y Cuervo TV. En cuanto a los libros que se mencionan, están todos disponibles en el fondo digital de la página de la institución y los invitamos a leerlos para que conozcan de primera mano las historias y la gran pasión que queda en estos proyectos de los cuales hacemos parte.

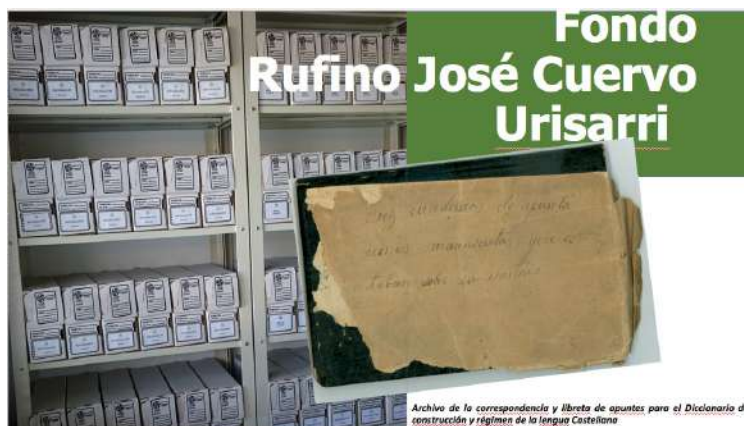
Cabildo Wounaan, Carpio, Z., Piraza, S., Sobrecama, B., Ortiz, W. & Quiro, J. (2021). Baud Mos. (Chiripúa, M. trad.). Instituto Caro y Cuervo. https://selloeditorial.caroycuervo.gov.co/documentos/libros/BaudMoss_final.pdf

Caro y Cuervo TV. (2020-2022). *Voces y facetas de la edición*. [videos]. https://www.youtube.com/playlist?list=PLddip9xtzY_zg8P8DvmCLfmQrswcRFHI_

Fuentes, J. (2022). *Otra Casa*. Instituto Caro y Cuervo. <https://selloeditorial.caroycuervo.gov.co/documentos/Otra--casa.pdf>

Ganitsky, T. (2018). *Desastre lento*. Universidad Externado.

Tercera cohorte de la Maestría en Estudios Editoriales. (2022). *Nuevas formas de pensar, nuevas formas de editar*. Instituto Caro y Cuervo. https://selloeditorial.caroycuervo.gov.co/documentos/libro_sem-mee20%20Final%2019-04-2022.pdf



La Facultad Seminario Andrés Bello del Instituto Caro y Cuervo

Ofelia Ros-Matturro, Decana.

Luz-Marina Rivas, Coordinadora Maestría en
Literatura y Cultura.

Alejandro Correa, Coordinador Maestría en
Lingüística.

Viviana Nieto-Martín, Coordinadora Maestría
en Enseñanza del Español como Lengua
Extranjera y Segunda Lengua.

Juan David-Murillo, Coordinador Maestría en
Estudios Editoriales.

Giuseppe Caputo, Coordinador Maestría en
Escritura Creativa.



La Facultad Seminario Andrés Bello¹ es la unidad docente del Instituto Caro y Cuervo, fundado en 1942 con el propósito de continuar el trabajo del filólogo y humanista Rufino José Cuervo (1844 -1911): *El Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*², «una de las obras filológicas, históricas, de autoridades, e incluso

1. Fundada en 1957 como el Centro Andrés Bello, en el marco de la décima Conferencia Interamericana de Caracas y posterior convenio con la Organización de los Estados Americanos (OEA).

2. Cuervo inició formalmente el *Diccionario* en 1872, publicando, en 1886, los dos primeros volúmenes que abarcaban de la letra “A” a la “D”, y dejando inconcluso el texto correspondiente a la letra “E”. En 1942 se fundó el Instituto Caro y Cuervo con la misión de

literarias, más monumental en el estudio de nuestra lengua hablada y escrita» (Paredes, 2011, p.7). Cuervo investigaba las funciones y relaciones gramaticales de cada vocablo en relación con su carácter semántico, histórico y etimológico, y basó la selección de las fuentes «generalmente en el lenguaje literario: novela, poesía, obras de teatro, pero sin desatender tratados de filosofía, religión, derecho, historia y muchas otras disciplinas» (Duartes, 2011, p.43). Gonzalo de Berceo, Calderón de la Barca, Miguel de Cervantes, Francisco de Quevedo, Lope de Vega, Juan Luis de Alarcón, San Juan de la Cruz, Juan Ramón Jiménez, Andrés Bello, Ignacio Aldecoa y Gabriel García Márquez son algunos de los autores iberoamericanos citados en el *Diccionario*.

El Seminario Andrés Bello manifiesta el carácter intrínsecamente interdisciplinario de la investigación lingüística de Cuervo; los dos primeros programas de educación formal que ofreció, entre 1983 y 2004, fueron la Maestría en Lingüística Española y la Maestría en Literatura Hispanoamericana. Actualmente cuenta con cinco programas: Maestría en Literatura y Cultura (2010), Maestría en Lingüística (2013), Maestría en Enseñanza de Español como Lengua Extranjera y Segunda Lengua (2016), Maestría en Estudios Editoriales (2016) y Maestría en Escritura Creativa (2017).

Asimismo, la exhaustividad de la investigación de Rufino Cuervo empujó los límites de la lexicografía fuera de sí, rastreando la modificación del significado de las palabras diacrónicamente, en «una novela de la palabra» (García Márquez; Duarte, 2011, p. 45) cuya trama son sus variantes prosódicas y problemas gramaticales, siguiendo las transformaciones ideológicas, que desde el sentido originario se continúan, a veces, en hilos muy sutiles. Esta inquietud intelectual no se detiene ante la ostentación de un conocimiento pretendidamente acabado, petrificado en los anales de la ciencia. «Estudia cada vocablo, da las acepciones de él, fija su sintaxis general y particular, establece la evolución semántica y da la etimología, segura o probable y, aún a veces, tras largo y consciente discurso, declara no hallarla» (Cadavid, 2011, p. 223). En consonancia, la formación investigativa y la investigación formativa

retomar el proyecto, siguiendo las pautas expuestas por Cuervo en el prólogo de los primeros volúmenes. En 1994, se culminó el diccionario. Obtuvo, en 1999, el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, y en 2002 fue publicado, en ocho volúmenes, por la Editorial Herder de Barcelona.

impartidas en el Seminario llevan la marca de una indagación que podría siempre continuarse en una nueva pregunta, más allá de los parámetros de medición de grupos e investigadores y la exigencia de proyectos de investigación con productos evidenciables a un año.

Al desafío de adaptar el modelo de una investigación monumental a los requisitos de la productividad moderna, le siguió el desafío de consolidar el Seminario en una Facultad. Gracias al esfuerzo de nuestra directora general, Carmen Millán de Benavides, y de nuestro subdirector académico, Juan Manuel Espinosa, el decreto presidencial número 001168, del 11 de julio del 2017, denominó la Facultad Seminario Andrés Bello, creándose en la planta institucional el cargo de la decanatura. Nos embarcamos así en la transición que nos llevaría desde un conjunto de programas de posgrado a la consolidación de la Facultad: una estructura administrativa y un marco académico para el acontecer educativo de las maestrías. La actualización del Reglamento académico (2013) en el Reglamento estudiantil (2018) fue la primera tarea que abordamos, la cual nos llevó dos años de diálogos, desacuerdos, votaciones, indecisiones, revisiones y varios borradores. Fue la primera puesta en marcha de esta maquinaria que iríamos perfeccionando con su más preciado combustible: la cuidadosa selección de los coordinadores y profesores de los programas. Priorizamos el nivel de formación académica y la humanidad con la que habitarían «la casa de las palabras» (Carmen Millán).

A partir de la experiencia de actualización del Reglamento estudiantil, se cristalizó la necesidad de crear el Consejo de Facultad (2019), un órgano de cogobierno clave en la revisión y aprobación de documentos que enmarcarían nuestra labor docente, como los Lineamientos pedagógicos institucionales (2019), el Proyecto Educativo Institucional (2019), el Acuerdo académico docente (2020), el programa de curso unificado para todas las asignaturas (2021), los proyectos educativos de los programas, la Política curricular y el modelo de autoevaluación institucional.

El Consejo de Facultad requería la participación de un representante de estudiantes y otro de egresados, por lo que era imperioso el afianzamiento del área de Bienestar estudiantil y el área de Egresados. A partir de 2019 los estudiantes comenzaron a acceder a clases de yoga,

mindfulness, manejo del estrés, equilibrio emocional, salsa, dibujo, fotografía, entre otras; contar con la posibilidad de atención psicológica en el caso de necesitarlo y, más recientemente, recibir apoyo a la escritura académica de sus trabajos de grado. En 2019 también realizamos el Primer Encuentro de Egresados del ICC, seguido por el Segundo Encuentro de Egresados (2021) y el Primer Coloquio de Egresados (2020), afianzando la relación de los egresados con su *alma mater*.

El desarrollo de la estructura académica iba de la mano y, a veces, era impulsado por el desarrollo de las áreas administrativa, y de registro y control de estudiantes y egresados. La actualización de nuestras bases de datos y la sistematización de reportes de información serían insumos indispensables para los procesos de autoevaluación y mejora permanente de los programas. Por otra parte, desde 2019, nuestros estudiantes han podido pagar matrículas y derechos de cursos de forma virtual, lo que ha posibilitado la ampliación de la oferta académica, el aumento de la cobertura y el acceso a las regiones del país, incluso la posibilidad de contar con estudiantes extranjeros de México, Estados Unidos, Venezuela y Brasil en posgrados, y de varios países más, principalmente latinoamericanos, en educación continua.

En suma, coordinadores y profesores trabajamos en equipo con técnicos y administrativos para asumir los desafíos de heredar la esencia interdisciplinaria de la investigación de Rufino Cuervo, como única posibilidad de abordar el estudio de lenguas vivas en sus usos de habla a través de una indagación tan constante como inconclusa.

Maestría en Literatura y Cultura

Por Luz Marina Rivas-Arrieta

La Maestría en Literatura y Cultura es la heredera de la Maestría en Literatura Hispanoamericana, la primera maestría en literatura de Colombia, que comenzó en 1982 y estuvo activa hasta el año 2006. Este nuevo programa es producto de un proceso de reflexión sobre las nuevas corrientes teóricas para el abordaje de la literatura entendida en sus múltiples relaciones con la cultura, con expresiones artísticas y con teorías provenientes de sistemas de pensamiento interdisciplinarios. Con un nuevo nombre, se inició en 2011

para renovar los estudios literarios en el país y atender las necesidades de formación del nuevo siglo, de estudios flexibles y problemas complejos, de nuevas textualidades e interdisciplinariedad.

Me incorporé como coordinadora de la Maestría en agosto de 2016. Para ese momento, se preparaba un nuevo p \acute nsum para la cuarta cohorte que iniciaría en 2017. A lo largo de estos últimos cinco años, el desarrollo de la Maestría en Literatura y Cultura ha sido notable. El nuevo programa, mucho más flexible que el inicial, permite a los estudiantes propiciar una mirada desde Colombia sobre la literatura latinoamericana en relación con sus procesos culturales, así como una mirada sobre la literatura colombiana en perspectiva, en diálogo con otras literaturas del continente y sus culturas. La maestría se apoya en dos fuertes líneas de investigación, consolidadas y reconocidas por Minciencias como parte de la investigación del Grupo de Literatura del Instituto Caro y Cuervo: Literatura comparada y Literaturas afro e indígenas. Hasta 2019 estuvo activa la línea de Estética Sociológica, a cargo de la Profesora H \acute l \grave ne Pouliquen, quien fue docente de las maestrías en Literatura del Instituto por más de treinta años, formadora de varias generaciones de investigadores colombianos.

El programa tiene un sólido cuerpo docente, pues todos sus profesores son doctores: Graciela Maglia, Alberto Bejarano, Guillermo Molina, Adriana Campos, Javier Fandiño y yo misma. Conformamos un excelente y solidario equipo de trabajo, de todas las edades, muy activo en sus investigaciones y publicaciones acreditadas en sus CVLAC junto con premios importantes. Trabajamos en diversas iniciativas más allá de la enseñanza del p \acute nsum, que constituyen formas de apropiación social del conocimiento. Como ejemplos de esto, tenemos la Cátedra de Herencia Africana y los talleres de poesía dictados por estudiantes, que forman parte del proyecto de investigación «Poesía en movimiento».

La Maestría en Literatura y Cultura se ha alineado con los nuevos aires de la investigación de este siglo en el Instituto Caro y Cuervo, propiciados por nuestra directora general. Hacemos un tipo de investigación más conectado con el país en sus múltiples manifestaciones como país multicultural y plurilingüe. Nuestra maestría se interesa por la literatura canónica y la literatura más allá del canon: las literaturas emergentes, las oralituras, las literaturas afro e indígenas, el rescate de figuras literarias olvidadas, las literaturas regionales, el pensamiento latinoamericano, la relación de la literatura y el cine, la

fotografía, las artes plásticas, la música. Un importante aporte de la Maestría en Literatura y Cultura es la Beca de Investigación en Literatura comparada del Programa Nacional de Estímulos del Ministerio de Cultura, que ya cuenta con tres ediciones y que financia cada año a un investigador externo, quien desarrolla su proyecto bajo la tutoría de uno de nuestros profesores. Ello ha permitido apoyar tres importantes proyectos integrados a una de nuestras líneas de investigación.

A lo largo de los once años de funcionamiento de la Maestría en Literatura y Cultura han salido 72 egresados, muchos de ellos con trabajos de grado meritorios y laureados, varios de ellos, ahora colegas en universidades colombianas o doctores y doctorandos en universidades colombianas y del exterior. En la actualidad la Maestría en Literatura y Cultura se propone obtener la acreditación de alta calidad del Ministerio de Educación Nacional, para lo cual en 2022 ya ha recibido la visita de los asesores del Consejo Nacional de Acreditación.

Los momentos más emotivos que he tenido en estos años han sido los de los actos de grado, cuando las miradas de los graduandos, felices y orgullosos, así como sus palabras de agradecimiento, nos retribuyen nuestro trabajo.

Maestría en Lingüística

Por Alejandro Correa

En el año 2013, la Maestría en Lingüística fue creada con el fin de articular la docencia con la actividad investigativa del Instituto Caro y Cuervo. También queríamos llenar el vacío dejado por la antigua Maestría en Lingüística Española y abordar temas de investigación pendientes, aplazados o ignorados por la lingüística colombiana. El equipo docente estaba —y continúa estando— conformado por especialistas jóvenes, así que el programa se creó con un espíritu muy intenso, alimentado por el deseo de difundir nuevos métodos de investigación y con la disposición para sacar adelante decenas de ideas.

La Maestría en Lingüística se destaca por tener un enfoque en investigación, tener una interesante oferta de cursos y por la excelencia académica de sus docentes y egresados. En realidad, no se trata de factores independientes ni son parte de una estrategia pedagógica planeada, más bien se trata de elementos que hacen parte de los espacios académicos propiciados por el Instituto Caro

y Cuervo y por la calidad de las personas que estudian y trabajan en esta casa de estudios. En este sentido, considero conveniente hablar un poco de nuestros cursos y decir quiénes son nuestros estudiantes y profesores.

Un estudiante de la Maestría en Lingüística es un profesional entregado a la pasión de estudiar y/o enseñar aspectos relacionados con las lenguas y el lenguaje humano. Para obtener su título de magíster invierte una gran cantidad de tiempo y trabajo, y debe ajustar sus finanzas personales por unos años, pero por fortuna este proyecto siempre, sin excepción, tiene el apoyo incondicional de una familia colombiana luchadora y cariñosa.

Los cursos son de carácter teórico-práctico, de manera que el trabajo presencial incluye la transmisión de conocimientos y el desarrollo de habilidades para la investigación. Por ejemplo, con el profesor Néstor Ruiz se estudian los conceptos fundamentales del cambio y la variación lingüística y, sobre todo, a leer y a hacer síntesis de textos académicos. Con el profesor Dr. Camilo Díaz, se desarrollan habilidades de análisis lingüístico, pues le ha sido encomendada la importante tarea de impartir el curso Propedéutico y los cursos electivos sobre Lingüística Comparada, Fonología y Tipología Lingüística. Si les interesa la voz humana, en la clase de fonética, a cargo del Dr. Alejandro Correa, pueden aprender a analizar acústica y perceptivamente el habla. Además, si les interesa el análisis de textos y los grandes corpus de datos, podrán estudiar Lingüística Computacional con el Dr. Sergio Jiménez. En el último año nuestro equipo de trabajo se ha complementado significativamente con la Dra. Viviana Mahecha, quien está a cargo del área de Lingüística Cognitiva, el Dr. Wilson Eduardo Gómez, quien lidera la línea de investigación en Lenguas Indígenas y el Dr. Xavier Frías Conde, quien imparte los cursos de extensión de Lingüística Iberorrománica, Sintaxis y, próximamente, Sociopragmática.

El plan de estudios de la Maestría en Lingüística está diseñado para formar investigadores y docentes que, de una parte, cultiven nuestra tradición lingüística y, de otra, desarrollen las habilidades que se necesitan actualmente para trabajar con el lenguaje oral y escrito. Las fortalezas de nuestro programa (enfoque en la investigación, la diversidad de cursos y la excelencia académica) son, como vemos, el resultado del esfuerzo de nuestros estudiantes y sus familias, el trabajo comprometido de nuestros docentes-investigadores y, por supuesto, de la tradición de nuestra institución.

El mayor desafío de coordinar la Maestría en Lingüística ha sido evitar la deserción y lograr que los estudiantes culminen su investigación. Los

estudiantes de posgrado enfrentan diferentes problemas: la falta de recursos económicos, la carga laboral y la falta de orientación de un tutor. En nuestro programa aseguramos la calidad de nuestros tutores y, desde el área de Bienestar estudiantil, les brindamos apoyo para enfrentar sus desafíos personales.

Uno de mis momentos de mayor satisfacción es la ceremonia de sustentación de los trabajos de grado. En dicha ceremonia, el estudiante presenta su investigación ante un jurado conformado por dos especialistas, su tutor y un público de estudiantes, egresados y amigos:

Es un momento único en el que puedo ser testigo del crecimiento académico de los estudiantes y del profesionalismo de los docentes. Al mismo tiempo, no puedo evitar conmoverme en las sustentaciones y en las ceremonias de grado, pues siempre compruebo que los éxitos académicos son grandes logros individuales y, ante todo, son triunfos del amor.

Maestría en Enseñanza de Español como Lengua Extranjera y Segunda Lengua (MELE/2)

Por Gloria Viviana Nieto-Martín

Estar al frente del programa de español para extranjeros desde 2009 ha significado motivación y crecimiento profesional permanentes, ya que, en poco más de una década, hemos alcanzado logros considerables gracias al apoyo gubernamental que ha recibido la iniciativa de convertir a Colombia en el mayor destino de América Latina para aprender español (punto 61 del *Buen Gobierno para la Prosperidad Democrática* del expresidente Juan Manuel Santos, 2012). Este reto asumido por el ICC ha llevado a la institución a liderar, en Latinoamérica, la formación/actualización de profesores de español como lengua extranjera y segunda lengua, la investigación en el área y la creación de materiales didácticos con usos lingüísticos y referentes culturales propios (Nieto Martín, 2019a, 2019b).

Actualmente, la MELE/2 es el único posgrado en el mundo que forma docentes-investigadores de los procesos de enseñanza-aprendizaje de español dirigidos a tres grupos meta: extranjeros, indígenas y sordos. En su proceso de formación investigativa, la MELE/2 integra las tendencias aplicadas más recientemente a la enseñanza de lenguas extranjeras y segundas: enfoque comunicativo (por tareas, por proyectos, AICLE), enfoque intercultural,

educación bilingüe bicultural, educación propia, Gramática cognitiva, enfoque léxico, métodos mixtos de investigación. El programa obtuvo el registro calificado del MEN el 20 de enero de 2016, abrió su primera cohorte en agosto del mismo año y ahora se encuentra iniciando la cuarta cohorte en modalidad presencial en Bogotá. A la fecha, el programa cuenta con 21 graduados que aportan al desarrollo de los procesos de enseñanza-aprendizaje de ELE/L2 desde instituciones nacionales e internacionales.

Durante los seis años de funcionamiento, en la MELE/2 hemos logrado consolidar un equipo de trabajo interdisciplinario comprometido, colaborador y entusiasta, conformado por los profesores Gloria Viviana Nieto Martín, Diana Alejandra Hincapié Moreno, Guillermo Molina Morales, Sandra Milena Díaz López, Emma Ariza Herrera, Angélica María Ávila Molina, Ferney Cruz Arcila, Luz Dary León Wintaco, Mónica Andrea López Cantillo, María Angélica Meza Rodríguez, Álex Giovanni Barreto Muñoz y Andrea Marcela Baquero Caldas. Destacamos también el apoyo permanente que hemos recibido en la divulgación de nuestras iniciativas, de parte de nuestra compañera Natalia Patiño Chávez, del Grupo de Comunicaciones del ICC.

Uno de los principales retos que hemos debido afrontar en el programa es la ampliación de la oferta a modalidad virtual, lo cual ha implicado un despliegue de recursos financieros, humanos y técnicos con los que la Facultad SAB no contaba. Sin embargo, gracias al apoyo del Ministerio de Cultura, la institución presentó la solicitud de registro calificado único, recibió la visita de pares y el informe favorable de la misma en abril de 2022, y se encuentra a la espera de la resolución del MEN para iniciar la oferta virtual en 2023. De esta manera, la oferta de la MELE/2 en modalidad virtual se constituye en una oportunidad de consolidación del plan estratégico proyectado en el PEI del ICC a 10 años, en la medida en que proporcionará formación de alto nivel para el desarrollo de las regiones y le permitirá al ICC lograr la cobertura propia de la naturaleza de un establecimiento público del orden nacional.

Por otra parte, la variada oferta de Educación Continua de la MELE/2 ha contribuido significativamente a la actualización y al desarrollo profesional de los profesores de español como lengua extranjera y segunda lengua de Colombia y de la región, gracias a programas como el *Diplomado en Pedagogía y Didáctica para la Enseñanza de Español como Lengua Extranjera* (1900 profesores capacitados desde 2010, en modalidades presencial, virtual y remota), el *Diplomado en Enseñanza de español en contextos intercul-*

turales (75 profesores capacitados en 2019, en modalidad semipresencial, en las comunidades Sikuani y Piapoco de Cumaribo, Vichada) y el *Diplomado para la formación de profesores de español escrito como segunda lengua para estudiantes sordos señantes* (40 profesores capacitados desde 2021, en modalidad virtual), creado en colaboración con el Instituto Nacional para Sordos INSOR.

Desde 2019 también se imparte el *Curso de verano de profesores de español como lengua extranjera*, en modalidades presencial y remota, en el que participan profesores colombianos y extranjeros residentes y no residentes en el país. Asimismo, debido a las exigencias de actualización en herramientas didácticas del contexto educativo actual, la MELE/2 ha potenciado desde 2020 la formación de profesores de lenguas para la impartición de clases virtuales, presenciales e híbridas, a través de dos cursos: *Uso y aplicación de herramientas TIC y TAC en el aula* y *Herramientas de evaluación en línea*, ambos en modalidad remota. Además, desde 2018 ofrecemos cursos de español para adultos, diplomáticos y servidores públicos extranjeros y, desde 2020, para niños y adolescentes.

En cuanto al proceso investigativo, los proyectos del equipo de docentes de la MELE/2 están adscritos a la línea de investigación en Español como lengua extranjera y segunda lengua del ICC y a Minciencias. Además, la MELE/2 cuenta con su propia serie editorial (ELE/2) en la que se publican materiales didácticos, de uso libre y gratuito, resultado de proyectos de la línea de investigación y de la *Beca ICC de Creación de materiales didácticos para la enseñanza de español como lengua extranjera*, que desde 2014 forma parte del Programa Nacional de Estímulos del Ministerio de Cultura. Otro aporte relevante de la línea de investigación de la MELE/2 consiste en la adaptación del manual español *Aula internacional Nueva edición* (Difusión, 2013) a la realidad lingüística y cultural de Hispanoamérica, denominada *Aula América* (Difusión e ICC, 2018) (Ariza Herrera y otros, 2017, 2019; Nieto Martín, 2018). Tanto los productos de la línea de investigación como las publicaciones de la serie editorial pueden consultarse en el portal www.spanishincolombia.gov.co. El ICC también ha hecho un gran esfuerzo por consolidar la colección de materiales y recursos de ELE/2 más grande del país (actualmente cuenta con 800 ejemplares), disponible en la Biblioteca Rivas Sacconi.

En resumen, en la última década, Colombia ha potenciado las iniciativas de español como lengua extranjera y segunda lengua a tal punto que ha al-

canzado el nivel de desarrollo de México y Argentina, líderes por excelencia de la región desde 1980. Estos avances, de los cuales la MELE/2 ha sido partícipe e impulsora, se deben principalmente a cuatro factores: 1) el respaldo gubernamental para convertir a Colombia en foco de enseñanza de ELE en la región; 2) la visibilización y el fortalecimiento del ámbito del español como segunda lengua (para migrantes, hablantes de herencia, indígenas y sordos); 3) además de la formación/actualización docente, se fomenta la investigación y la creación de materiales didácticos propios en los ámbitos de ELE/2 y 4) la diversificación de las modalidades de la oferta de formación/actualización docente (presencial, virtual, remota).

Maestría en Estudios Editoriales (MEE)

Por Juan-David Murillo

En agosto de 2016, la MEE dio inicio a su primera cohorte. Los retos desde entonces han sido muchos; el principal ha sido ofrecer una educación profesional a un sector que, históricamente, se ha formado en la práctica (hasta el momento, la MEE es el único programa de maestría que ofrece formación editorial en el país). La mayoría de los editores en ejercicio consideran que no necesitan pasar por un programa de estudios en edición para saber cómo hacer su trabajo; sin embargo, estudios recientes realizados por el Ministerio de Cultura y por el CERLALC han apuntado hacia la necesidad de profesionalización del sector. Las dinámicas de trabajo ya no son las de siglos anteriores, en donde había tiempo para que alguien con mayor experiencia dedicara esfuerzos para formar a quien estaba iniciando su trayectoria profesional; de allí que sea necesario que esa educación provenga cada vez más de procesos formalizados.

Quizás estas hayan sido las razones de que nuestra primera cohorte haya estado conformada por una mayoría de estudiantes que ya trabajaban –de alguna u otra forma– en el sector editorial, sobre todo en el universitario e institucional. El cuerpo docente de la MEE (Margarita Valencia, Luis Ignacio Martínez-Villalba, Paula Andrea Marín, Catalina Holguín y Juan David Murillo) se vio enfrentado a un grupo que, de entrada, se mostró incrédulo ante lo “nuevo” que podía ofrecerle el programa. En este marco, el mayor de los retos fue convencer a los estudiantes de la importancia de los procesos de investigación dentro de la formación editorial; no obstante, creemos que

la investigación también ha sido nuestra mayor fortaleza dentro de nuestro plan de estudios y el eje que más nos distingue dentro de los programas de formación del continente. Seguimos estando convencidos de que un editor debe ser, al mismo tiempo, un investigador, porque solo de esta manera podrá tomar las mejores decisiones en el momento de elegir qué publicar, cómo hacerlo y dónde encontrar su comunidad de lectores.

Otro de los grandes retos de la MEE ha sido construir un puente entre la academia y el sector editorial del país. Hemos entendido que la formación que ofrecemos, por el hecho de tener un pie en el oficio y otro en la academia, no puede dejar de dialogar en ningún momento con la realidad de la edición en el país, en el continente y en toda el área hispanohablante. Esta claridad nos ha llevado a diversificar las maneras en las que los estudiantes pueden graduarse del programa y a establecer convenios y alianzas con diversos agentes editoriales e instituciones académicas dentro y fuera del país. Hemos establecido diferentes modalidades de grado, no sin perder de vista un equilibrio entre la importancia de la investigación y la de la profesionalización: quienes sienten un mayor interés por algún tema de investigación editorial, pueden desarrollar proyectos que derivan en una monografía o en un artículo de investigación, o pueden desarrollar prácticas como asistentes de investigación en el marco de alguna entidad relacionada con los estudios editoriales; quienes desean afianzar más sus conocimientos del oficio, pueden desarrollar proyectos o pasantías editoriales en el marco de algún agente editorial.

Asimismo, los docentes-investigadores de la MEE hemos comprendido que si, por un lado, tenemos una deuda inmensa con la reconstrucción de la historia de la edición, del libro, de la lectura y, en general, de la cultura escrita e impresa del país, también es necesario responder a las preguntas que surgen de las situaciones actuales del sector editorial. De allí que nuestros proyectos de investigación y de extensión apunten a estas dos necesidades, a transitar permanentemente entre el pasado y el presente de la edición y a entender que un mayor conocimiento del pasado nos permite abordar de una manera menos ingenua los cuestionamientos del presente. Para lograr lo anterior, además de contar con un cuerpo de profesionales idóneos, hemos desarrollado algunas estrategias que han incluido la creación del Observatorio Editorial Colombiano, convenios con editoriales e instituciones que cuentan con departamentos de publicaciones, proyectos con comunidades y socialización de nuestros resultados de investigación en espacios académicos

y de divulgación más amplia como ferias y festivales del libro. Al igual que con la formación, un reto en relación con los resultados de investigación que producimos es lograr que el sector editorial nos escuche y entienda que lo que se genera desde la academia puede ofrecer alternativas de acción para las diferentes problemáticas actuales.

La Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo ha representado un recurso adicional de investigación y de extensión. Entendida como un laboratorio para la aplicación de conocimientos y la experimentación editorial, esta ha permitido no solo producir publicaciones en el marco de la Maestría, como la revista estudiantil *Sueltos*, sino atraer profesores, artistas y colectivos que, vinculados o no con el mundo del libro, logran reconocer el valor de la producción impresa para innovar en sus formas de comunicación o expresión. En términos formativos, la Imprenta ha sido también fundamental para acercar a nuestros estudiantes a lógicas y técnicas todavía vigentes en los procesos editoriales contemporáneos e incluso palpables en la edición digital, heredera de gran parte de las convenciones propias del libro impreso. Vinculado a recientes esfuerzos por documentar y poner en valor el patrimonio tipográfico nacional y los oficios asociados a la imprenta, el trabajo en la Imprenta Patriótica marca de forma indeleble a nuestros egresados.

Tanto los retos como las estrategias descritas han influido, por supuesto, en los rumbos tomados por nuestros egresados. Aquellos que han concentrado sus esfuerzos en proyectos editoriales propios han podido fortalecerlos, como es el caso de las editoriales Filomena Edita y Sincronía, dirigidas –respectivamente– por los egresados Fabián Gullaván y Rocío Cely, esta última vinculada recientemente al proyecto Biblioteca de Escritoras Colombianas. A su vez, aquellos orientados hacia la investigación han logrado publicar artículos en revistas científicas y de divulgación, e incluso formular y poner en marcha nuevos proyectos. Las competencias alcanzadas por los estudiantes de la MEE han favorecido asimismo su inserción en el campo editorial, siendo el subsector de la edición académica e institucional el más interesado en su reclutamiento. De los 37 egresados con los que cuenta el programa hasta el momento, alrededor del 50% se encuentra vinculado con áreas o departamentos de publicaciones universitarias o institucionales. Resultado del sostenido crecimiento de este subsector a nivel nacional, este fenómeno documenta las fortalezas de la MEE y su contribución a la profesionalización de la edición colombiana.

Maestría en Escritura Creativa (MEC)

Por Giuseppe Caputo

El equipo docente de este programa está conformado por las escritoras Fernanda Trías, autora de novelas como *La azotea* y *La ciudad invencible*, y ganadora del Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2021, entre otros galardones, por su novela *Mugre rosa*; Gloria Susana Esquivel, autora de la novela *Animales del fin del mundo* y del ensayo *¡Dinamita! Mujeres rebeldes en la Colombia del siglo XXI*, por el cual fue nominada al Premio Eccles-Hay Festival 2020; Juan Cárdenas, seleccionado por el Hay Festival en su lista Bogotá 39-2017, autor de libros como *Los estratos*, *Volver a comer del árbol de la ciencia*, *Elástico de sombra* y *El diablo de las provincias*, que recibió el Premio de Narrativa José María Arguedas, otorgado por Casa de las Américas de Cuba en 2019; Juan Álvarez, autor de libros como *Candidatos muertos*, *Yo no quería pegarte en la jeta*, *Javier*, *La ruidosa marcha de los mudos*, *Insulto*, *Aún el agua* y *Donde viven las preguntas que seguimos sin hacernos*, escritor elegido en 2011 entre «Los 25 secretos mejor guardados de América Latina»; y Giuseppe Caputo, también seleccionado por el Hay Festival en su lista de Bogotá 39-2011, autor de las novelas *Un mundo huérfano*, que recibió un English Penn Award, y *Estrella madre*, nominada para recibir el Premio Finestres de Narrativa en Castellano 2022.

La Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo se diferencia de otros programas de escritura creativa en Colombia por su enfoque abarcador, que va más allá de la creación literaria *per se*, y que toma en cuenta la producción de contenidos y la escritura creativa en el sentido más amplio. De este modo, prepara a sus egresados no sólo para escribir libros (con todo lo que eso ya tiene de enriquecedor para el capital simbólico de una nación), sino también para insertarse en un mundo laboral que va desde la industria editorial, cultural y digital hasta la docencia de la escritura creativa. Esto ha quedado demostrado por los valiosos y variados resultados de muchos de nuestros estudiantes de las dos primeras cohortes.

En lo que respecta al mayor desafío que ha enfrentado el programa, a lo largo de las dos cohortes (2018-2020 y 2020-2022) con las que la MEC ha trabajado, la línea de investigación en escritura creativa ha venido consolidando una estrategia de investigación que ha consistido en el *acercamiento* de los proyectos de extensión a la línea para tratar su diseño, desarrollo y producción creativa como prácticas y resultados de investigación. De este

modo, la MEC ha diseñado y desarrollado un conjunto robusto de talleres de escritura creativa o laboratorios creativos en los que el foco principal ha sido la escritura colectiva con comunidades de distinta naturaleza. Respecto a la noción de laboratorios creativos, la hemos planteado y desarrollado para describir un proceso complejo de: a) asesoría creativa colectiva y b) trabajo mancomunado de producción de relatos con comunidades que no se agota en la vieja noción de aula de «dar clase», donde un profesor comunica una serie de contenidos, y que va más allá también del encuentro de un «taller», donde la escritura creativa es puesta en práctica en la sesión, pero no existe un seguimiento editorial posterior a los resultados o derivas de esa escritura con vocación de hacerse pública, publicada.

En sesiones colectivas de lectura, discusión y taller, una historia o una serie de historias buscan ser trabajadas, moldeadas, a partir de ejercicios prácticos de escritura dirigidos a ensanchar la comprensión de los participantes de las posibilidades inconmensurables de la forma: relatar desde una persona gramatical u otra; relatar desde un tiempo verbal u otro; relatar haciendo explícito o no un interlocutor definido, etcétera (largo etcétera). Luego de esta serie de procesos de inicio y desarrollo de la escritura, está el trabajo de lectura y acompañamiento de la construcción de un relato, por fuera de las sesiones colectivas de trabajo, lo que compromete toda una dimensión de interlocución editorial que sobrepasa el campo de un taller. Estas últimas tareas son guiadas por el coordinador creativo, pero realizadas por los asistentes de investigación que son a su vez estudiantes remunerados de la MEC.

A continuación, los proyectos de escritura comunitaria (o de apropiación social del conocimiento) de los que el programa se siente más orgulloso:

*Naturaleza común. Relatos de no ficción de excombatientes para la reconciliación*³: En alianza con el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, y coordinado por el profesor Juan Álvarez, este laboratorio creativo reunió a narradores excombatientes, individuos interesados en los relatos literarios de no ficción, para amasar de manera comunitaria una diversidad de enfoques e historias para completar una colección de relatos de no ficción donde el núcleo convocante sea la experiencia de los excombatientes en y desde la naturaleza durante los años del conflicto armado colombiano.

3. El libro está disponible para descarga gratuita en el siguiente enlace:
<http://centromemoria.gov.co/wp-content/uploads/2021/03/Naturaleza-comun-relatos-de-no-ficcion-de-ex-combatientes-para-la-reconciliacion-2021.pdf>

*Travesías. Memorias de personas transmasculinas en Bogotá*⁴: Este proyecto comprendió una oportunidad para diseñar y desarrollar un ejercicio de construcción y edición de textos narrativos sobre el rol, la visión y el sentir de personas transmasculinas en Bogotá. Así, el objetivo primordial del proyecto fue visibilizar las experiencias de vida de personas transmasculinas en Bogotá que, dada la primacía de lideresas trans, han estado relegados en la representación y agendas políticas de las sexualidades y géneros disidentes. Tomando como inspiración el trabajo de la escritora bielorrusa Svetlana Alexiévich, “Travesías” se desarrolló con el método de “la oreja humana”: cinco estudiantes fueron emparejados con cinco hombres trans y, después de varios encuentros, los estudiantes transcribieron sus muchas conversaciones, que luego armaron y reordenaron para que los lectores puedan leerlas como cinco narraciones en primera persona desde el punto de vista de los hombres trans que protagonizan el libro o, más bien, como cinco textos en yo que apelan siempre a un nosotros plural y heterogéneo.

Referencias

Ariza Herrera, E.; Molina Morales, G. y Nieto Martín, G. V. (2017). Evaluación de materiales didácticos y adaptación a la diversidad hispanoamericana. *Revista Hechos y Proyecciones del Lenguaje*, 23(1), 118-138. <https://revistas.udenar.edu.co/index.php/rhepro/article/view/3845>

Ariza Herrera, E.; Molina Morales, G. y Nieto Martín, G. V. (2019). Adaptación de materiales para la enseñanza de español como lengua extranjera en Latinoamérica: el caso de Aula América 1. *Forma y Función*, 32(1), 101-123. <https://doi.org/10.15446/fyf.v32n1.77418>

Cadavid, T. (2011). *Anuario XI. Centenario natalicio de Cuervo*. Medellín: Academia Antioqueña de Historia.

Duartes, G. E., et al. (2011). *Rufino José Cuervo: una biografía léxica. libro al viento 80*. Ed. Julio Paredes y Edilberto Cruz Espejo. Bogotá: Instituto Distrital de las Artes (IDARTES).

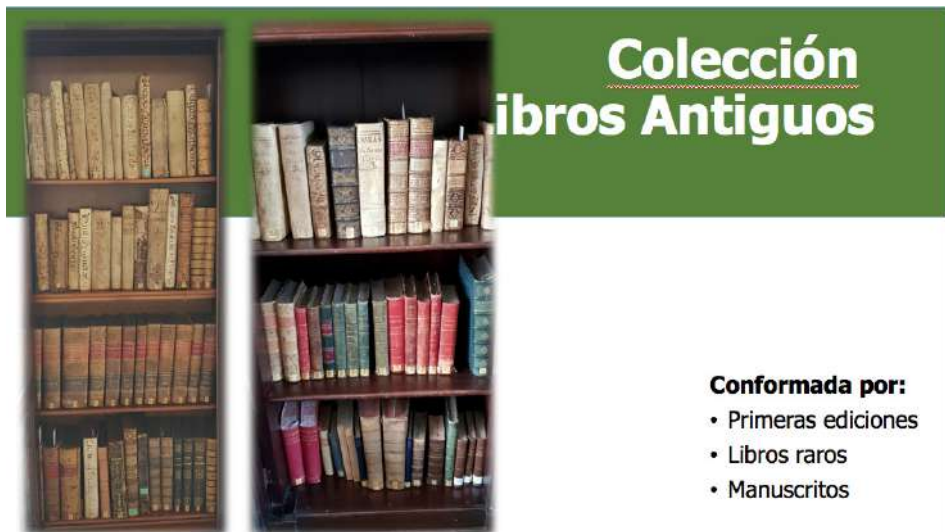
Nieto Martín, G.V. (2018). Aula América. Manual de español para extranjeros. *Memorias del IV Congreso Internacional del SICELE*. Universidad Nacional de Rosario, Argentina. https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/sicele/sicele04/009_nieto.htm

4. El libro está disponible para descarga gratuita en el siguiente enlace:
<https://selloeditorial.caroycuervo.gov.co/detalle-libro/travesias-memorias-de-personas-transmasculinas-en-bogota>

Nieto Martín, G. V. (2019a). El desarrollo del español como lengua extranjera en Colombia. *Balances y posibilidades de la enseñanza del español como lengua extranjera en el Perú*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/177007>

Nieto Martín, G. V. (2019b). La estrategia país para el fomento del español como lengua extranjera en Colombia. *Memorias del VIII Congreso Internacional de la Lengua Española*. Córdoba, Argentina. <https://congresosdelalengua.es/cordoba/paneles-ponencias/competitividad/nieto-viviana.htm>

Paredes, J. (2011) Prólogo *Rufino José Cuervo: una biografía léxica. libro al viento 80*. Bogotá: Instituto Distrital de las Artes (IDARTES).



Pedro Urbano González de la Calle: las ciencias del lenguaje al servicio de la identidad nacional colombiana

Juan-Manuel Espinosa R.

En 1944, en el primer número de su revista, la Universidad Nacional de Colombia publica un largo artículo de más de setenta páginas de Pedro Urbano González de la Calle, lingüista y filólogo español, titulado «Orientaciones doctrinales para la investigación lingüística y filológica del castellano en América». Este artículo, el más grande de toda la revista, es la compilación de nueve conferencias que ofreció el filólogo en lo que unos años antes se llamaba el Instituto *Rufino José Cuervo*, dependiente del *Ateneo Nacional de altos estudios* de Bogotá, fundado en 1940 por Jorge Eliécer Gaitán, entonces ministro de Educación (Restrepo, 2).

Estas páginas son clave para comprender la historia del estudio del lenguaje en Colombia, para comprender las fuerzas que la antigua y nueva generación de lingüistas imponían sobre su objeto de estudio a través de sus prácticas, comportamientos y actitudes. De la misma manera, sirven para hacer visible las consecuencias de todo ello para lo que era la razón de ese entonces de estudiar el español colombiano: la comprensión y definición de una identidad nacional propia, alejada de la visión de Colombia como un apéndice de España y su cultura. Y es en medio de ese campo de fuerzas que, gracias a las conferencias de González de la Calle, logramos comprender los orígenes del Instituto Caro y



Cuervo, sus objetivos iniciales, e incluso las formas de comportamiento que sobrevivieron entre los docentes, investigadores y estudiantes del Instituto muchos años después de que el filólogo español partiera para México. Leer estas páginas, entonces, es una oportunidad de comprender no solo la historia del Instituto, sino el contexto en el que surge, contra qué se enfrenta, los desafíos que se impone desde un principio y durante varias décadas, y el ethos adoptado por la comunidad de académicos del ICC.

A lo largo de ochenta años de historia del Instituto, muchos mitos, leyendas y tradiciones se han creado. Muchas de las razones de por qué se fundó, para qué, y por qué continúa funcionando, se basan a menudo en la idea de continuar la labor lexicográfica de Rufino José Cuervo. Esta labor, en los años cuarenta, el entonces centenario de su nacimiento, se consideraba que había sido dejada a un lado por el gobierno, para infortunio de la cultura e historia colombiana (de Greiff, Restrepo). Para compensar ese olvido —cuenta la historia— el ministro de educación Germán Arciniegas funda el Instituto Caro y Cuervo con la Ley 5 de 1942, nombrando a José Félix Restrepo como director, para continuar con la elaboración del Diccionario de Construcción y Régimen de Rufino José Cuervo, y para elaborar investigaciones en lengua, literatura y filología.

Sin embargo, la publicación de estas conferencias en la Revista, y el mismo testimonio de Restrepo contradicen esa historia, revelando que los esfuerzos por construir esa institución comenzaron mucho antes. Y, además, como lo señala el mismo Restrepo en 1945 y las conferencias publicadas por la *Revista* en 1944, el trabajo de Pedro Urbano González de la Calle fue fundamental para el origen del Instituto. Sirvió para trazar una distancia entre él y la manera tradicional como se venía pensando y estudiando las lenguas en Colombia, así como para posicionar métodos, prácticas, comportamientos y objetivos que llevarían a consolidar y dar coherencia a la producción investigativa del Instituto Caro y Cuervo durante los siguientes ochenta años.

La intención de las siguientes páginas es entonces leer las «Orientaciones» de González de la Calle, comprender mejor su aporte a lo que es hoy el Instituto Caro y Cuervo, y con ello, la proyección original de los objetivos proyectados para este. Objetivos que, como veremos, van mucho más allá de la intención original del Instituto, intención que todavía está en la mente de muchos.

Al rescatar estas «Orientaciones», sus aportes, y al ubicarlas en un contexto social, disciplinar y político, lograremos entrever no solo una historia

distinta del instituto —una historia que pasa por el proyecto cultural y educativo y científico de la República liberal— sino que permite entrever cómo y por qué se desarrollaron las investigaciones de las siguientes décadas en el instituto. En lo que sigue intentaré plasmar las líneas de fuerza que confluyen en el momento y lugar del pronunciamiento de estas conferencias. Estos vectores incluyen la necesidad de replantear el método de estudio de la lengua en Colombia, la actitud con la que se debe llevar a cabo, la necesidad de quitarle el monopolio de ese estudio a quienes en ese entonces lo tenían, y por último, proyectar una nueva razón sustancial para hacerlo; en vez de entender el estudio del español en Colombia como las tristes deformaciones que ha tenido el castellano del Siglo de Oro en tierras americanas, se debe entender como la articulación que ese español ha logrado tener con el espacio y con el territorio, con tradiciones externas e internas a él. En otras palabras, para González de la Calle, estudiar la lengua es estudiar la identidad nacional y, al hacerlo, es entender el rol que esa nación cumple en el mundo en general.

El autor de las «Orientaciones»

Pedro Urbano González de la Calle nació en Madrid en 1879 en el seno de una familia Krausista. Estudió filosofía y letras en la Universidad Central, y en 1904 se doctoró allí mismo. Rápidamente, fue nombrado catedrático de lengua y literatura latinas de la Universidad de Salamanca. Allí conoció a Miguel de Unamuno, a quien apoyó cuando fue destituido del cargo de rector en 1914. En la Universidad de Salamanca González de la Calle se concentró en el estudio de humanistas del siglo XVI como Juan de Mariana y Benito Arias Montano, de diversos autores latinos y de la lengua como tal. En 1922 publica *Vida profesional y académica de Francisco Sánchez de las Brozas: ensayo biográfico* (Protomártir, 2018).

Asimismo, se concentró en traducir a lingüistas y filólogos alemanes, y también elaboró traducciones del sánscrito y del prácrito como *Ratnavali* (El collar de perlas) de Criharsa, y traducciones anotadas del *Priyadarçika* y del *Rtusamhara*.

En noviembre de 1936 González de la Calle partió, junto a un grupo de profesores e intelectuales, para Valencia y luego a Barcelona, huyendo de los ejércitos de Franco. En 1939, cuando tuvo que abandonar España definitivamente, y en un primer momento llegó a París. Allí conoció al presidente

Eduardo Santos, quien le propuso radicarse en Bogotá. González de la Calle, como muchos otros intelectuales republicanos exiliados, llegó a Bogotá en 1939 a dictar clases de lingüística a la Escuela Normal Superior.

Entre 1939 y 1949, González de la Calle y su esposa vivieron en Bogotá, donde el profesor comenzó a impartir clases de lingüística, latín, gramática histórica del español y sánscrito. Poco tiempo después de haber llegado comienza a dictar clases de latín en el Instituto de filosofía y letras de la Universidad Nacional. Muy poco tiempo después de que el Instituto Cuervo comenzara a funcionar en una de las oficinas de la Biblioteca Nacional, en 1940, él ya debió estar dictando clases allí, hasta que fue nombrado como “colaborador técnico” en el ya Instituto Caro y Cuervo (Decretos 786 y 973 de 1944) (Protomártir 2018).

En 1949 González de la Calle y su esposa partieron para México. Posibles razones para hacerlo son el Bogotazo, la mucho más grande comunidad republicana en México, o a que González de la Calle consideraba que en el recientemente fundado Colegio de México podría volver plenamente al estudio del sánscrito y de la cultura de india, el tema que siempre le llamó más la atención. Se vinculó prontamente al Colegio, y allí trabaja como profesor de Sánscrito hasta muy poco tiempo antes de su muerte en 1966. El profesor González de la Calle nunca más volvió a pisar suelo español.

El medio y el lugar de las Orientaciones

Bogotá en 1939 debió ser un lugar completamente desolado para González de la Calle. Una persona cuya vida había girado hasta entonces alrededor del sánscrito, el latín, el griego, la historia de estas lenguas y la historia del estudio del español desde el siglo XV, lo más seguro es que no encontrara muchos interlocutores con intereses similares. Sí era seguro que en Colombia no había ninguna biblioteca o centro de investigación que le permitiera continuar con las líneas de trabajo que él había cultivado por más de treinta años de carrera en España. Si bien él empieza a dictar clases de lengua latina, griega y sánscrita, lo más seguro es que se viera poco estimulado por el contexto académico del país.

El gobierno de ese momento era consciente de que la situación cultural y educativa dejaba mucho que desear. Por ello se había propuesto un ambicioso

plan de creación de instituciones y programas para construir, consolidar y ampliar el alcance de lo que significaba la cultura nacional colombiana. La división de extensión cultural del Ministerio de Educación, en épocas de Jorge Eliécer Gaitán, estuvo a cargo de Darío Achury Valenzuela, y en manos de él se crearon los programas que décadas más tarde se convertirían en Colcultura, y en los años noventa, en el Ministerio de Cultura de Colombia: el servicio arqueológico, los equipos de museos y exposiciones, la Radiodifusora Nacional, el departamento de cultura popular y su división de publicaciones, el teatro Colón, el teatro cultural, la Banda Nacional de Bogotá, la división de educación física, la escuela complementaria de especialización artística, centro de cultura social, escuelas musicales y de danza, y los conservatorios departamentales de Música. Para 1944, las labores de investigación de lingüística del Instituto Caro y Cuervo ya estaban incluidas en los informes de gestión que esta dependencia le presentaba al Congreso de la República (*La extensión cultural*, 1944).

Pero incluso antes de este informe del Ministerio de Educación sabemos que el profesor ya estaba dictando conferencias en el entonces Instituto Cuervo, pues el epígrafe con el que se presentan este texto en la Revista de la Universidad Nacional nos informa que:

Las conferencias que aquí se publican fueron leídas y glosadas verbalmente por su autor en un cursillo profesado durante algunos meses en el Instituto Rufino José Cuervo, dependiente del Ateneo de Altos Estudios de Bogotá (González de la Calle, 25).

Las conferencias nos permiten entonces comprender que la orientación metodológica que se le daría al ICC estaba desde antes alineada con el proyecto de extensión cultural del Ministerio de Educación, y por ello mismo al proyecto de la Universidad Nacional de Colombia como universidad pública de investigación y difusión de los conocimientos. Esto se percibe en las páginas preliminares de la *Revista*, en las que el editor se refiere a la política universitaria de extensión cultural en términos muy similares a los del ministro Rocha ante el congreso ese mismo año. Además, nos encontramos con Fernando Charry Lara, redactor de la revista de la universidad en sus dos primeros volúmenes, y luego jefe de la Radiodifusora Nacional de Colombia, que como ya hemos visto estaba en Extensión Cultural del Ministerio de Educación. Por último, es evidente la clara intención de expresar las necesidades de modernización administrativa e incremento presupuestal tanto para la universidad como para extensión cultural del Ministerio. En el informe de

Achury Valenzuela de 1944, se menciona reiteradamente la necesidad de más recursos, personal y espacios para llevar a cabo las tareas encomendadas a la extensión cultural: socializar y descentralizar la cultura (*La extensión cultural, 1944*, VII). En el caso de los preliminares de la revista, se señala como un hecho triste y frustrante que esta institución, ocho años después de haber iniciado sus tareas como entidad orgánica, no tuviera todavía una facultad de filosofía y letras.

En ese marco de necesidades y proyectos institucionales, es entonces muy curioso e importante que Otto de Greiff, en aquel momento secretario general de la universidad, abra la revista con un texto de alabanza al gran humanista y único representante colombiano de la intelectualidad del país a nivel internacional, Rufino José Cuervo. Aplauda la publicación de su obra inédita, correspondencia, y el trabajo para terminar el *Diccionario de construcción y régimen*, y menciona que afortunadamente «el gobierno de Colombia cuenta ahora con la colaboración del Instituto Cuervo (sic), a la cabeza del cual está un modesto y erudito filólogo español, profunda autoridad en lenguas clásicas, don Pedro Urbano González de la Calle» (De Greiff). Y si bien señala que la revista le rinde homenaje a Cuervo en el centenario de su nacimiento con la publicación de las conferencias de González de la Calle, de Greiff se entristece al ver que «estas investigaciones están confiadas hoy a organismos oficiales administrativos, por carencia, en la Universidad Nacional, de una facultad de letras. El mejor homenaje que en el futuro le podrá rendir la universidad a la gloria de Cuervo, será la creación de esa facultad» (de Greiff).

Lo que también veremos en común entre los dos textos es el intento de replantear el acceso a la cultura. Si bien en la época tanto el ministro Antonio Rocha como el filólogo González de la Calle consideraban que había una clara diferencia entre cultura popular y alta cultura (véase Silva), es claro que hay un intento de difusión de esa alta cultura en la gente o como lo señala el ministro «las gentes sencillas» (X). Esto tendrá implicaciones en las conferencias del filólogo, así como en la comprensión y valoración de las lenguas del territorio nacional distintas al español.

Las Orientaciones

Pedro Urbano González de la Calle no entra a discutir las jerarquías de la cultura o las direcciones de influencia de la cultura de un lugar a otro. En

el texto de la revista de la Universidad Nacional, lo que le interesa es explicar cómo considera él que se debe investigar el castellano *de América y en América*. Imparte también líneas teóricas, metodológicas y de política investigativa de la lengua. E igualmente importante, invoca un *ethos*, presente en Cuervo y en él mismo, que se ha de asumir en la práctica investigativa. Me adelanto para señalar que este *ethos* será un valor institucional del Instituto Caro y Cuervo, de los investigadores formados por González de la Calle y los que vendrían después.

Saber cierto y sistemático versus el empirismo: Ciencia vs. viejas academias

«No es satisfactorio el estado de cosas a que se ha llegado con el empirismo tradicional». (Orientaciones). Así comienza la primera conferencia González de la Calle. Esta aseveración recorrerá todas las entradas, pues el objetivo fundamental de ellas es persuadir a que es necesario estudiar la lengua científicamente, de manera estructurada, y cultivada. Esto parecería una obviedad, incluso para cualquier momento en la historia lingüística y disciplinar del país, posterior a la obra de Rufino José Cuervo. Pero detrás de esta aseveración es una crítica a las prácticas tradicionales de los académicos de la lengua y de todos aquellos que empíricamente tratan de estudiarla con las herramientas que poseen. Para más de tres generaciones de estudiosos de la lengua en Colombia, esos académicos empíricos fueron los abogados, jueces, y políticos que entendían los distintos fenómenos humanos como elementos que se podían organizar propiamente dentro de un corpus doctrinal de leyes, decretos y legislación. Es en contra de estos académicos «arbitrarios» y «fantasmagóricos» (27), contra los que lucha González de la Calle en sus conferencias: los académicos, amateurs, no profesionales, que buscan desarrollar hipótesis léxicas, fonológicas o fonéticas para comprobar identidades regionales, provinciales o nacionales. Para que este cambio se vuelva real se hace necesario un cambio de la práctica científica con la que se aborda el estudio de la lengua, una restricción de estudiarla a los lingüistas profesionales, y de una metodología compuesta exclusivamente por herramientas propias de la lingüística y de la filología.

Es muy fácil señalar hoy en día que González de la Calle está reclamando el objeto de estudio para su disciplina, junto con la metodología y las técnicas

investigativas propias de ella, y podríamos verlo como una exigencia de monopolio sobre el tema. Esto es cierto. Este ejercicio de exclusión disciplinar ha tenido tristes efectos en el estudio de las lenguas indígenas, no solo en Colombia sino en el resto del mundo. Sin embargo, esto no es exclusivo de las ciencias del lenguaje. El ingreso de una disciplina científica al repertorio de las ya establecidas siempre implica —entre otras cosas— un ejercicio de distanciamiento entre los expertos ya existentes y los nuevos; separar a los profesionales de los que no lo son, a quienes se guían por la metodología adecuada de los que no, y a los que exceden sus campos de experticia al aplicar herramientas propias del campo para analizar objetos de otro. Sin embargo, si bien todo esto, aunque correcto, es también excluyente, González de la Calle ofrece una respuesta que aún hoy en día nos parece satisfactoria para justificar este cambio en la manera de abordar el estudio de las lenguas: señala que la mente y la sociedad humana son complejas, y dado que la lengua es un producto humano y social, la lengua es un fenómeno complejo también. Por ello no se puede tratar a la ligera o arbitrariamente, y la mejor manera de hacerlo es con un método científico, reflexivo y crítico (27).

González de la Calle nunca nombra puntualmente a quienes ejercen este estudio empiricista del lenguaje. Lo más probable es que no los nombra porque era —aún lo es— una práctica generalizada. Podemos imaginar a González de la Calle, después de varios años de vivir en Bogotá, rodeado de personas que indagan en la historia del español de América, a partir de una «gramática superficial, superficialísima, qué, cuando más, fórmula triviales normas, subseguidas de excepciones, exceptuadas de nuevo y a su vez en un casuismo abrumador, obsesionante» (27). González de la Calle no arremete y no hace juicios *ad homine*; tan solo utiliza su experiencia de haber sido más de treinta años catedrático en España para decir que este tipo de prácticas sobre el estudio de lenguaje ya no tienen cabida en esta época, y que no solamente no deben sino que no pueden ser restauradas (27). En otras palabras, el filólogo español critica el modo superficial de entender el lenguaje en el cual busca normas no para conocer mejor el lenguaje, sino para crear excepciones gracias a él. Esta es la práctica tradicional del uso del bien hablar en Colombia como mecanismos de exclusión social que Erna von der Walde y otros han comentado.

Esa actitud de producir normas y excepciones y abrumar con esas reglas a quienes pronto sienten que no deben hablar (pues se convencen de que no saben hablar, pues fueron convencidos que saber hablar es saberse todas esas

normas y excepciones) se basa en un preconceito: el español hablado en América es una deformación del castellano peninsular. Por ello es que los académicos asumen que su deber es corregir a quienes no saben hablar o escribir, y de aquí surge una cierta justificación para no estudiar profundamente la lengua, en tanto que el objeto local de estudio no sería digno o serio o suficiente. González de la Calle alcanza a percibir esta idea preconcebida en el mismo cuerpo en sus *Apuntaciones* de Cuervo, pero explica que eso era justificable para el filólogo colombiano, pues esa era la posición de todos los lingüistas europeos del siglo XIX con quienes Cuervo se carteaba. Esta no puede ser, sin embargo, la posición en la década de 1940. La lingüística no tiene como obligación «discernir patentes de legitimidad o legitimidad, aplicables con más o menos justificación legal o equitativa a las realidades lingüísticas» (77). En vez de acciones que se describen con palabras más cercanas al entorno de abogados, jueces y notarios, a los lingüistas les interesa entender «las realidades idiomáticas, cómo estas se producen, se transforman y evolucionan», y no «definir si se ajustan o se desvían de los cánones tradicionales y casticistas» (77).

Si se sigue por «la ruta desacreditada del superficial academicismo que durante mucho tiempo ha esterilizado las tareas filológicas y lingüísticas» (61), no solo no se estudiará el español hablado en América, sino que se continuará la labor de «quienes han erigido a las vetustas y polvorientas Academias en dictadoras del proceso lingüístico» (61). Y dado que únicamente les basta «proscribir *ab irato* todo lo que no encajara en los ancestrales moldes de esas arcaicas y retardatarias instituciones» (61), el español continuaría sin estudiarse y entenderse como propio del territorio en el que se habla (énfasis en el original).

Al contradecir a estos lingüistas empíricos, González de la Calle también aprovecha para socavar los preceptos con los que esta práctica —más sociopolítica que científica— se mantenía vigente y popular. Esto no era solo importante para despejar el campo para una nueva forma de estudiar el español; era preparar el terreno para que el español de Colombia fuera un elemento importante para consolidación de una imagen de nación. Ya se ha mencionado arriba el preconceito del español colombiano —como cualquier español no hablado en España— como una degeneración del español peninsular.

Otra de las presunciones socavadas es la visión teleológica del discurrir de la lengua —acompañante cercana del preconceito de la degeneración de la lengua y cultura— en la cual las lenguas incrementaban en el tiempo su

perfección, y por ello podían alcanzar cimas de expresión literaria, estética, etc. El corolario de una visión teológica es la posibilidad de que no siguiera creciendo, es decir, una decadencia o degeneración, y una consecuente visión nostálgica hacia el pasado. Para muchos humanistas de la época, la historia del español había tenido una cima de elegancia y riqueza con el llamado Siglo de Oro de las letras, que había coincidido con el apogeo del Imperio español. A partir de ahí, según esta visión nostálgica, nada había sido igual. Para González de la Calle, sin embargo, no es serio solo dedicarse a los momentos de la lengua de «plena floración estilística ungidos con los óleos del más alquitarado clasicismo» (78). Estas malas prácticas que él considera anticuadas, y poco instruidas en las metodologías más actuales de la ciencia del lenguaje, se deben dejar a un lado por una serie de prácticas que él también explicita: el español en términos generales se debe estudiar no únicamente desde sus orígenes, y no solamente el español «literario de los siglos de oro de las letras hispanas» (26), sino también el español tal y como se habla hoy en día y en cualquier lugar. Asimismo, se debe estudiar tanto lingüística como filológicamente (29). Y además, todos los campos y niveles del estudio de la lengua son necesarios para hacer un trabajo verdaderamente científico. No es suficiente quedarse en un campo o un nivel de la lengua, pues es el contraste entre los campos lo que dará frutos de investigación novedosa (26-27).

Una última práctica anticuada que González de la Calle critica repetidas veces es el anticuarismo, la «insana atracción por acumular datos y datos, sin revelar la menor preocupación por interpretarlos, incorporándolos de tal modo al acervo de la cultura histórica» (71). Esta labor de coleccionista, fue una práctica recurrente en Europa desde los inicios de los estudios diacrónicos de la lengua y de las culturas antiguas. Coleccionar datos y objetos formaba parte consustancial de la labor del análisis lingüístico, en gran medida debido a la falta de una documentación que estudiar, lo que a su vez se debía a la ausencia de instituciones de investigación que concentraran en un solo lugar estos datos para consulta de los interesados. Esto únicamente ocurriría con la transformación de la investigación en grandes proyectos de interés político y económico, a partir del siglo XVIII. Hasta ese entonces los científicos tenían como obligación, por la propia necesidad de su trabajo, coleccionar especímenes y objetos, así como datos e información, sin tener que detenerse a reflexionar en las acciones mismas del coleccionismo.

González de la Calle ya no era de esa generación. En ninguno de los escritos que se han revisado para este escrito aparece una huella de apego hacia

materiales textuales u objetos en su trabajo. Incluso, si eso fuera así, su exilio lo hizo abandonar cualquier deseo coleccionista. Además, la justificación para no coleccionar los encuentra en «el anhelo de remediar los excesos que el medioevalismo (sic) pseudocientífico hubo de permitirse, teorizando desde las nubes y entregado a las más bizarras fantasmagorías» (71). Afortunadamente, señala González de la Calle, habían sido dejadas a un lado, hasta el punto en que ningún científico serio se le ocurriría «confundir la labor científica con un indigesto registro de hechos o de informaciones en repelente mezcla adulterados» (71). Para ello, en cambio, es necesario hacer una recopilación seria de datos y en paralelo teorizar para encontrar un sentido a esa recopilación (71).

Es fácil suponer que la postura de González de la Calle contra los académicos empiristas es la de simplemente una moda científica que busca dejar a un lado las prácticas anteriores. Puede ser que haya algo de eso. Pero hay una razón más acuciante que González de la Calle estaba en una posición tristemente privilegiada para ver antes de muchos otros. Gracias a la manera como el castellano estaba siendo posicionado por Franco en España como la única lengua autorizada de la península, González de la Calle podía ver con claridad el riesgo de usar la lengua, su estudio y su prescripción para propuestas nacionalistas. Es por ello que se señala las malas prácticas que hemos visto como vicios que rápidamente se convierten en excusas políticas: «Por muy amplia esfera que en la elaboración y en la vida de un idioma queramos conceder a la convención y al artificio, nunca bastará el amplio reconocimiento de esa faceta para erigir en criterio de valoración científica las veleidades del sectarismo patriotero» (30). En contra de jerarquizar aspectos históricos, sociales o geográficos o estéticos de la lengua, González de la Calle, en cambio, está diciendo que para su serio estudio es necesario abarcar todos los campos, lugares de la lengua, momentos de la lengua, todas las clases sociales de sus hablantes, y combinar y contrastar esos estudios para producir innovaciones. En ese sentido, si la lingüística y el estudio del español desea en verdad avanzar, deberá tomarse en serio el español hablado en América.

Así mismo dedica bastante tiempo al problema de la causalidad. Un argumento típico el cual hay que atajar, controlar y ser prudente con él. Esto ocurre porque el principio de causalidad es enarbolado frecuentemente por los académicos empíricos para fundamentar proyectos e intereses propios que no están alineados con la práctica científica que postula González de la Calle. No nos detendremos mucho en este problema de la causalidad para comprender sus razonamientos dentro de la misma disciplina. Sin embargo,

este argumento es importante porque es la manera más directa de enlazar el campo de la lingüística moderna con el ethos del lingüista moderno. Esto lo hace por medio del valor de la prudencia.

González de la Calle repite, a lo largo de sus conferencias, que es necesario reconocer que no siempre es posible determinar causalidad entre geografía, tiempo, sociedad, por un lado, lengua por el otro. «Tenemos que prever la contingencia que busquemos sin encontrar y hasta que tengamos que convencernos de que no podremos, ni deberemos encontrar lo que al principio de nuestra investigación creímos poder hallar en una determinada relación»(35). Este no es simplemente un ataque a los impulsos tradicionales desde la novedad moderna del campo científico. Como lo señala Protomártir, González de la Calle en su época de estudio de Francisco Sánchez de las Brozas, en los años veinte, había adoptado como lema propio el dictamen del gramático que enaltece la prudencia de la observación y del juicio.¹ Es decir, González de la Calle no asume que la prudencia sea un valor exclusivo de la moderna disciplina lingüística, sino que abraza un valor propio de la filología como un comportamiento ejemplar de la profesión. Es decir, que González de la Calle no solo busca implementar una nueva metodología para estudiar la lengua, sino que esta metodología la acompaña de un comportamiento.

Un nuevo *Ethos*

«Hay que saber lo que se sabe, y saber hasta dónde se sabe y hasta dónde no» (27), nos dice el filólogo y lingüista. Es interesante que esta sea la ética que sugiere González de la Calle. No enfatiza el método científico de ensayo, error y confirmación, sino la perseverancia de las personas mediada por una prudencia. Esta postura, este comportamiento, es el que González de la Calle dejará sembrado en las generaciones siguientes de investigadores del Instituto Caro y Cuervo, y lo que permitirá proseguir en los proyectos lexicográficos y dialectológicos del Instituto. Es este comportamiento, y el asumir ese comportamiento como principio a la hora de investigar, lo que caracterizará al personal del Instituto en las siguientes décadas y lo diferenciará de los principios y comportamientos de los miembros de las distintas academias colombianas.

1. «No hay duda de que se debe dar cuenta de todas las cosas, aún de las palabras, las cuales si al ser preguntadas somos ignorantes, debemos confesar que somos ignorantes antes que afirmar que no la hay» (F. Sanctii Brocensis, *Minerva sive de causis linguae latinae*, cap. 1, f. 6. Citado en Protomártir, 2018, 185. Mi traducción).

Nuevas definiciones

Como respuesta al empirismo y el clasicismo, González de la Calle amplía el objeto de estudio de las ciencias del lenguaje, propone nuevas metodologías, crece el alcance de las investigaciones y con ello sus desafíos, y produce entonces nuevas definiciones de la misma lengua. Junto con ello empieza a concebir una nueva ética para los profesionales que se dediquen al estudio de la lengua, alejado por completo del comportamiento, valores y conductas de los académicos empíricos y clasicistas.

En vez de ser una degeneración de la lengua madre, el español de América «es una lengua que ni borra sus orígenes, ni reniega de su presente, ni opone irracionales obstáculos a un fecundo y diáfano porvenir» (42). El español no solo recibe elementos de otras lenguas y de sus condicionantes, sino que los produce (este argumento permite despejar la preocupación de que las lenguas indígenas contaminan la lengua pura que únicamente se habla en la península). Y al hacerlo permite también desvanecer el problema de la concepción de la superioridad del español (tanto la lengua como el carácter nacional) por encima de las lenguas o culturas indígenas o criollas.

Es claro, no obstante, que González de la Calle no es completamente imparcial con respecto a las lenguas indígenas y al español. Combina las lenguas con niveles de cultura superiores o inferiores, y no las posiciona en pie de igualdad con respecto al sistema lingüístico. González de la Calle no era un vanguardista que creyera que todas las lenguas y todas las culturas fueran iguales. Decir eso sería ir en contra de la evidencia que hallamos en sus textos. Sin embargo, González de la Calle sí está atacando los argumentos de los académicos empíricos y juristas. El objetivo de González de la Calle aquí es desarmar la amenaza de los académicos empíricos-juristas, no poner en pie de igualdad todas las lenguas. Esto tendrá consecuencias para el proyecto de identidad nacional que él propone.

El estudio del español como proyecto de identidad nacional

En medio de este esfuerzo doctrinal para crear nuevos métodos, objetos, y comportamientos de los especialistas, González de la Calle deja entrever la razón por la cual es importante investigar el español en Colombia. Esta impor-

tancia se alinea con el proyecto educativo y cultural de la República liberal, y con el proyecto de consolidación de artes y letras en la Universidad Nacional, que se encuentra en los preliminares de la revista donde aparecen las conferencias. Estudiar la lengua es, según él, el estudio de la realidad americana, en este caso el estudio de la identidad nacional: «castellano en América y castellano de América: es decir, idioma localizado y enraizado en un continente y convertido en carne y sangre de ese mismo continente (el castellano, como el alma española, no ha resbalado por el continente americano, sin enraizar y proliferar en su nueva patria)» (59).

Esto es un proyecto demasiado ambicioso que una sola persona no podría terminar nunca. Él lo reconoce y no se retracta, pues retractarse sería volver rápidamente a las formas correctivas de los académicos juristas que él tanto ataca: «el lingüista y el filólogo del castellano «americano» necesita disponer de un arsenal de cultura americana copiosamente pertrechado de conocimientos, tan extensos y variados como depurados y precisos» (59). Se necesitan muchas personas y estas deben trabajar en equipo y amparadas por algún tipo de organización que les brinde una ruta y unos horizontes claros y fijos hacia donde andar.

El Instituto (Caro y) Cuervo

Es claro entonces que era el Instituto Cuervo —o para el momento de la publicación de la revista, el Instituto Caro y Cuervo— el lugar donde todas estas nuevas metodologías, objetos, prácticas y articulaciones se podrían llevar a cabo. Y de allí mismo quedarían excluidas las prácticas de los académicos empíricos-juristas. Y todo ello estaría a disposición de buscar la identidad colombiana en las cualidades expresivas de la lengua española. Esto fue lo que en efecto ocurrió: se crearon dos departamentos, uno de lexicografía para terminar el *Diccionario de Construcción y Régimen*, y otro de dialectología, el cual terminaría creando el gran proyecto de más de cuarenta años de investigación, el *Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia* (ALEC). En ambos departamentos se desplegarían los nuevos métodos, valores, prácticas y organizaciones que González de la Calle anunció en sus conferencias, y particularmente con el ALEC, lograrían contribuir a la recopilación, análisis y representación lingüística, cartográfica, fotográfica e incluso sonora de la diversidad de la nación colombiana.

Esto no quiere decir que esta postura no tuviera problemas. Cuando González de la Calle señala que hay una pluralidad de elementos raciales en Colombia, y que estos logran «fundir, o, cuando menos, armonizar (sic), sus diferencias lingüísticas en el crisol de un idioma destinado a cooperar, a tal fusión, a tal fecunda armonía» (62), ese idioma es el español; las otras lenguas que se hablaban en el territorio colombiano, y a medida que pasan los años son cada vez menos, todas ellas quedarían excluidas del proyecto nacional. Hay una visión monolingüe de todas maneras en su argumento, la cual es propia de las visiones optimistas del mestizaje y de la creolización que abundaron tanto a mediados del siglo XX en toda Latinoamérica.

Sinembargo, esto no le quita importancia a estas conferencias. Son una cristalización perfecta de lo que habría de ser el objeto, el método, el comportamiento y el alcance de la labor científica del Instituto Caro y Cuervo en los primeros cincuenta años de su vida. Y gracias a estos principios puestos en práctica en esta institución se llegaría a salvaguardar, y hasta enriquecer, la imagen que los colombianos tienen de su propia nación.



Redes intelectuales y constelaciones – Mi amigo Loro*

Carmen Millán



En *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia* Jaime Arocha y Nina de Friedemann propusieron una periodización para sistematizar las fases en el desarrollo de las ciencias sociales en nuestro país durante el siglo XX (6-9). Habría entonces un periodo *formativo* (ca. 1850), cuyo centro fue la Comisión Corográfica; un periodo *generativo* caracterizado por la llegada al país de arqueólogos y etnólogos, la creación del Instituto Etnológico Nacional y la aparición de la *Revista de Arqueología* y la *Revista Colombiana de Folklore*; un periodo *normativo* (ca. 1950) en el cual la persecución política dispersó a los científicos del Instituto Etnológico, algunos de los cuales, gracias a “becas otorgadas por agencias internacionales, viaja[ron] al extranjero a especializarse” (7). Luego vendrán los periodos de *tecnocratización* y de *crítica y conflicto*.

La herramienta resulta de interés para situar a un grupo de jóvenes provenientes del Caribe y del Pacífico, algunos profesionales recién egresados de la Universidad Nacional de Colombia, quienes en 1943 conformarían el núcleo pionero en la reflexión política sobre “el lugar de la gente negra en la sociedad colombiana” (Pisano 65). Entre el periodo generativo y el formativo los en-

(*) En: “Entre Ekobios – Manuel Zapata-Olivella (1920-2004) - Espacios investigativos: invitación al archivo”; Ed. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá; pp. 58-65

contraremos organizando el *Día del negro* el 20 de junio de 1943, celebración que en palabras de Manuel Zapata Olivella fue “[u]no de los acontecimientos que más profundamente marcó nuestra identidad” (187). Al final de la jornada del 23 los encontraremos en la cárcel: Natanael Díaz, Alfonso Balanta, Marino Viveros y Manuel Zapata Olivella (190). Todos participarán en la creación del *Club Negro*, cuya junta directiva estará integrada por Marino Viveros (presidente, 21 años), Helcías Martán Góngora (vicepresidente, 23 años), Manuel Zapata Olivella (secretario general, 23 años), Víctor M. Viveros (tesorero 24) y Natanael Díaz (24 años).¹ Todos harán parte de la historia de la construcción de un sujeto político que alcanzará reconocimiento constitucional en 1991 y de categorías de las ciencias sociales que han ido cambiando de denominaciones con el desarrollo del activismo y la investigación.² Ellos son parte de lo que Manuel Zapata Olivella ha llamado “vendimia de la negritud” (*¡Levántate multato!* 334), “el bando de la cimarronería de las negritudes” (*La negredumbre en García Márquez*) y que Carlos Alberto Valderrama ha caracterizado así:

Estos intelectuales negros y afrocolombianos fueron clave en la construcción de un campo político intelectual afrocolombiano (Arboleda, 2011), constituido como una “red de relaciones y colaboraciones” (Valderrama, 2014). Mi sugerencia es seguir indagando sobre estos aspectos para describir lo que pudo haber sido un proyecto de “comunidad imaginada negra” (Valderrama, 2013: 292) pensada desde las interacciones de estos intelectuales (Valderrama Rentería 225).

En 1954, Aquiles Escalante (1923 – 2002) publica en la Imprenta Departamental del Atlántico *El palenque de San Basilio, una Comunidad Negra en Colombia*.³ El autor, quien se había formado en la Escuela Normal Superior⁴

1. Para una descripción de lo ocurrido en el Día del negro, véanse *¡Levántate multato!* (187 – 190) y *Liderazgo político “negro” en Colombia 1943 – 1964* de Pietro Pisano (66). Los nombres y edades de los miembros de la directiva del Club en Pisano (67).

2. Véanse *Estudios de negros* de Nina de Friedemann, *Avatares del negro en la antropología en Colombia* de Eduardo Restrepo. La caracterización del proyecto intelectual de Manuel Zapata Olivella que hace George Palacios en su tesis doctoral está situada en coordenadas teóricas propuestas por Anthony Burgess en *Black Heretics, Black Prophets*. Palacios construye un sintagma rico en categorías decantadas por la ciencias sociales y señala que Zapata Olivella.

3. De esta manera es citado en la bibliografía de *El negro en Colombia*, del mismo autor (Escalante 184). En posteriores ediciones, pasaría a llamarse *El Palenque de San Basilio, una comunidad de descendientes de negros cimarrones*.

4. Señala Nina de Friedemann:

La invisibilidad del negro perpetuada en las cátedras de la Normal Superior y continuada en el Instituto Etnológico Nacional sería reconocida como tal por Aquiles Escalante. ... En 1980 frente a la asamblea magna del II Congreso de Antropología, celebrado en Medellín, este antropólogo afirmaría que durante

y era profesor en la Universidad del Atlántico, se encontraba ya en camino de emprender sus estudios en *Northwestern University*, institución a la que llegaría a trabajar con dos intelectuales a los que se identificaba por aquel entonces como *folcloristas*, antropólogos con trabajos de campo en diversos países, entre ellos Colombia.

El negro en Colombia, libro publicado en 1964, es el resultado de su estancia en la universidad estadounidense, donde contó con la asesoría de William Bascom (1912 – 1981), antropólogo cuyo mentor intelectual había sido Melville Herskovits (1895 – 1963) y Daniel J. Crowley (1921 - 1998), quien se dedicó a estudiar las fiestas y carnavales en África, América Latina y el Caribe, estableciendo las huellas de africanía presentes en fiestas y carnavales. De hecho, la muerte lo sorprendió en el carnaval de Oruro (Bolivia).

En la introducción de *El negro en Colombia* leemos:

La cuidadosa selección bibliográfica de Northwestern permitió al autor la lectura de los más calificados autores en el campo del afronegrismo. Allá encontramos las obras completas de Melville Herskovits, el gran orientador de la escuela afroamericanista en la antropología. De los autores europeos contemporáneos el más útil nos ha sido el francés Georges Schelle, cuyos dos gruesos volúmenes sobre trata negrera ofrecen abundante material de archivos, muchas citas de los principales traficantes negreros y sesudos y sesudos conceptos jurídicos sobre la trata (7).

Escalante hace un recuento de “los contados esfuerzos realizados entre nosotros para adelantar los estudios afrocolombianos.”⁵ Su listado incluye a James Ferguson King (1913 – 1983), cuyo trabajo de archivo entre 1937 -1938 fue analizado en *Negro Slavery in the Viceroyalty of New Granada*, su tesis doctoral para graduarse en Berkeley en agosto de 1939. Del Padre José Rafael Arboleda (1916 – 1962) cita *Nuevas investigaciones afrocolombianas* (1953) y señala que el ensayo de Arboleda sigue la metodología de Herskovits.

De publicaciones periódicas colombianas, Escalante cita “la serie de ensayos sustantivos” publicados por Thomas Price, Jr. en la Revista Colombiana de Antropología: *Estado y necesidades actuales de las investigaciones afro-*

su entrenamiento en las citadas instituciones, ningún profesor le había mencionado el tema de los negros como sujeto de la ciencia antropológica (Estudios de negros 537).

5. Para una valoración de la importancia de la obra pionera de Aquiles Escalante véanse, entre otros: Un siglo de investigación social en Colombia: Antropología en Colombia, en especial el capítulo 10 “Estudios de negros” e Historias de vida de maestros en el currículo escolar de Clemente Mendoza.

colombianas y *Algunos aspectos de estabilidad y desorganización cultural en una comunidad isleña del Caribe colombiano* (Price 1954), entre otros. De la Revista Colombiana de Folklore, en la que luego colaboraría asiduamente Manuel Zapata Olivella, cita *Cuentos de la raza negra, Adivinanzas del Alto y el Bajo Chocó, Ritos de la muerte en el Alto y Bajo Chocó*, publicados por “el investigador chocoano Rogerio Velásquez” (6).

Nina de Friedemann cita el reclamo que en 1954 hiciera Aquiles Escalante:

Hasta hoy todo el interés de los antropólogos colombianos ha incidido sobre el amerindio; poco o ningún esfuerzo se ha hecho por el estudio del tronco étnico negroide, olvidando que él ha teñido la piel de una gran cantidad de compatriotas y engrosado la ancha corriente del europeo y el indígena con el rico saber cultural del que era portador (*Estudios de negros* 537).

Con *El negro en Colombia*, Aquiles Escalante inició una tarea que aún en 1980 él continuaba encontrando apenas incipiente. Si bien “los estudios de negros” del panorama en la antropología no era alentador, desde la literatura venía dándose la creación de un campo curricular que contribuiría al diálogo intelectual Sur – Norte – Sur, los *Afro-Hispanic Studies*.

Hermano “don” Lorenzo. Redes y activismo de los “tirapiedras” hispanistas⁶

El 28 de agosto de 1990, Manuel Zapata Olivella daba respuesta a la carta que Laurence Emmanuel Prescott (1943 – 2016) le había enviado el 3 de ese mismo mes. El tono fraterno y juguetón de la carta aparece desde el saludo “Querido Loro”, pasando por los informes breves sobre asuntos de común interés, hasta llegar a una celebración final por el otorgamiento de la Orden de las Artes y las Letras Francesas en grado de caballero a Zapata Olivella, anuncio que se oficializaría en octubre de ese año, y que él hace comunión con la expresión “Congratulaciones para toda la familia de tira piedras.”

La expresión “tira piedras” se ha empleado en Colombia para caracterizar a los estudiantes que participan en protestas en las que se enfrentan a la

6. Una versión preliminar de este apartado fue presentada en el XLII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (ILLI), evento realizado del 12 al 15 de junio de 2018, en el campus de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

policía. Aunque en la actualidad en dichas protestas se emplean explosivos de corto alcance como las llamadas *papas*, el término “tira piedras” sigue identificando al estudiantado universitario rebelde. Quien se adentre en la correspondencia de Manuel Zapata y, en particular la dirigida por él a Prescott, se hará partícipe del tono jugueteón con el cual el escritor se refiere a los afro-hispanistas estadounidenses, muchos de ellos sus amigos personales y, para él, rebeldes, tira piedras que se rebelan contra el canon. Ese camino de rebeldía, de búsqueda, emprendido por Prescott, fue conocido por Manuel Zapata Olivella desde 1970. La amistad – red intelectual con los afro – hispanistas constituyó para Manuel “la familia” de la cual Lorenzo, su *ekobio* fue uno de los primeros miembros y permite seguir el camino de los estudios afro hispánicos en la academia de los Estados Unidos.

Escribe Laurence Prescott:

Al final de la década de los sesenta, muchos negros, estudiantes graduados en universidades de los Estados Unidos sintieron la necesidad imperiosa de hacer de su educación algo relevante para su particular situación racial, es decir, su situación e identidad como afroamericanos. Para quien reseña, quien se encontraba terminando sus estudios graduados en *Estudios hispánicos*, esta necesidad se manifestó de diversas maneras. En un plano, se trataba de combinar el estimulante gozo de estudiar una cultura extranjera con el imperativo de afirmar la existencia e importancia de las culturas negras de las Américas. Esta posición despertaba un interés en la búsqueda de nexos y paralelos entre la literatura afroamericana en los Estados Unidos y la hispánica (española y latinoamericana) y también llevaba a cruzar asuntos de la vida real como el racismo y el colonialismo en las discusiones del recinto sagrado de la torre de marfil (*Afro- Hispanic and Caribbean Literatures* 148).⁷

En la cita, proveniente de una reseña de 1996 para *Latin American Research Review*, Prescott recuerda sus años como estudiante graduado en Indiana University y las dificultades para que obras y escritores no canónicos fueran tema de tesis doctorales y/o propuestas de cursos dentro de los programas establecidos.

7. En 2014 Prescott continuaba recordando a estudiosos y estudiantes el espacio investigativo abierto por los investigadores que desde fines de la década de los sesenta, venían proponiendo un nuevo canon. Véase, por ejemplo Nacionalismo y conciencia racial en los escritos de Luis Felipe Dessús: el viaje de un afropuertorriqueño hacia la liberación.

Quienes se arriesgaban con propuestas de cursos en los que se trabajarían obras como *Matalaché* del peruano Enrique López Albújar (Chiclayo, 1872 – Lima, 1966), *Juyungo* del ecuatoriano Adalberto Ortiz (Esmeraldas, 1914 – 2003), *Nochebuena negra* del venezolano Juan Pablo Sojo (Curiepe, 1907 – Caracas, 1948) y *En Chimá nace un santo* del colombiano Manuel Zapata Olivella (Lorica, 1920 – Bogotá, 2004) eran acusados de dedicarse a la sociología y no a la crítica literaria (*Afro-Hispanic and Caribbean Literatures* 149).

Para Conrad James, en 1970 el afrohispanismo era ya un campo consolidado en la academia estadounidense (1). En la introducción de *Writing the Afro-Hispanic. Essays on Africa and Africans in the Spanish Caribbean*, James señala que la publicación, en 1976, del libro *The Black Image in Latin American Literature* de Richard L. Jackson y la creación de la revista académica *Afro Hispanic Review* son dos momentos de gran importancia para el afianzamiento de un campo que es percibido como una creación estadounidense, con sus tira piedras, rebeldes que iban logrando posicionarlo.

En 1974 Miriam de Costa-Willis, Martha Cobb y Stanley Cyrus de *Howard University* crearon el énfasis en literatura afro – hispánica, el primero en los Estados Unidos. Manuel Zapata Olivella y Adalberto Ortiz fueron invitados. *Afro Hispanic Review* se inició en *Howard University* (Washington, D.C.) en 1982. Sus editores fueron Stanley Cyrus (1940 – 1997), autor de la antología *El cuento negrista sudamericano* (1973) e Ian Isidore Smart (1944 -), nacido en Trinidad, autor de *Central American Writers of West Indian Origin: A New Hispanic Literature* (1984).

En 1986 la revista pasó a *University of Missouri- Columbia*, con Marvin Lewis y Edward Mullen como editores y en 2005 cambió su sede editorial a *Vanderbilt University*; su editor actual es William Luis. La biblioteca *Jean and Alexander Heard Library* de esa universidad adquirió el archivo de Manuel Zapata Olivella, el cual puede consultarse en <http://mzo.library.vanderbilt.edu/>⁸

Escribe Miriam de Costa-Willis:

8. Otras dos publicaciones que hacen parte del afianzamiento de los estudios afro hispánicos son La primera es PALARA (Publication of the Afro-Latin/American Research Association) que, editada por Marvin A. Lewis y Laurence E. Prescott, comenzó a ser publicada en 1997 desde el Afro-Romance Institute of the University of Missouri-Columbia. La segunda es *Diáspora: Journal of the Annual Afro-Hispanic Literature and Culture Conference* que publicaba los trabajos presentados en conferencias realizadas en España, Latinoamérica y los Estados Unidos entre 1988 y 2007 que coordinaba Elba D. Birmingham-Pokorney.

Durante los veinte años que Marvin Lewis actuó como editor de *Afro Hispanic Review*, invitó escritores afro hispánicos a los Estados Unidos, organizó conferencias, seminarios financiados por National Endowment for the Humanities -NEH-, paneles en los congresos de la Modern Language Association -MLA- (*Three Decades of Afro - Hispanic Literary Studies*)

En noviembre de 1975, Manuel Zapata Olivella escribía a Prescott en papelera de la *Fundación colombiana de investigaciones folclóricas*, ocupándose de varias propuestas de trabajo a partir de iniciativas como un número especial de *Letras Nacionales* dedicado a la literatura negra, la solicitud que había recibido Prescott para escribir sobre Arnoldo Palacios (1924 – 2015), la contribución para una Biblioteca de Autores Negros Colombianos y temas personales y familiares. En 1983 Laurence Prescott presentó su candidatura para una beca Fulbright – Hays. Ya había comenzado sus aproximaciones al poeta Candelario Obeso (1849 – 1884), gracias a la sugerencia de Manuel Zapata Olivella, tal como señala en el prólogo a *Candelario Obeso y la iniciación de la poesía negra en Colombia* (16), libro que fue resultado de su estancia investigativa y considerado pionero para los estudios afro colombianos (Jáuregui 47).

La búsqueda de poetas afrocolombianos continuó siendo un empeño intelectual de Prescott, del cual dan cuenta sus ponencias en los congresos de la *Asociación de colombianistas* y publicaciones como *Without Hatred or Fears: Jorge Artel and the Struggle for Black Literary Expression in Colombia*, “Voces del litoral recóndito: tres poetas de la costa pacífica (Helcias Marán Gónzaga, Hugo Salazar Valdés, Lino A. Sevillano).” Sus búsquedas fueron en parte guiadas por Manuel Zapata Olivella como lo atestigua la correspondencia cruzada entre Prescott y Zapata Olivella, con frecuentes menciones a Jorge Artel (1908 – 1994), por ejemplo. Sin embargo, Candelario Obeso y la iniciación de la poesía negra en Colombia contribuyó a lo que Lucía Ortiz ha caracterizado como “[un] abrir puertas de diálogo sobre la presencia del negro en la literatura nacional” (35). La dedicatoria “A mi madre/ A mi familia/ A mis hermanos y hermanas que luchan por la dignidad humana/ a Manuel Zapata Olivella y/ a la memoria de Candelario Obeso”, inscrita en su libro publicado en 1985 por el Instituto Caro y Cuervo, permite pensar en la coherencia de la trayectoria intelectual de Laurence Emmanuel Prescott y en el papel que la amistad de su ekobio Manuel Zapata Olivella desempeñó en ella.

Obras citadas

Arocha, Jaime y Nina de Friedemann. «Introducción.» autores, Varios. *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*. Bogotá: Etno, 1984. 613. papel.

Cyrus, Stanley. *El cuento negrista sudamericano*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1973. papel.

De Costa- Willis, Miriam. «Three Decades of Afro - Hispanic Literary Studies.» 27 de septiembre de 2011. digital. <<http://www.nathanielturner.com/threedecadesafrohispanicliterarystudies.htm>>.

Escalante, Aquiles. *El negro en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Sociología, 1964. papel.

—. *El palenque de San Basilio una comunidad de descendientes de negros Cimarrones*. Barranquilla: Mejoras, 1979. papel.

Friedemann de, Nina. «Estudios de negros.» Arocha, Jaime y Nina de Friedemann et. al. *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*. s.f.

James, Conrad. Editor. *Writing the Afro- Hispanic. Essays on Africa and Africans in the Spanish Caribbean*. London: Adonis & Abbey Publishers Ltd., 2012. digital.

Jáuregui, Carlos. «Candelario Obeso, la literatura “afronacional” y los límites del espacio literario decimonónico.» Ed., Lucía Ortiz. *Chambacú, la historia la escribes tú. Ensayos sobre cultura frocolombiana*. Madrid: Iberoamericana - Vervuert, 2007. 47 -67. papel.

Ortiz, Lucía. «Introducción.» Lucía Ortiz, Ed. *Chambacú, al historia la escribes tú. Ensayos sobre cultura afrocolombiana*. Madrid: Iberoamericana - Vervuert, 2007. 13 - 44. papel.

Palacios - Palacios, George. «Configurando la diáspora africana en las Américas desde el pensamiento político, radical y hereje de Manuel Zapata Olivella (1920 -2004).» Ed. ProQuest Dissertations Publishing. 2013. digital.

Pisano, Pietro. *Liderazgo político “negro” en Colombia 1943 - 1964*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Ciencias Humanas, 2012. papel.

Prescott, Laurence E. «Afro- Hispanic and Caribbean Literatures in Recent Theory and Criticism: Affirmations and Implications.» *Latin American Research Review* 31.1 (1996): 146-161. Digital. <www.jstor.org/stable/2503853>.

—. *Candelario Obeso y la iniciación de la poesía negra en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1985. papel.

Prescott, Laurence. «Nacionalismo y conciencia racial en los escritos de Luis Felipe Dessús: el viaje de un afropuertorriqueño hacia la liberación.» *Cuadernos de Literatura* XIX.38 (2015): 221-247. digital. <<http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.cl19-38.nycr>>.

Prescott, Laurence. «Voces del litoral recóndito: tres poetas de la costa pacífica (Helcias Martán Góngora, Hugo Salazar Valdés, Lino A. Sevillano.)» Ed., Lucía Ortiz. *Chambacú, la historia la escribes tú. Ensayos sobre cultura afrocolombiana*. Madrid: Iberoamericana . Veuvert, 2007. 133 - 153. papel.

—. *Without Hatred or Fears: Jorge Artel and the Struggle for Black Literary Expressions in Colombia*. Detroit: Wayne State University Press, 2000. papel.

Restrepo, Eduardo. «Avatares del negro en Colombia.» *Nómadas* 9 (1998): 191-200. digital. <http://nomadas.ucentral.edu.co/index.php?option=com_content&view=article&id=626>.

Valderrama Rentería, Carlos Alberto. «Intelectualidad crítica afrocolombiana: la negredumbre en el pensamiento intelectual de Rogerio Velásquez Murillo.» *Nómadas* (2016 - II): 2014 - 227. digital.

Zapata Olivella, Manuel. *¡Levántate multato!* Bogotá: Rei Andes Ltda., 1990. papel.

Zapata Olivella, Manuel. «La negredumbre en García Márquez.» *Memorias del XX Congreso Nacional de Literatura, Lingüística y Semiótica: Cien años de soledad, Treinta años después*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1998. 107 -112. papel.



Fondo Soledad Acosta de Samper

Soledad Acosta de Samper fue una de las escritoras más prolíficas del siglo XIX en Colombia. En sus labores como novelista, cuentista, periodista, historiadora y editora, escribió 21 novelas, 48 cuentos, 4 obras de teatro, 43 estudios sociales y literarios, y 21 tratados de historia; fundó y dirigió cinco periódicos, además hizo numerosas traducciones. Soledad Acosta publicó junto a algunas de sus contemporáneas como las poetas Agripina Samper de Ancizar y Silveria Espinoza de Rendón. Sin embargo, Acosta no solo incursionó en literatura sino también en campos propios de los varones de su época: 24 de sus estudios sociales están dedicados al tema de las mujeres y su papel en la sociedad.

Nacimiento: 5 de mayo de 1833
Muerte: 17 de marzo de 1913

En el vientre de Mnemosina - Música/Literatura

Carmen Millán



Killing an Arab – The Cure:

<https://www.youtube.com/watch?v=SdbLqOXmJ04>



La novela *El extranjero* fue publicada en 1942. La canción *Killing an Arab* fue estrenada el 22 de diciembre de 1978: «Estoy vivo/estoy muerto/soy *El extranjero*/matando a un árabe», dice la canción.¹

En *Killing an Arab* están los elementos de la escritura de Albert Camus y de su personaje central en *El extranjero*. Meursault es un ser para quien la muerte y entierro de su madre parecen ser un detalle sin importancia. Meursault, argelino – francés, nos cuenta de su sábado, de su domingo moroso, de esas horas en las cuales, las estadísticas dicen que ocurren la mayoría de los suicidios en el mundo.

Tarde de domingo, ese umbral en el que se prepara el regreso a la rutina laboral del lunes. Y el no romper la rutina, será signo de culpa para quienes juzgarán a quien mató al árabe, ese *Extranjero* de sí y de su medio, ese ser que vive en el instante, fumando, lentamente. Indiferente.

1. En 1978, como en 1942, como hoy, la novela *El extranjero* puede tener lecturas racistas. También la canción: por esa razón hay una versión revisada de esta pieza, que podría cobrar una especial resonancia hoy, a la luz de los acontecimientos generados por el asesinato de George Floyd que desencadenaron el movimiento mundial *Black Lives Matter*.

Al invocar a Meursault, quien no manifiesta emoción alguna ante el jurado y sólo se limita a señalar que, en el momento de la muerte del árabe, “hacía mucho calor” y al traer un fragmento de la canción creada por *The Cure*, he querido poner frente a frente a un personaje que ha sido tachado de amoral y la lectura que Robert Smith, Lol Tolhurst y Michael Dempsey, integrantes de *The Cure* hacen en la canción *Killing an Arab*, basada en *El extranjero* de Albert Camus.

Robert Smith, compositor de *Killing an Arab* manifestó en 1978 que la canción fue “un leve intento poético de condensar mis impresiones sobre los momentos clave de *El Extranjero*”



La separación de música y literatura no ha sido un movimiento continuo sino una fluctuación errática, señaló el novelista y ensayista francés Jean Libis. Las interrelaciones entre esas dos artes han generado un espacio académico, cuyas reflexiones se anudan en las *melopoéticas* que se construyen a partir del encuentro de la música y la literatura una interrelación que Calvin S. Brown calificó de “mutua iluminación.”²

En 1970 la revista académica *Comparative Literature* de la Universidad de Oregon, publicada por Duke University Press, dedicó un número especial a las interrelaciones música - literatura.³ Allí aparece, además del ensayo de Calvin Brown *The Relations Between Music and Literature as a Field of Study* (Las relaciones entre música y literatura como campo de estudio), el ensayo de Steven Paul Scher, *Notes Toward a Theory of Verbal Music* (Notas para una teoría de la música verbal).⁴

2. Crítico literario estadounidense, nacido en 1909. Pionero del análisis de las relaciones entre música y literatura. En el *Yearbook of Comparative and General Literature*, que publica la Universidad de Indiana, Brown publicó el ensayo *Musico –Literary Research in the Last Decades (1950 – 1970)*, un inventario de obras en las cuales la interrelación está presente. Ese ensayo se encuentra en una guía que se preparaba para las bibliotecas de universidades con departamentos de inglés y apuntaba a la riqueza pedagógica que estas interrelaciones podían llevar al aula.

3. *Comparative Literature*, Vol. 22, No. 2, Special Number on Music and Literature (Spring, 1970)

4. Scher, Steven Paul. “Notes toward a Theory of Verbal Music.” *Comparative Literature* 22 (1970) 147-156. En el ensayo de 1970, Scher recordaba cómo en 1942, al examinar la Nueva Crítica, René Wellek y Austin Warren, se mostraban escépticos acerca de la posibilidad de combinar las “artes hermanas.” En ese ensayo hace un breve recuento de las posiciones de la crítica, incluyendo la revisión de trabajos como los de Northrop Frye (*Sonido y poesía*, 1957) y luego con la perspectiva interdisciplinar, los de Bertrand H. Bronson, “Literature and

Con trabajos publicados sistemáticamente, Scher fue situándose como una de las personas que debían ser citadas cuando se fuese a indagar por las interrelaciones música – literatura, que ya habían abandonado el campo de las alusiones literarias y el diletantismo, para pasar a ser una propuesta académica seria.

Fue así como hace en 1982 la *Modern Language Association* – MLA⁵, que reúne a cerca de 30,000 profesores e investigadores de cien países, convocó a un grupo de expertos para examinar las interrelaciones de la literatura con otros campos del saber y la interrelación música – literatura fue una de las examinadas.

Interrelations of Literature, libro publicado como resultado del encuentro mencionado, editado por Jean – Pierre Baricelli y Joseph Gibaldi en 1982, incluye un capítulo preparado por Steven Paul Scher, quien resume los aportes de Calvin Brown y otros, a la emergencia de las *melopoéticas*.⁶

Música-Literatura. Steven Scher sistematiza la propuesta

A partir de las reflexiones de los años 80, Steven Scher propone tres aproximaciones a la relación música – literatura (nótese el guión y no el conector y/o):

1- Música y Literatura

Relación presente en la música vocal. Texto literario y composición musical están intrínsecamente ligados en simbiosis que el público juzgará qué tan afortunada.

Lieder, óperas, oratorios, cantatas, misas, motetes, madrigales, piezas corales *a capella*, baladas etc. La bibliografía sobre el tema es bastante extensa. Quisiera citar solamente los trabajos de Linda Hutcheon.⁷ A partir de

Music” en el libro de James Thorpe *The Relations of Literary Study: Essays on Interdisciplinary Contributions* (1967). Aún se discutía si podía hablarse de literatura comparada, asunto que finalmente pareció.

5. Fundada en 1883, la MLA reúne a más de 23,000 académicos de 145 países

6. En la actualidad, el MLA tiene un grupo de estudio sobre la ópera como forma literaria y teatral, y en diciembre de 2010, por ejemplo, en las sesiones del 126 congreso de la asociación, se realizaron sesiones sobre Literatura y sonido. Session 647. *Literature and Sound*. Program arranged by the Division on Literature and Other Arts. PMLA. The 126th MLA Annual Convention – Los Angeles, 2010.

7. Conocida por su libro *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction* de 1988.

1990, ella y su esposo Michael Hutcheon han publicado sobre ópera trabajos como *Opera: Desire, Disease, and Death* (1996), *Bodily Charm: Living Opera* (2000) y *Opera: The Art of Dying* (2004), este último con Harvard UP.

El dilema del libretista de ópera y zarzuela es propio de la interrelación *música y literatura*: «¿prima la parole e dopo la música?» o «¿prima la música e poi la parole?» ¿Qué es primero: la palabra o la música?

David Michael Hertz, citando a Calvin Brown señala:

En las canciones, palabras y música deben andar juntas, de manera complementaria. La música suplementa, adiciona a la efectividad de las palabras y no sólo ilustra o refleja el sentimiento literal, aunque esto pueda resultar a veces siendo una ganancia.

El poder sugestivo de la música y la significación del lenguaje se cruzan en forma compleja, en una fertilización mutua que se inicia desde la primera nota y desde la primera letra.

Música – Literatura es interrelación presente en boleros, rancheras, baladas pop, corridos, merengues, salsa, bambucos, etc.

Carlos Monsiváis fue, por ejemplo, un estudioso fascinado por las interrelaciones música popular – literatura. Nos dejó libros como *Amor perdido* (1976) y *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza* (1987). En la misma línea podemos gozar del libro *Poesía en la canción popular latinoamericana* de Darío Jaramillo Agudelo (2008).

Así escribía Carlos Monsiváis a Elena Poniatowska:

*Un porvenir que me interesa, cuando muera, es que dispersen mis cenizas por el California Dancing Club para que sobre ellas bailen un conmovido danzón. Ya lo de ser santo y recibir peregrinaciones, pues dependerá del contrato y de la hora de transmisión de ese acontecimiento post mortem. Tendría que ser, desde luego, horario estelar.*⁸

8. Otro botón de muestra. Escribe Monsiváis en *El harem ilusorio (Notas a partir de la memorización de la letra de Farolito)*:

Las audiencias de los veinte y los treinta se estremecen ante la doble audacia: una música de Sensualidad Notoria y una letra que exalta la perversión. Con el debido respeto, termina el monopolio de las canciones donde la lírica campirana enmarca novios castos y animales plácidos y, entre aplausos unánimes en el Teatro Politeama, se admiten las variedades de la experiencia que las mutaciones de la ciudad van engendrando. Ya no es posible seguir diciéndole adiós a Mi Chaparrita o a la Mariquita Linda. El pretendiente puede no ser del rancho, la amada carece de tenue velo, su faz hermosa se trueca en cuerpo de tentación, la casita más abajo del trigal se desdobra en la sucesión de acordes resignados o cimbreados en el *cabaret* o la “casa de asignación.”

Con el desmonte de la idea de literatura como bellas letras y gracias a las aperturas propiciadas por los Estudios Culturales, la interrelación música - literatura ha adquirido una prometedora dimensión, pues la pregunta ya no será de carácter estético, sino semiótico: ¿cómo significan y circulan esas canciones o artefactos? ¿Cómo son recibidos?



Si, mi chiamo mimi La bohème (G. Puccini)

<https://www.youtube.com/watch?v=uhVjgg-HYFM>

No quisiera dejar pasar la oportunidad de señalar que *La bohemia* de Puccini (1895) y la canción, de la cual vamos a escuchar un fragmento, nos ponen frente a frente con ambientes de ciudad y poblaciones vulnerables, marginales, que llevan una vida sacrificada en urbes como París o Buenos Aires.

León Giacco, acude al llamado de Carlos Núñez, recordando la inmigración gallega a Buenos Aires y cuenta la historia de una muchacha gallega que llega al puerto para trabajar en el oficio innombrable. *Galleguita*, tango de 1924 con letra de Alfredo Navarrine y música de Horacio Pettorossi, otra “bohemia”.

Galleguita hizo parte de las canciones seleccionadas para la celebración del bicentenario de la independencia argentina.



Galleguita

<http://www.youtube.com/watch?v=HeAeEecOsTk>

<http://www.youtube.com/watch?v=ZfDgjOGuLQk>

2. Literatura en Música

El compositor intenta *literalizar* la música. Hace su lectura y traduce a sonido el texto literario.

En el México del maximato, esto es en el periodo que comprende de 1928 a 1934, el régimen de Plutarco Elías Calles, máximo jefe de la Revolución, cantarle a la prostituta equivale – con los cortinajes y disfraces explícitos – a vocear las recompensas del sexo en una sociedad cuyas metas declaradas han sido la amnesia (no venimos de la lucha armada sino de la legitimidad eterna), el afianzamiento de vínculos con la pudibundez (programa

Cuando en 1854 Franz Liszt (1811 – 1886) acuñó la expresión *poema sinfónico* estaba haciendo lo que acabo de señalar. Su composición *Canciones sin palabras* también es un ejemplo de esta aproximación.

Abundan los ejemplos para ilustrar esta segunda manera de abordar las interrelaciones música - literatura, desde la propuesta literatura **en** música, citemos algunos: *Harold en Italia* (Berlioz – Childe Harold de Lord Byron), *Así habló Zaratustra* (Richard Strauss – Federico Nietzsche), *Preludio a la siesta de un fauno* (Debussy – Stephan Mallarmé), *El aprendiz de brujo* (Dukas - Goethe).⁹

Claude Debussy (1862 – 1918) señaló:

Hay tres tipos de músicos: el que toca y no escucha, el que toca y escucha al mismo tiempo y, por último, el que escucha antes de tocar.

Creo que quienes son capaces de escuchar las voces y melodías de un texto literario y trasvasarlas a una partitura, notas sin palabras, son músicos del tercer tipo señalado por el impresionista francés: aquellos que escuchan antes de tocar.

Se dice que tal cosa ocurrió con el compositor mexicano Silvestre Revueeltas (1899 – 1940) al escuchar el poema *Sensemaya - Canto para matar una culebra*, del cubano Nicolás Guillén (1902 – 1989), incluida en el poemario *West Indies Limited* publicado en 1934.

Sensemaya es la obra sinfónica mexicana más interpretada y analizada, superando a la *Sinfonía India* de Carlos Chávez (1899 – 1978).



Sensemaya

<https://www.youtube.com/watch?v=WjfE2pUPKrU>

Tal como señalan los preceptos de la *melopoética*, la *prosodia* es un elemento central, es un hilo que se tiende entre palabra dicha y sonido musical.

de gobierno familiar) y la negación dramatizada de la frase de Luis G. Urbina: Los generales y los ministros terminaron con las mujeres románticas, con las mujeres desinteresadas.

9. Hay poemas sinfónicos que tienen como referente extra musical una obra de arte, como *La isla de los muertos* de Rachmaninov, basada en las pinturas del mismo nombre creadas por Arnold Böcklin, las cuales fascinaron a Freud, Hitler y Lenin.

No voy a detenerme en la explicación de los llamados supra - segmentales lingüísticos. Me limitaré a transcribir y leer para ustedes apartes de la definición de prosodia en la ficha del Instituto Cervantes, pues quizá es en la interrelación música **en** literatura, donde la prosodia tiene un papel protagónico tal como los compases finales de *Sensemaya* parecen ilustrar, con el énfasis sonoro del desenlace: «*Sensemaya, se murió*».¹⁰

Dice la ficha del Cervantes:

En un principio [la palabra prosodia] se refería a una canción acompañada de música instrumental. Posteriormente empezó a emplearse en literatura griega y latina para referirse a la versificación y a la métrica: sílabas largas y breves, ritmo, etc.

*En el caso del español, los dos fenómenos prosódicos más relevantes son: la acentuación y la entonación. Un tercer fenómeno es el ritmo, cuya función esencial es agrupar los sonidos del discurso en bloques, llamados palabras fónicas o grupos rítmicos, con el fin de facilitar la descodificación y comprensión del mensaje. Las pausas, por su parte, contribuyen de forma decisiva a caracterizar los patrones rítmicos y entonativos de la lengua.*¹¹

3. Música en Literatura

La tercera propuesta de Steven Paul Scher para analizar las interrelaciones Música – Literatura, tiene que ver con la definición de prosodia que compartí con ustedes hace un momento. La **musicalización** de la literatura, el cuidado por el ritmo, la melodía y la armonía de la palabra, cuidado que hace enviar tantos y tantos borradores a las papeleras, que obliga a lectura tras lectura en voz alta, hasta dar con el punto.

Pienso en la expresión del escritor puertorriqueño Luis Rafael Sánchez, quien habla de su escritura como “prosa danzadita,” o en León de Greiff, atento no sólo a incluir instrumentos musicales sin cuenta sino términos propios de musicólogo.¹²

10. La prosodia es el conjunto de fenómenos fónicos que abarcan más de un fonema o segmento -entonación, acentuación, ritmo, velocidad de habla, etc.-, por lo que se les denomina fenómenos suprasegmentales. La prosodia cumple una función clave en la organización e interpretación del discurso y, además, transmite información emotiva, sociolingüística y dialectal.

11. Prosodia: https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/diccio_ele/diccionario/prosodia.htm

12. Y aquí un *ex – cursus*: cada vez se lee menos en voz alta y con esta caída en desuso, la pérdida de la prosodia, del gozo de la lectura de un poema.

Métrica y música, dos palabras esdrújulas. Quienes han tenido lecciones de solfeo saben que la mejor manera de ilustrar lo que es un tresillo de corcheas es indicar que equivale a una esdrújula dentro del verso: tres que valen dos: cáscara – música - plátano.

Violeta Parra nos dejó en la *Mazúrquica moderna* de 1966 un ejemplo estupendo.



Mazúrquica moderna – Violeta Parra

<https://www.youtube.com/watch?v=oFqW4ZcqIjs>

Mucho antes de Homero y no solamente en Grecia, el poeta era músico, alguien que cantaba acompañado por un instrumento musical, tal como haría Orfeo. Pero mientras para Homero la poesía era aún una forma oral, asociada a un patrón melódico y rítmico, ya para Virgilio la poesía era un arte vinculado a la escritura que, en su caso, según cuenta la leyenda, era arte tan difícil que la labor sólo arrojaba un verso por día. Una vez que los poetas se convirtieron en escritores, la evocación al tropo del canto adquirió otro matiz.¹³

¿Qué quieren decir los poetas cuando dicen “yo canto”?

Quizá el *Beowulf* dicho por Benjamin Bagby de *Sequentia*, nos puede ilustrar.



Beowulf – Benjamin Bagby

https://www.youtube.com/watch?v=2WcIK_8f7oQ

La aspiración al canto es una convención cuyo origen puede rastrearse hasta Mesopotamia. Dicha aspiración es central al oficio del poeta. Pero ¿por

13. La compleja relación entre música y literatura, nos dice Marc Berley en *After the Heavenly Tune. English Poetry and the Aspiration to Song* (2000) está enraizada en una distinción fundamental establecida por Pitágoras y desarrollada por Sócrates y Platón y, en la Edad Media, complementada por Boecio (Roma, 480 – Pavia, 524/525) en *De música* para quien existen tres tipos de música: música mundana o música de las esferas celestes, música humana o música del alma y música instrumental, aquella producida por los instrumentos creados por los seres humanos. En esta última categoría se incluye la voz humana en su forma de habla y de canto.

qué el cantar se vuelve una meta de la poesía? ¿Por qué poetas que no hacen parte de la tradición oral persisten en el reclamo de estar cantando?, se pregunta Marc Berley.

La respuesta está en que aún después de la separación entre los oficios de poeta y músico, música y poesía continuaron considerándose artes hermanas. Pero la asociación nos ha llevado a pasar por encima de las diferencias que existen entre poesía y canto. Mientras para Homero el anhelo de cantar es literal, para Virgilio es tropo mediante el cual él se mide con Homero (*æmulatio*) a quien re – escribe, buscando mostrar las ventajas de la escritura sobre la oralidad.

Según Berlye, durante 1500 años más, en la tradición europea continúa el tropo de músico – poeta y cita el ejemplo de *Beowulf*, poema que se propone por escrito lo que había sido cantado. El poeta se afirma como un ser capaz de contar las hazañas de los antiguos gobernantes, como dueño del pasado que recrea. Al reclamarse con dicho poder, se afirma como humano y deja a la divinidad la invocación, el poder del canto. El conflicto entre inspiración divina y destreza poética permite señalar dos formas de *æmulatio*: el poeta para quien el tropo del canto y el cantor definen tanto lo que entiende como poesía, como la inscripción de sí mismo quien se percibe poeta. Este sería el caso de Milton, Shakespeare, Keats y Stevens. Sus modelos son Homero y Hesíodo.

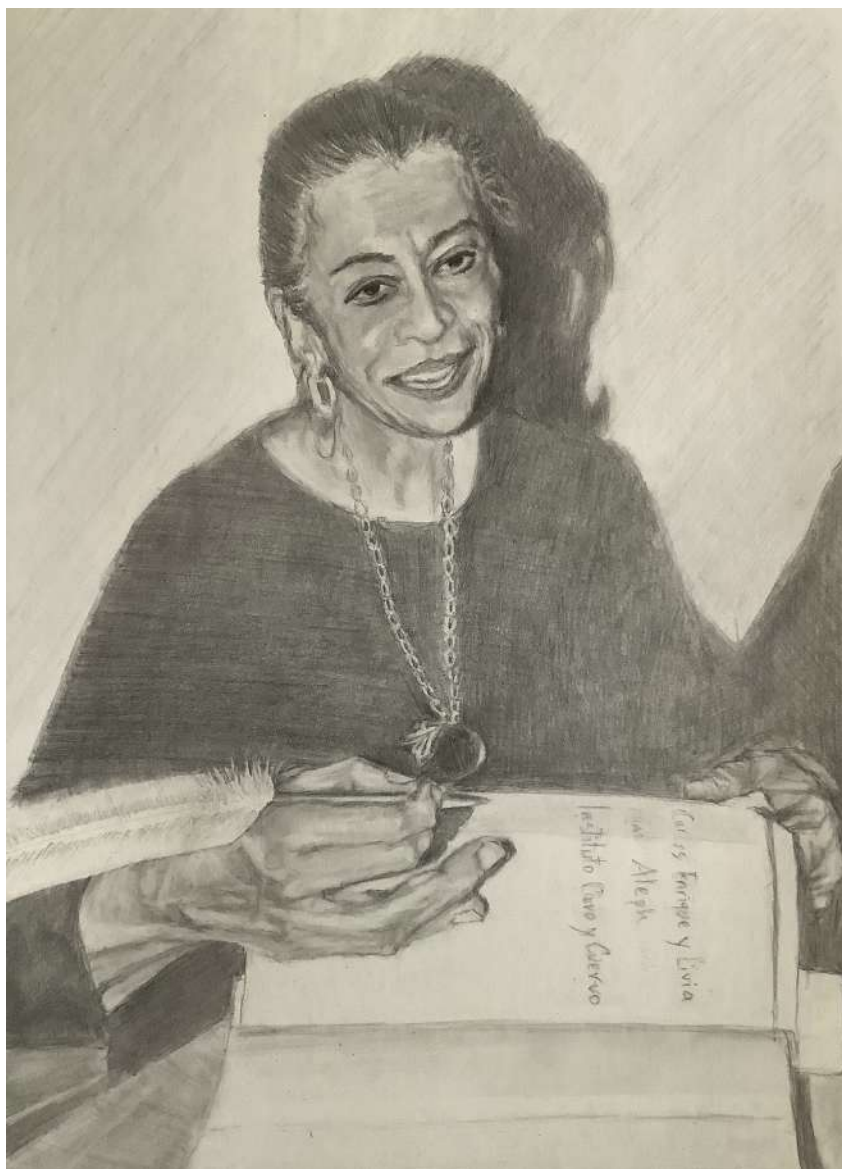
Por otro lado, está el poeta para quien el tropo del canto es una convención literaria. Aquí se hallan tanto Virgilio como el anónimo autor del *Beowulf*.

Para los griegos y para otros pueblos tan distantes como los náhuatl de México, el poeta debía establecer la filiación divina de su arte. Hesíodo inicia su Teogonía haciendo el recuento de la manera en la cual se convirtió en cantor: fue el designio de las musas, quienes infundieron en él una voz que podía cantar las cosas pasadas y futuras.

Pero de Hesíodo a Plutarco la concepción de las musas cambiará. Este último fragmenta el coro de las musas y establece tres categorías para su discurso: matemático, retórico y filosófico. La poesía hará parte de la retórica y la música de la matemática.

Al disolverse el coro de las musas, la música y la poesía se separaron y así, el anhelo poético del canto se transformó en un tropo. A medida que la fragmentación del coro de las musas fue haciendo carrera en las mentes de los poetas, las diversas maneras de pensar las relaciones entre música y poesía cambiaron.

Cuando en 1989 Lawrence Kramer acuñó el término *melopoética* para designar la disciplina comparativista música – literatura, quizá nos invitó a retornar a un espacio de discurso primordial, cuando música y poesía estaban unidas, flotando en el líquido amniótico del vientre de Mnemosina, desde donde las musas nacerían para articular el mundo de las artes.



Pilar González-Gómez

Septimazos memorables¹

Carmen Millán

septimazo m. cund. - boy. Inf. Salir a caminar o divertirse a la carrera séptima en el centro de Bogotá.

Diccionario de colombianismos



La Carrera Séptima es uno de los espacios emblemáticos de Bogotá. El sustantivo masculino *septimazo* es indicativo de la importancia de una vía cuyo nombre oficial es Avenida Alberto Lleras Camargo, dato que seguramente ni el más rancio de los cachacos conoce.

Como vía de importancia, la Séptima es y ha sido, espacio simbólico para la manifestación ciudadana. Quizá porque ella conduce a la Plaza de Bolívar en cuyo marco se encuentran el Capitolio, la Alcaldía de Bogotá, el Palacio de Justicia y la Catedral, ocupar la séptima es transitar por el espacio de la *polis*, es ejercicio ciudadano. Por eso quizá se dice “darse un septimazo” que es entonces, apropiar la ciudad, la que habito.

1. Este texto es una adaptación del libreto radial del programa Música – Literatura que desde 1998 escribo y musicalizo. La emisión radial se realizó dentro del ciclo Año Manuel Zapata Olivella en Javeriana Estéreo y CyC Radio, emisoras de la Red de Radio Universitaria de Colombia.

I. Septimazo al son de *¡Ay mama Inés!* 20 de junio de 1943

Recupero esta propiedad simbólica de la Séptima, para recordar la primera celebración del Día del Negro en Bogotá, el *septimazo* que se dieron jóvenes estudiantes negros de varias universidades bogotanas, el 20 de junio de 1943, quienes marcharon para protestar por el linchamiento de obreros, manifestación del racismo que campeaba particularmente en el sur de los Estados Unidos. Muchachos del Pacífico y un par de caribeños pasaron por la Biblioteca Nacional, pidieron repertorio de la famosa contralto Marian Anderson (1897 – 1993)² y del no menos famoso actor y barítono bajo Paul Robeson (1898 – 1976), siguieron por los cafés de la Carrera Séptima convidando a los clientes de esos conversaderos a tomarse un tinto, cantando *¡Ay mama Inés!* y terminaron en la Plaza de Bolívar, increpando a la estatua ecuestre del Libertador.

Quiero traer hacia el espacio de la *polis*, hacia los cafés de la Carrera 7ª donde se conversaba y se trataba de “arreglar el país” el recuerdo de la canción que entonaban los marchantes: “*Ay, mama Inés, ay mama Inés, / todos los negros tomamos café.*” manifestando su solidaridad y recordando a todos los que quisieran escucharlos que estaban celebrando el Día del Negro, ese 20 de junio de 1943. Para uno de los jóvenes universitarios participantes, la marcha tuvo una importancia definitoria. Ese joven se llamaba Manuel Zapata Olivella y así reconstruiría esa experiencia *¡Levántate mulato!*:

En el centro de la ciudad invadimos los cafés donde intelectuales, comerciantes, ganaderos, universitarios y desocupados se congregaban a saborear el tinto, Natanael Díaz, fogoso orador, se subía a una mesa y arengaba. El coro altisonante de sus compañeros aplaudíamos y cantábamos:

*¡Ay, mama Inés,
Ay, mama Inés,
todos los negros*

2. Sobre la admiración que despertaba Marian Anderson y el conocimiento que tanto de ella como de Paul Robeson tenían los jóvenes intelectuales del “septimazo” vale la pena leer la biografía intelectual *Natanael Díaz. Un poeta en los laberintos de la política* de Luis Carlos Castillo Gómez.

tomamos café!

....

Invitábamos a que, en demostración de solidaridad con nuestras acusaciones, todos apuraran la bebida. Tras escuchar algunos aplausos salíamos a la calle cada vez más firmes, más lúcidos, más negros.

Hago el cálculo del año de preparación del manuscrito de *Levántate mulato*, publicado en 1987 (Paris, Payot), con el título *Lève-toi, mulâtre l'esprit parlera à travers ma race* y el evento ocurrido más de cuarenta años atrás, la marcha por la Séptima.

En *Levántate mulato* Manuel Zapata Olivella recuerda:

Esa noche [del 20 de junio de 1943], todavía envalentonados y dispuestos a hacer oír nuestras voces en la nunca dormida memoria de los muertos, nos acercamos a la estatua de Bolívar para recriminarle el no haber impuesto la libertad de los esclavos en la Constitución Republicana (sic). La diatriba de los oradores atrajo la atención de los poco trasnochados que a esa hora recorrían las inmediaciones del Capitolio, de la Catedral y del Palacio Presidencial. Alguien se quejó ante la policía de que los negros estábamos insultando al Libertador. Alarmados, aseguraban que cien años después de su muerte se tejía otra confabulación contra él. No tardaron en llegar los gendarmes. Dos, tres o cuatro compañeros temerosos se perdieron en la oscuridad. Natanael Díaz, Adolfo Balanta, Marino Viveros y yo permanecemos firmes. La presencia de Delia, una mujer protestando al igual que sus compañeros varones, caso insólito en aquella época, permitió el diálogo. El comandante que no entendía nada sobre emancipación de esclavos y protestas contra los gringos, terminó por conducirnos a la cercana estación de policía.

El juez de turno resultó ser un condiscípulo mulato de la costa atlántica. Oyó el informe de los gendarmes y cuando se retiraron, se acercó al calabozo con una botella de aguardiente. Amanecimos festejando nuestra protesta libando tragos frente a la reja de algunos detenidos sin que pudieran comprender nuestros gritos y la complicidad del juez. A la mañana siguiente, el más connotado de los editorialistas capitalinos escribía en su diario: "¡Ojo con los predicadores de la discriminación racial en Colombia! (187 y ss)

Hacia 1985 un hombre de 65 años escribía sobre un acontecimiento ocurrido cuando él tenía 22 años. Cuarenta y poco años han transcurrido pero

el recuerdo que se inscribe en *¡Levántate mulato!* es para Manuel Zapata Olivella “un acontecimiento que marcó nuestra identidad.” ¿Cuál identidad? me pregunto.

En *Liderazgo político “negro” en Colombia 1943 – 1964*, dice Pietro Pisano:

El “Día del Negro” y el Club Negro de Colombia no tuvieron éxito. La manifestación, en efecto, fue acusada de ser ‘incomprensible’ y ‘peligrosa’, dado que, según los comentarios de la prensa, hubiera podido traer a Colombia un problema supuestamente desconocido, el de la discriminación racial. En cuanto al Club Negro, desapareció en poco tiempo. Sin embargo, ambos representaron un importante intento de reflexión sobre la condición de la gente negra colombiana y de encontrar una solución a sus problemas, aunque con los límites originados por un contexto que hacía difícil proponer reivindicaciones con bases étnico - raciales. Esta experiencia fue fuertemente afectada por factores como su adhesión a la idea de ‘igualdad racial’ para explicar las relaciones raciales en Colombia y su falta de cuestionamiento del sistema que producía el racismo y la discriminación. Por lo tanto, el programa de la organización quedó esencialmente esbozado y sus propuestas quedaron genéricas e incomprensibles, llevando así a su desaparición. En los años siguientes, el objetivo de mejorar las condiciones de la gente negra fue perseguido, tanto por [Natanael] Díaz como por otros miembros del Club Negro, a través de la actividad política y en un nivel más regional que nacional. En particular, como representantes del Norte del Cauca, Díaz, así como sus sucesores en la Cámara de Representantes, Arquímedes y Marino Viveros, trataron de lograr el acceso de esa población a servicios básicos como la educación, la salud y la construcción de infraestructuras. Además, se comprometieron en la defensa del cultivo del cacao, producto que había garantizado una cierta estabilidad económica y la posibilidad de ascenso social para muchas familias negras de la región (66-7)

En 1948, apenas cinco años después de la celebración del Día del negro, esa misma Carrera 7ª ardería tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Algunos de los cafés visitados por los estudiantes desaparecerían y el Hotel Granada, como nos dice el Archivo de Bogotá, que había visto el debut del porro y la cumbia, sufrió daños que llevaron a su demolición unos años más tarde. O eso dicen, porque para algunos la demolición de esa joya arquitectónica no tiene explicación. Desde la fonoteca de la Radio Nacional de Colombia nos cuentan

que “Jorge Zalamea, Jorge Gaitán Durán y Manuel Zapata Olivella fueron algunos de los protagonistas de esta jornada, y sus voces se entremezclan en el material de archivo con las de locutores improvisados y anónimos que se unieron al clamor desde muchas emisoras clandestinas.” Ellos creían que había triunfado la revolución. En la fonoteca de la Radio Nacional de Colombia (hoy parte del sistema de archivos de RTVC) se pueden escuchar las voces de quien en 1952 publicaría *El Gran Burundún Burundá ha muerto* y en 1964 *El sueño de las escalinatas*, Jorge Zalamea, la de quien con Hernando Valencia Goelkel crearía la revista *Mito*, Jorge Gaitán Durán, y la de quien escribiría su visión del 9 de abril en la novela *La calle 10* y crearía *Letras Nacionales*, Manuel Zapata Olivella.

II. Septimazo a son de porro. Harlem en Bogotá, 1942

La discusión sobre el origen africano del bambuco, apoyada entre otras fuentes en el comentario a pie de página que en *María* hizo Jorge Isaacs, era conocida por Manuel Zapata Olivella.³

En su artículo *El porro conquista a Bogotá*, recogido en la compilación *Por los senderos de sus ancestros: escritos escogidos 1940 - 2000* (53 - 60) Manuel Zapata Olivella va a tomar partido en la discusión:

Parece que muchos críticos están de acuerdo en hallar raíces negras en el bambuco. Son muy raros los aires musicales de América que se escapan de sus influencias (53).

Pero no pasa de ahí, porque lo que se propone es dar cuenta de la alegría que se ha tomado a Bogotá y nos va a decir que según un psiquiatra amigo, como consecuencia de llegada del porro, han mermado los suicidios en la capital colombiana. Esto dijo su fuente: “Nadie osa suicidarse en el Tequendama al saber que deja la alegría del porro” (60).

De la mano del joven estudiante de medicina de la Universidad Nacional, recorreremos la escena de las tarde y noches bogotanas a las que había llegado la alegría de la música costeña. Así nos dice Manuel:

3. “Siendo el ‘bambuco’ una música que en nada se asemeja a la de los aborígenes americanos, ni a los aires españoles, no hay ligereza en asegurar que fué traída de África por los primeros esclavos que los conquistadores importaron al Cauca, tanto más que el nombre que hoy tiene parece no ser otro que el de ‘Bambuk’ levemente alterado”- Se conserva la ortografía de la época (216-7).

En los sitios más populares era acogida entusiásticamente, cambiando, de hecho, la psicología ambiental. Así surgieron las tardes y noches en el Café Palacio, foco de atracción de bogotanos y costeños que se estimulaban con la trompeta de Acosta Calderón. El Negro Meyer hacía las delicias de las bogotanas en los tés bailables del Montecarlo, entonces en los altos del Colombia, endulzando las tardes con su porro Santa Marta.

....

Dos años hace que el Negro Meyer partió como embajador de los ritmos del Caribe colombiano hacia tierras aztecas. Su triunfo fue rotundo. Al día siguiente de haber debutado en XEW –nos cupo el honor de presentarlo–, todo México cantaba El gallo tuerto y Santa Marta.

...

Morenos en la Séptima, como si Harlem se hubiera volcado en Manhattan. Morenos que tocan y bailan el porro, como si Barranquilla se hubiera encrespado sobre los Andes. Risas blancas sin horizontes, como si las perlas de Cartagena relucieran en el estuche bogotano.

Los costeños tienen una cita diaria en la Séptima, en el Centro Social (58 y ss.).

Manuel Zapata Olivella nos cuenta sobre la trayectoria de Lucho Bermúdez, cómo dejó de tocar su clarinete en la banda del pueblo y con la Orquesta Caribe se vino para Bogotá [donde]

Lo reciben estruendosamente en el Metropolitan, pues la radio ya le había preparado el camino, su obra era conocida, y hoy, desde el Grill del Granada, tras de un rotundo triunfo en Argentina, se señorea como el alma de la mejor orquesta de la república, al lado del gran compositor Alex Tobar, lejos de la frustrada dirección de la banda militar samaria, y con perspectivas de llevar su música a Nueva York, el modesto solista bolivarense que un día dejó de tocar sinfonías para interpretar la música de su pueblo. Esa es la homeopática biografía del simpático Lucho Bermúdez (55 y ss.).

La juvenil columna El porro se toma a Bogotá enviada por Manuel Zapata Olivella para el periódico cartagenero Diario de la Costa nos permite asomarnos a Bogotá, a su Carrera Séptima, un año antes de que él y sus compañeros desfilaran por la Séptima celebrando el Día del Negro. Su recorrido, esa toma de la polis, reconocía espacios de memoria

conquistados ya por la música costeña. En su texto nos habla del grill del hotel Granada, del Metropolitan, del Centro Social “como si Harlem se hubiera tomado a Bogotá,” nos dice. Y nos lo dice en tiempo real.

Yo leo esta columna y sonrío pensando en lo que Manuel recordaría más de cuarenta años después, condensando el tiempo, contándonos de la visita del vicepresidente de los Estados Unidos, Henry Wallace (1888 – 1965) y de la carta que, según su recuerdo, había enviado Natanael Díaz (1919 – 1964) como protesta por la visita del funcionario “en la víspera” de la caminata de junio de 1943.

La carta fue enviada por Natanael Díaz, pero ello ocurrió en abril, dos meses antes del septimazo. Quizá fue la visita de Mr. Wallace al Instituto de Ciencias Naturales fundado por Enrique Pérez Arbeláez en 1936, un centro de investigación de la Universidad Nacional de Colombia, donde Manuel Zapata Olivella estudiaba, la que creó esa compresión del tiempo en la memoria de quien recordó a Wallace cuarenta y pico años después en ¡Levántate mulato! Y tremenda visita que fue aquella registrada por la *Foreign Relations of the United States- Office of the Historian*.⁴

El recuerdo, el olvido, el contraste entre los presentes narrativos de quien escribe recorriendo la Carrera Séptima detrás de la victoria del porro en 1942 y el de quien recuerda cuarenta años después el recorrido hecho en 1943 para la conmemoración del Día del negro. Esa caminata y la subsecuente creación del Club Negro es, según Pietro Pisano “el primer movimiento social de personas negras de este país.” Y eso es lo que vale.

Obras citadas

Castillo Gómez, Luis Carlos. *Natanael Díaz. Un poeta en los laberintos de la política*. Bogotá: Planeta - Crítica, 2022. papel.

Instituto Caro y Cuervo. *Diccionario de colombianismos*. Ed. María Clara Guarín et. al. Nancy Rozo melo. Bogotá: Temis, 2018. papel.

4. Esto dice la nota oficial:

El 22 de abril visitaron el Honorable Henry A. Wallace, Vicepresidente de los Estados Unidos de Norte América y el Excelentísimo señor doctor Alfonso López, Presidente de la República de Colombia, acompañados por S. E. el señor Arthur Bliss Lane, Embajador de los Estados Unidos en Bogotá, el doctor Rafael Parga Cortés, Ministro de la Educación Nacional, el doctor Julio Carrizosa Valenzuela, Rector de la Universidad Nacional, y otras personalidades muy distinguidas del cuerpo diplomático acreditado en Bogotá y de las esteras oficiales de nuestro país.

En busca de la Verdad

Lección al recibir el Doctorado h.c. por amor a la Ciencia*

Carlos-Eduardo Vasco U.

Recibí con alegría y satisfacción profunda la propuesta de la Universidad Autónoma de Manizales de que aceptara la distinción del doctorado “honoris causa”, que yo antes llamaba “doctorado de honor sin causa”, sin acudir a ninguna causa específica sino a un indefinido e indefinible amor a la Ciencia. ¡Fue un acierto!

En este caso, este honroso título no tiene ni puede tener como causa ningún mérito mío, pues no he contribuido nada a ninguna ciencia, ni siquiera a las matemáticas. No tengo ningún invento ni descubrimiento ni patente, ningún libro científico, ni publicaciones indexadas de alto índice de citación, ni ningún otro tipo de éxito académico. Mi contribución a la didáctica de las matemáticas, que muchos no consideran ciencia, se reduce a unas 150 revisiones anónimas de artículos para revistas indexadas, que ni siquiera he querido que consten en mi perfil de Orchid.

Pero acudiendo al tipo sintáctico “si..., entonces”, puedo decir que si el honroso título se me otorga únicamente por el amor a la Ciencia, con gusto y agradecimiento lo acepto. Confieso ante ustedes que aun en mis tiempos como jesuita (y lo sigo siendo de

* Al conferírsele el título de Doctor h.c. por amor a la Ciencia. Universidad Autónoma de Manizales, 8 de junio de 2022.



corazón) no solo he actuado por amor a Dios, sino que me ha movido toda la vida mi amor secreto (por lo que veo, ni tan secreto) por mi diosa la Ciencia, por mi diosa la Naturaleza y todas sus ciencias naturales. Sigo a Spinoza en aquello de “Deus sive Natura”, “Dios, o la Naturaleza”, aunque prefiero hablar del amor por “Dios mi Padre y por mi Madre Naturaleza”, y no veo que por querer mucho a la una no estoy traicionando al otro.

Se ve que algunas personas que me conocen, tal vez el Dr. Carlos-Enrique Ruiz o uno de mis alumnos o alumnas le dijo al Dr. Carlos Eduardo Jaramillo que tuviera mucho cuidado, porque yo podría hacerlo quedar muy mal en público no aceptándole el doctorado “honoris causa”, como le pasó a mi gran amigo matemático, el Dr. Ignacio Mantilla, cuando como rector de la Universidad Nacional de Bogotá quiso otorgarme el doctorado honoris causa.

Le hice pasar un mal rato cuando en mi no-discurso de no-aceptación le dije que la Universidad Nacional no podía otorgarme ese doctorado porque no había ninguna causa para ello, y menos un doctorado “honoris causa” en ninguna ciencia, ni siquiera un doctorado en educación, pues la Universidad Nacional no tenía facultad de educación ni doctorado en educación.

Por eso le dije que solo recibiría tan honroso diploma si se le agregaban tres palabras en latín en medio de las dos últimas (“honoris” y “causa”), a saber, “doctor honoris et amoris Sapientiae causa”: por el honor y el amor a la Sabiduría. No tuvo más remedio que aceptarme la enmienda, y recibí con alegría y satisfacción profunda el galardón.

No hay pues tampoco en este caso ninguna “causa” científica para otorgarme este honroso título de doctor “honoris causa” que me ofrece la Universidad Autónoma de Manizales, pero sí quiero recordarles algunas de las muchas causas científicas en las que me empeñado, pero que han sido causas perdidas, comenzando por los 17 años que gasté en proponer los programas de matemáticas de la renovación curricular del Ministerio de Educación Nacional de primero a noveno grado de 1976 a 1993, que se echaron a la basura con la ley general de educación de 1994.

Luego vino el informe “Colombia al filo de la oportunidad” de la comisión de exsabios del presidente Gaviria en 1994, que enterró Samper por 8000 razones de todos conocidas, y luego la publicación de los otros seis volúmenes de la misión, que nadie conoce y ni siquiera se conservan copias en Colciencias ni en el Ministerio de Educación ni en Presidencia.

Otra causa científica perdida fue el intento de fundar un doctorado en educación en la Universidad Nacional. Intenté con Guillermo Hoyos y Víctor Manuel Gómez que la Universidad Nacional entrara a participar en el primer doctorado en educación que organizamos en Cali con la Universidad del Valle, la de Antioquia y la Pedagógica. Pero el consejo de la facultad de ciencias sociales rechazó el documento, pues pensaban que la pedagogía y la didáctica no eran actividades académicas propias de una universidad; el consejo académico envió a todos los estudiantes de las licenciaturas a la Pedagógica, clausuró el departamento de pedagogía que dirigía mi maestro Carlo Federici y negó la iniciación del doctorado en educación sin dejarlo pasar ni siquiera al consejo superior.

Pero no sigamos contando causas perdidas, pues lo importante es que no solo no he perdido mi amor a la Ciencia por tan repetidos fracasos, sino que cada uno de esos fracasos me lo había venido aumentando. ¿Oyeron con cuidado ese tipo sintáctico de la frase “me lo había venido aumentando”?

Agradezco pues muchísimo y me siento muy honrado y feliz de recibir este título, pero tengo que confesarles que me he puesto a comparar el doctorado por el honor y amor a la Sabiduría que me otorgó la Universidad Nacional con este nuevo título por el amor a la Ciencia, y me he sentido últimamente muy perturbado e indeciso.

En el curso de epistemología que dí aquí en la Autónoma hace unos años y sobre todo en el curso de tres días que dí la semana pasada en la Universidad Tecnológica de Pereira se fueron acentuando mis dudas respecto a mi amor a la Ciencia. El problema ético es grave: ¿cómo voy a aceptar ahora un doctorado por amor a la Ciencia si yo ya no la amo ni la venero como antes? Tengo que ser sincero con ustedes, no un hipócrita que se calla lo que está sucediendo mientras lo eligen presidente o lo nombran doctor por amor a la Ciencia.

Claro que hasta hace poco sí amaba, adoraba y veneraba a mi diosa la Ciencia, y ese amor fue aumentando cada vez más durante los últimos ochenta años desde que aprendí a leer. Cuando estaba joven y entusiasmado por el conocimiento, a mis 20 años tuve la suerte de poder estudiar el *Trivium* de los antiguos pitagóricos, la Gramática, la Retórica y la Dialéctica, y comencé la filosofía en la Universidad Javeriana en 1959 con la ilusión de que de la mano de la Filosofía podría llegar a la Verdad.

Pero últimamente, mis cursos de epistemología más bien me sirvieron de “despistemología”, pues me hicieron entrar en la duda de si se podía o no

encontrar la verdad por la vía filosófica, especialmente tras las ácidas críticas de Kant a la razón pura y a la razón práctica, ni tampoco por la vía científica, especialmente por las ácidas críticas a la ciencia que he encontrado en la epistemología, acentuadas en estos años de la pandemia.

Hace 60 años, en el último año de filosofía, tomé dos cursos que se llamaban “Problemas científicos asociados con la filosofía” con el Padre Lorenzo Uribe, botánico jesuita, compañero de Enrique Pérez Arbeláez, quienes hicieron del departamento de biología de la UN el centro de la biología clasificatoria Linneana en Colombia y tal vez el mejor en Latinoamérica, y empezaron a revivir la Expedición Botánica y a aportar nuevos géneros y especies a los catálogos internacionales que se escribían todavía en latín. Fue una experiencia inolvidable.

Me entusiasmé con los problemas de Galileo y la Inquisición, los de la antropología y el problema de la evolución darwiniana que trató el padre Uribe en su curso, y los de la existencia del alma espiritual y la moral y la ética con Darwin y Freud que trató el padre Hernando Silva en el suyo de psicología filosófica. Todos esos problemas que la ciencia a partir de Galileo le planteaba a la filosofía y a la teología configuraban una macro-ciencia que el P. Uribe llamaba “Cosmología”, el tratado de todo el cosmos, y yo me entusiasmé con estudiar esa rama de la filosofía o más bien de la ciencia integrada e integral, para lo cual tenía que estudiar, por supuesto, muchas ciencias particulares, muchas matemáticas, física, química, astronomía, biología molecular y luego, neurociencias cognitivas.

La pérdida de mi amor por la filosofía, que etimológicamente era amor por el Amor-a-la-Sophía, la Sabiduría, más bien me acentuó mi amor por la diosa Ciencia.

Tuve la suerte de que el P. Uribe, el P. Silva, mi profesor de lógica, Jesús Sáenz y el de historia de la filosofía, Jaime Vélez Correa, fueran amigos del Dr. Carlo Federici Casa, quien accedió a dirigir mi tesis de filosofía sobre el espacio-tiempo en la relatividad einsteiniana. El Dr. Federici me dijo que yo no sabía las suficientes matemáticas y física para escribir sobre la relatividad general, pero tal vez sí sobre la especial de Lorenz y Einstein, y me puso como condición para dirigirme la tesis que fuera un semestre a la Universidad Nacional a tomar los fundamentos de física, de lógica y de matemáticas con él, y así lo hice. No puedo describir el aumento del amor por las matemáticas o ciencias formales, como las llamaba Federici, y por todas las ciencias fác-

ticas o naturales pre-antrópicas y antrópicas, pues Federici me enseñó que los antropoides y demás primates también formamos parte de la Naturaleza, algo que no estaba tan claro entre los profesores de filosofía de la Universidad Javeriana.

Desencantado de que la filosofía aristotélico-tomista, que mis profesores llamaban “la filosofía perenne”, podía llevarme de la mano a la Verdad, empecé pues mi locura de amor por la ciencia y por todas las ciencias, y me fui a estudiar física teórica y matemáticas a la Universidad de San Luis, Missouri, de 1962 a 1968. Estaba seguro de que la seductora Diosa Ciencia me llevaría de la mano a esa verdad que no había podido encontrar en la filosofía, y me propuse avanzar en mis estudios científicos todo lo que pudiera antes de estudiar la teología, en donde esperaba encontrar las verdades más profundas y transcendentales para la vida buena o buen vivir (no tanto la buenavida o vivir sabroso, pero tampoco excluyéndolos) a las cuales no podría llegar ni la filosofía ni la ciencia.

Terminé mi maestría en física teórica en San Luis con un trabajo oscurísimo y densísimo sobre la correlación entre radiaciones gama-gama contrastadas con las predicciones de la teoría de representaciones de los grupos de Lie en espacios vectoriales. Mis amigos experimentalistas hacían los experimentos y yo calculaba los coeficientes de Clebsch- Gordan en las representaciones de los grupos de Lie para ver si coincidían con las desviaciones experimentales. Pero les confieso que aunque sabía muy bien cómo calcularlos, no entendía gran cosa de los grupos de Lie ni de sus representaciones en los homomorfismos de los espacios vectoriales; en realidad ni siquiera sabía qué significaban los coeficientes de Clebsch-Gordan que tan hábilmente sabía calcular. No le dije nada a mis profesores para que me calificaran con honores mi tesis ilegible, y apenas terminé mi grado de maestría, traicioné a la física y me pasé a las matemáticas puras para ver si allá empezaba a entender el álgebra abstracta, la topología y el análisis abstracto de variable real y variable compleja y así entender la Mecánica Cuántica.

En ese tiempo creía yo con todos mis colegas de matemáticas puras que una vez demostrado un teorema, su verdad permanecería para siempre. Vana ilusión. Pero después de muchos cursos de álgebra abstracta, de geometría diferencial, de topología y lógica matemática, también empecé a perder la confianza en la tal verdad de las matemáticas, especialmente con las geometrías no euclidianas y con el teorema de Gödel sobre la imposibilidad de

demostrar ni siquiera la verdad de las proposiciones de la aritmética de Peano, y mucho menos la verdad de los teoremas de la geometría, la topología, el álgebra abstracta, el análisis real y el análisis complejo. Ni los axiomas de los números reales me parecían verdaderos, pues hasta los números reales empezaron a parecerme imaginarios. Interrumpí pues mis estudios científicos y matemáticos y pedí a mis superiores que me enviaran a Alemania a estudiar teología. Pensaba que allá, en donde estaban los mejores teólogos del concilio Vaticano Segundo sí iba a encontrar la Verdad de la mano de la Teología.

Llegué a Frankfurt a comenzar teología nada menos que en la Primavera del 68, pero, en contra de lo que esperaba, desde el primer curso básico de Teología Fundamental con el Padre Peter Knauer empecé a perder la confianza de encontrar la verdad en la teología. Mis grandes maestros en Frankfurt definían precisamente una buena afirmación teológica, un buen “*theologoumenon*”, como aquella afirmación que no podía demostrarse por la razón y la ciencia, aunque tampoco pudiera refutarse. Nunca podríamos saber si los mejores *theologoumena*, los famosos “artículos de la fe”, eran verdaderos o falsos. Solo los podíamos aceptar por la fe, no por la filosofía ni por la ciencia, y solo se podían valorar por sus efectos a largo plazo en la ética, la moral, la ciudadanía, es decir otra vez por la vida buena o buen vivir (no tanto la buenavida o vivir sabroso, pero tampoco excluyéndolos), criterios de verdad a los que no podía llegar tampoco la teología, pues había que diferir su verificación para después de la muerte. ¿Y quién me garantizaba que habría vida buena o mala después de la muerte? Ni la ciencia, ni la filosofía, ni la teología. ¡Qué decepción!

Paralelamente, mis maestros de exégesis del antiguo y nuevo testamento me enseñaron todas las técnicas de la hermenéutica crítica que corroía una por una las doctrinas teológicas que teníamos por únicas verdaderas, y me enseñaron a desplegar los abanicos de interpretaciones diferentes de cada texto, aun opuestas entre sí, interpretaciones que no podían afirmarse como verdaderas ni tampoco descartarse como falsas. Tampoco, pues, la teología me llevaba a la verdad, sino que iba corroyendo una por una, como las velitas de la víspera de la Inmaculada, las más sagradas afirmaciones de las escrituras, de los papas y de los concilios, incluido el Vaticano Segundo, el primero y el concilio de Trento.

Terminé la teología con un trabajo sobre las interpretaciones de los dogmas que fue rechazado por uno de los jurados con la nota 3 sobre 10 pero aprobado

por otro con la nota 10 sobre 10, y pasé raspando por promedio sin necesidad de plagiar nada en mi tesis.

Llegué a Bogotá en 1971, hace 50 años, y apoyado por el Dr. Alberto Campos, empecé a estudiar la historia de las matemáticas antiguas, cuando no había números arábigos y mucho antes todavía, cuando los grandes maestros no escribían nada, en los tiempos de Heráclito, Zenón, Pitágoras, Tales y Sócrates. Platón y sus discípulos Eudoxo y Aristóteles sí empezaron a escribir, pero Platón mismo nos narró lo que pasó en Egipto dos mil años antes, cuando los sacerdotes empezaron a escribir sus doctrinas en los jeroglíficos de las paredes. El dios Thot les recriminó por hacer esto, pues los aprendices se iba a aprender de memoria todo lo que decían los jeroglíficos para ahorrarse el esfuerzo de pensar. Todavía sucede exactamente lo mismo el día de hoy en todas las clases de matemáticas y ciencias naturales.

En el año 300 antes de Cristo, Euclides copió, resumió y sistematizó docenas de manuscritos matemáticos ya perdidos. Volví a estudiar los Elementos de Euclides, pero lo que más me sorprendió fue cómo los dos primeros libros de la geometría plana de Euclides fueron criticados y hechos trizas por Apolonio de Perga en el año 230 antes de Cristo. Ni los axiomas y teoremas de Euclides eran ni verdaderos ni falsos, ni sus definiciones definían bien el *definiendum* del lado izquierdo de la definición, pues el lado derecho, el *definiens*, parecía siempre circular o utilizaba palabras indefinidas e indefinibles más oscuras que el mismo *definiendum*. Qué les parece la definición de punto como algo que no tiene dimensión, y siempre me he quedado sin saber qué es “algo” ni qué es “dimensión”. Por mi ancestro paisa sí sé qué es tomar el algo, pero no creo que tenga mucho qué ver con el punto matemático. Así pues, se me cayó de su pedestal también Euclides, y la geometría como ciencia se me fue desvalorizando poco a poco, pues los teoremas de las geometrías no euclidianas también parecían demostrables lo mismo que los de la euclidiana, luego ninguna de las dos teorías podía ser ni verdadera ni falsa.

Luego estudié lógica con Xavier Caicedo, con el texto de lógica temporal de Rescher y Urquhart y con el texto de teoría de modelos de Chang y Kiesler, que comparto con Sergio Fajardo como nuestra “biblia” en las matemáticas no estándar; pero en ambas lógicas, la temporal y la modélica, desaparece la verdad.

Permítanme una digresión de actualidad que ojalá borren de futuras ediciones: Ya vimos cómo el experto en procesos estocásticos resultó no

sabe nada del proceso más estocástico de todos, la política, aunque podemos excusarle porque le tocó el ejemplo más difícil, el de la política y la politiquería colombianas.

Me entusiasmé temporalmente con la teoría de la verdad de Tarski, pero cuando la estudié a fondo, vi que solo era una teoría de la conductividad de la verdad de los axiomas iniciales cuando circulaba por los tubos de las fórmulas válidas o bien formadas del tipo sintáctico “si..., entonces”, pero Tarski tampoco decía nada sobre cómo saber si un axioma era verdadero o falso. No era una teoría de la verdad.

Mi maestro Xavier Caicedo desarrolló una lógica en la que todos los teoremas eran falsos, y uno de mis estudiantes más brillantes, Andrés Bobbenrieth, me introdujo en la lógica paraconsistente de Newton d’Acosta, que acabó con mis esperanzas de llegar a la verdad por la lógica. Recuerdo el libro de la pérdida de la certeza de Morris Klein en 1980, que acabó definitivamente con mi esperanza de que la lógica y las matemáticas pudieran llevarme a la Verdad.

Volví pues a mi diosa la Ciencia como la única todavía posible fuente de verdad y empecé a estudiar neurociencias cognitivas y, a la vez, volví a repasar la epistemología, con la idea de que la combinación de la epistemología y las neurociencias cognitivas al estilo de Douglas Hofstadter, Daniel Dennett, Rodolfo Llinás y Antonio Damasio podría darme las condiciones necesarias y suficientes para la verificación de una teoría científica. Pero poco me duró mucho esa esperanza, pues el estudio más profundo de la epistemología de Karl Popper y su teoría de la falsación me hizo perder toda esperanza de verificar una teoría científica.

A lo más, se podrían confirmar algunas de las conclusiones empíricas por la verificación experimental de una conjetura derivada de la teoría, pero siempre estarían amenazadas por una futura falsación. Las teorías científicas nunca podrían pues verificarse, pero sí derrumbarse con la falsación de una sola conjetura empírica que se dedujera de esa teoría. Imposible pues, según Popper, llegar a la verdad de la mano de la diosa Ciencia.

Peor todavía fue volver a estudiar el ataque frontal de Thomas Kuhn a las ciencias naturales con su libro sobre las revoluciones científicas de 1962, con su complemento sobre los paradigmas en la segunda edición de 1969, que degradaba todas las teorías científicas consideradas como verdaderas, como

las de Newton y Einstein, como paradigmas auto-denominados “científicos”, que no tenían nada que ver con la verdad, sino que eran soportados por comunidades de profesores y estudiantes, por textos escritos y problemas paradigmáticos, que iban cayendo una por una cuando iban muriendo los viejos profesores.

La física de Newton, la de Einstein y la mecánica cuántica de Schrödinger son incompatibles, pero todas están ampliamente confirmadas, luego ninguna puede ser verdadera ni falsa, sino solo apropiada para ciertos ámbitos restringidos de la física y la cosmología.

Eso llevó a que los dos mejores discípulos de Popper respondieran al ataque de Kuhn a su maestro. Uno de ellos, Paul Feyerabend respondió con su libro “Contra el método”, que llevó en pocos años al posmodernismo radical que se denominó post-epistemológico, a los juegos de lenguaje de Wittgenstein, a los juegos de verdad de Foucault, a la post-verdad y el relativismo total que vivimos y sufrimos hoy en las redes sociales.

El otro discípulo predilecto de Karl Popper, Imre Lakatos, reconoció que el falsacionismo de su maestro era muy ingenuo y que por lo tanto no era necesario echar a la basura las teorías falsadas por un experimento, sino que se podría revisar el diseño del experimento o reformular la teoría con algunas hipótesis adicionales, llamadas “hipótesis ad hoc”, pero estas deducciones serían siempre hipotéticas, siempre de la forma “si..., entonces”, tan despreciada por Bertrand Russell. Pero las hipótesis ad hoc eran solo un modo de escabullirse del problema de la verdad de la teoría cuestionada, y al poco tiempo, el nuevo programa de investigación que parecía progresivo, empezaba a volverse regresivo. No había pues nada que esperar de la Ciencia respecto a la verdad.

En el curso de epistemología que dirigí la semana pasada en la UTP en Pereira empecé de veras a preocuparme por lo que podría suceder hoy en la Autónoma. Tanta crítica e hipercrítica contra la ciencia como las que he aprendido y enseñado, y las más que se han dado durante la pandemia, me hizo preguntarme si no he traicionado ya mi amor a la Diosa Ciencia, abandonando sus pretensiones de poder llevarme de la mano a la Verdad.

Tal vez por mi edad proveya o por el deterioro neuronal y la enfermedad de aquel torturador de los viejitos de cuyo nombre no puedo acordarme, me estaban carcomiendo, reblandeciendo, o peor, inclinándome a dejarme sedu-

cir por esa otra Diosa, la Sabiduría, la Sophia de los filósofos griegos amantes de la Sophia. ¿Todos esos libros sobre la sabiduría de los ancianos, eufemismo para “viejíto”, serán consuelo de tontos o consejas de ancianos?

Recordé de repente mi experiencia extática el entrar al silencio de la catedral de Santa Sofía en Estambul. Enorme, vacía, majestuosa, sin una imagen; inmenso templo que yo creía dedicado a alguna santa llamada “Sofía”, pero que según el guía turístico no era el santuario de ninguna santa, sino un monumento imponente a la Hagia Sophia, esa filosofía profunda, esa gnosis misteriosa, esa sabiduría inalcanzable que nos atraía intensamente, pero sin darnos esperanza alguna de llegar jamás a conquistarla.

Mi nuevo amor por la Sabiduría empezó pues a resquebrajar mi amor a la física y a la metafísica aristotélico-tomista, a las ciencias naturales y más todavía a las ciencias sociales y humanas. Empecé a caer en la cuenta de que, en realidad, mientras más filosofía, teología, ciencias formales o matemáticas y ciencias fácticas o naturales, humanas y sociales iba aprendiendo, menos sabía nada sólido, para decirlo de una vez, “nada de nada”.

No solo no encontraba nuevas verdades, sino que cada una de mis verdades cuidadosamente atesoradas durante años y años de estudio se iban apagando como las velitas del siete de diciembre.

Todo lo que había aprendido y todo lo que había enseñado durante 50 años, de 1972 a 2022, se corroía como cualquier trozo de metal en un ácido, y hasta los que parecían pepitas de oro desaparecían en el agua regia. Sobre ninguna de mis afirmaciones habladas o escritas de 50 años podía ya afirmar con seguridad que eran verdaderas. Ya no podía pedirle a mis discípulos que tomaran ninguna de mis afirmaciones como verdaderas, ni siquiera mis negaciones. ¿Había perdido el amor a la Filosofía, a la Teología y a la Ciencia? ¿Cómo pues recibir sinceramente un doctorado por amor a la Ciencia si ya me había desencantado de todas las santas y de todas las diosas, de la Teología, de la Filosofía y de la Ciencia?

Por todas las publicaciones que he leído en Latinoamérica y las que nos vienen de Europa, desde que se suicidó Sócrates, puedo afirmar que el único que había dicho algo parecido a mi total escepticismo crítico e hiper-crítico respecto a la verdad fue Bertrand Russell, cuando dijo que todo lo que llamamos “matemáticas” que se ha publicado en Europa desde la invención de la imprenta hasta su tiempo —a comienzos del siglo XX— son solo sartas de

símbolos del tipo “si p, entonces q” de las cuales no sabemos qué es lo que quieren decir ni si lo que quieren decir es verdadero.

Pero eso lo decía Russell solo acerca de las matemáticas. Ahora yo lo estaba diciendo acerca de todas las ciencias, las filosofías y las teologías. Sinceramente, desde que murió Bertrand Russell, me parece que yo soy el único intelectual colombiano (y estoy casi seguro de que soy el único intelectual latinoamericano, si por mi edad proveya y mi deterioro neuronal todavía puedo llamarme “intelectual”) que sostiene firme y sinceramente que, no solo para las teorías matemáticas, sino para todas las teorías de todas las ciencias, filosofías y teologías, una vez que yo haya fijado por escrito una afirmación o una negación deducida de esa teoría, cualquier lector o lectora crítica debe dudar de ella, porque no se le puede aplicar el predicado de “Verdadera” ni el de “Falsa”.

El caso que más me ha hecho pensar es el caso de Sócrates. ¿Era un sofista o era el que desenmascaraba a los sofistas? ¿Se suicidó por decisión propia o por evitar que lo ajusticiaran las autoridades en secreto y lo presentaran como falso positivo? ¿Sería que él decidió que no valía la pena seguir dando lecciones, o que valía la pena darnos su mejor y su última lección?

Para mí, Sócrates era el mejor sofista de la escuela siciliana, tanto que hasta convenció a todos sus discípulos, incluido Platón, de que él no era sofista. Pero también fue tan buen sofista que se convenció a sí mismo de tomarse la cicuta sin dejar que sus acusadores lo ajusticiaran en secreto.

Comparto, pues, con Sócrates la famosa afirmación contradictoria y paradójica: “Solo sé que nada sé”. Pero yo sí les confieso que esa frase tiene mucho de hipocresía, pues es mucho lo que hay que saber y qué estudiar para poder llegar a decirla, y he tenido que estudiar mucho y saber mucho para poder decir firme y sinceramente que no sé nada de lo cual pueda decir que es innegablemente verdadero.

Y les confieso también que lo que me distingue de Sócrates es que no voy a suicidarme por nada del mundo, sino que quiero seguir viviendo muchos años para ver si todavía, avanzando en la Filosofía y la Teología, pero sobre todo en la Ciencia —y aun más allá de la Ciencia— me puedo acercar un poco más a la Verdad de la mano de la Sabiduría, por inalcanzable que sea.

Creo que esta problemática sobre la verdad en Europa y América viene desde el terrible desliz de Descartes, que ha obnubilado a todos los autode-

nominados “filósofos modernos” durante 400 años: Descartes hizo la fatídica inferencia de que a partir de la evidencia y la certeza, que son estados psicológicos subjetivos, se podía inferir la verdad. Vana esperanza. Estudiando las neurociencias cognitivo-emotivas, me convencí de que esos estados psicológicos emocionales subjetivos no se puede garantizar ni de lejos que se pueda llegar a la verdad objetiva.

Empecé a pensar que la Verdad, como la Justicia, la Bondad y la Belleza no son cualidades que pueda poseer ningún ser humano, sino ideas-fuerza, utopías inalcanzables, diosas seductoras como Sabiduría, la Filosofía, la Teología y la Ciencia, que nos impulsan a seguirlas, desearlas, amarlas y honrarlas, aun sabiendo que ni en cien años de vida dedicadas a ellas sería posible alcanzarlas. Pero, ¿cuál es la alternativa? Si dejamos de buscarlas, ya nos hemos muerto vivos. Peor que el suicidio por cicuta. Por eso, a pesar de mis dudas sobre el amor a la Ciencia, sí me atrevo a aceptar este honor sin hipocresía ni reatos de conciencia, pues sigo enamorado de la Ciencia y sobre todo de la Sabiduría.

Es, pues, hora de interrumpir de una vez esta sarta interminable de frases afirmativas y negativas del tipo “si... entonces”, de las cuales no sabemos ni ustedes ni yo qué quieren decir, ni si son verdaderas o falsas, con una solicitud encarecida que quiero hacer a tan distinguido auditorio.

Les ruego, pues, que todas y cada una de las afirmaciones que yo haya dicho antes, las que haya dicho hoy o las que diga o escriba en este año 2022 o en los pocos años de vida que me quedan, no se acepten como verdaderas (¡ni las negaciones tampoco!).

Pero sí les pido encarecidamente que no las rechacen como falsas, sino que las tomen como una invitación –y ojalá una incitación– al pensamiento, definiendo “pensamiento” como aquella actividad mental intensa, apasionada y apasionante, que nos permite seguir haciéndonos la ilusión de intentar ir más allá de la Ciencia, en pos de la Sabiduría inalcanzable.



*Carlos-Eduardo Vasco U, al recibir el diploma de Doctor h.c. y
Carlos-Eduardo Jaramillo S., Rector UAM*



*Carlos-Eduardo Vasco U. y Sra., Carlos-Eduardo Jaramillo (Rector UAM),
Iván Escobar E. (VR-Académico UAM) y Carlos-Enrique Ruiz. 08.V.2022*

Comentario a la lección de Carlos-Eduardo Vasco al recibir el Doctorado h.c. por amor a la Ciencia

Darío Valencia-Retrepo

Los doctorados suelen concederse por el mérito de una tesis que significa un avance del conocimiento, pero existen doctorados que honran toda una vida. Es el caso del Doctorado Honoris Causa que la Universidad Autónoma de Manizales otorgó a Carlos Eduardo Vasco para destacar y poner como ejemplo académico un trabajo de largos años que se ha distinguido por su amor a la ciencia.

Una preocupación por la verdad recorre el texto del discurso que acepta la distinción. El autor señala que, después de una vida de tantas etapas y diversas búsquedas, no ha podido encontrar la verdad ni en la filosofía, ni en la matemática, ni en la física... y entonces concluye en forma noble que tratará de acercarse a la verdad de la mano de la sabiduría, esta a su vez también inalcanzable.

Es posible, sin embargo, adoptar una hipótesis que presida el trabajo: la verdad no existe, o si existe nunca podremos conocerla. Lo más que podemos hacer es tratar de acercarnos a ella en el campo que interese, y ello justifica la dedicación de una vida. (La verdad existe para los creyentes que, gracias a su fe, consideran que la poseen). Viene a la mente una anécdota del gran maestro Carlo Federici, cuando hace más de cincuenta años en Medellín discutía con un creyente. Se hablaba del viaje de la vida y de un



posible puerto de destino. Decía el creyente que para él era necesario conocer el puerto de destino y llegar a él. Federici le contestó: lo importante no es llegar al puerto, sino navegar.

En efecto, no existe la verdad en lo que nos proporciona mayor certidumbre, la matemática, pues Gödel demostró que no puede afirmarse que un sistema matemático, como el de la aritmética, pueda considerarse verdadero (tal vez podría decirse que demostró que ningún sistema matemático es completo).

No existe la verdad en física pues, por ejemplo, nos es imposible obtener información completa mediante mediciones que hagamos sobre el comportamiento de las partículas elementales, tal el principio de incertidumbre de Heisenberg.

No existe verdad en la computación, pues Turing demostró que no podemos saber si todo programa que se le someta a la llamada máquina de Turing terminará algún día. Y la situación es análoga a la de Gödel.

Finalmente, durante el trabajo que realizaba con la teoría de cuerdas en busca de una integración de todos los fenómenos físicos en una sola teoría, Hawking observó que se estaba llegando a considerar tantos casos particulares, a cada uno de los cuales le correspondía una teoría, que no podía hablarse de “una teoría del todo”. Concluyó: tal vez no podemos describir el universo mediante un número finito de enunciados, y ello podría ser equivalente al teorema de Gödel y a la situación de los programas que se someten a la máquina de Turing.

A propósito, la física de Newton y la física de Einstein no son incompatibles. La de Newton es un caso particular de la de Einstein. Cuando la velocidad y el campo gravitatorio no son enormes, la física de Newton funciona muy bien, ya que una corrección con la aplicación de la física de Einstein daría lugar a cambios completamente despreciables. Por ejemplo, los actuales viajes espaciales se diseñan mediante la aplicación de la física de Newton. También viene a la memoria Kuhn: cuando un paradigma hace crisis porque se encuentran resultados experimentales que lo niegan, puede surgir un nuevo paradigma que incluya al anterior como caso particular.

Considera el autor del discurso que la geometría de Euclides se le desvalorizó como ciencia debido a que aparecieron las dos geometrías no euclidianas, cuyos teoremas también parecían demostrables, debido a lo cual concluyó que ninguna de ellas podía ser ni verdadera ni falsa. Pero es del caso

reconocer que el asunto central es que las tres geometrías, más allá de que sean verdaderas o falsas, tienen igual validez lógica, pues parten de aceptar el postulado quinto de Euclides (pasa solo una recta paralela a otra y es la geometría euclídea), o aceptar que no pasa ninguna (Riemann) o que pasan muchas (Lobachevski). Como se ha demostrado que el postulado quinto de Euclides no es un teorema que pueda deducirse de los otros cuatro postulados, es perfectamente lógico negarlo de dos maneras diferentes, cada una de las cuales da origen a una geometría no euclidiana. Cabe entonces más bien la pregunta sobre la utilidad de las tres geometrías. La geometría de Euclides es suficiente para resolver muchos problemas importantes de nuestra vida diaria. Y para la teoría de Einstein sobre el espacio tiempo resultó que la geometría de Riemann era la apropiada.

Volviendo sobre los postulados, nos parece que no interesa que sean ciertos o que sean falsos, sino que mejor examinamos qué resulta de una construcción que se base en un cierto conjunto de postulados. Y es maravilloso que solo cinco postulados de Peano permitan construir la aritmética de los números naturales, y que también solo cinco de Euclides permitan construir su geometría. Puede ser que algún día, según Gödel, aparezca en la aritmética o en dicha geometría una proposición que no podamos saber si dentro del sistema correspondiente sea cierta o sea falsa, pero ello hasta el momento no ha ocurrido. No hace mucho se especuló que el último teorema de Fermat, o mejor, la conjetura de Fermat, podría ser una proposición indecidible (las que pueden existir según Gödel), pues pasaban siglos sin que se pudiera probar si la conjetura era cierta o era falsa. Hasta que recientemente se probó que era cierta. Hoy podemos concluir con cierta seguridad que Fermat no estaba en lo cierto cuando afirmó que tenía una prueba al respecto, pero que no le cabía en el margen del papel que estaba leyendo. Seguramente estaba lanzando un desafío a sus colegas.

Por otra parte, bien sabemos que postular es pedir. Cuando un matemático presenta un conjunto de postulados, no está afirmando que sean ciertos, sino que nos pide que supongamos provisionalmente que sean ciertos para ver qué resulta de ellos. Y como ya dijimos, lo que justifica dicho conjunto es el interés de la eventual construcción que de ellos puede surgir mediante un proceso lógico.

También se dice que la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad general son incompatibles, pero preferimos decir que se aplican a ámbitos

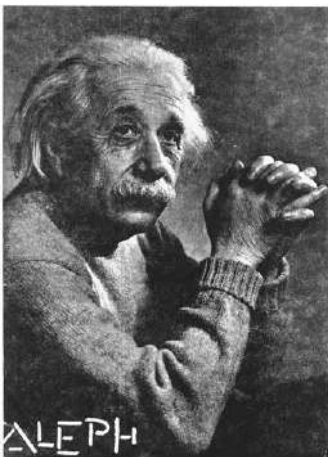
diferentes, tal como señalan las palabras del profesor Vasco. La primera se aplica a lo muy pequeño (átomos y partículas elementales) y la otra a campos gravitacionales muy grandes (por ejemplo, los creados por las galaxias). Cada una es una muy buena aproximación a la verdad de su mundo, plenamente demostrada por incontables resultados de la aplicación de cada una de ellas. Se dice que son incompatibles porque la mecánica cuántica no ha podido explicar (¿por el momento?) la fuerza de la gravitación, aunque sí ha podido integrar las restantes tres fuerzas fundamentales de la naturaleza. Integrar las cuatro fuerzas en una sola teoría, o en un solo marco teórico, es lo que suelen llamar la “teoría del todo”.

Se termina este comentario refiriéndonos a este hermoso pasaje del discurso: “Empecé a pensar que la Verdad, como la Justicia, la Bondad y la Belleza no son cualidades que pueda poseer ningún ser humano, sino ideas-fuerza, utopías inalcanzables, diosas seductoras como Sabiduría, la Filosofía, la Teología y la Ciencia, que nos impulsan a seguir las, desear las, amar las y honrar las, aun sabiendo que ni en cien años de vida dedicadas a ellas sería posible alcanzarlas.”

Podemos postular un concepto trascendente si imaginamos que cada una de las cuatro cualidades mencionadas por Carlos Eduardo Vasco puede llevarse a su perfección. Ningún ser humano las posee en ese grado, pero es posible considerar estas cualidades límite como el ideal o la utopía de que habla el autor del discurso, y afirmar que sin duda se justifica una lucha permanente por acercarse a ellas.



Detalle de la biblioteca personal de Carmen Millán



Notas

Reconocimiento al Dr. Enrique Fore-ro, Presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (por Darío Valencia-Restrepo, “Miembro Honorario”; Medellín, 29 de junio de 2022). Empiezo por comentar que nunca había pertenecido a Academias hasta cuando en 2016 fui nombrado miembro honorario de la Institución hoy a su digno cargo.

Tal vez en parte por ignorancia, consideraba que las Academias en Colombia, así como en muchas partes, se dedicaban a actividades internas y a la relación con los socios, sin interesarse por grandes problemas de la sociedad circundante y sin preocuparse por relaciones internacionales.

Aquella visión cambió radicalmente durante los últimos seis años de mi pertenencia a la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Me encontré con una dinámica institución que desarrollaba una actividad múltiple que quisiera comentar en algunos de sus aspectos que me parecieron principales, ahora que se aproxima la

terminación de su tercer período al frente de la Academia.

Los esfuerzos para consolidar en el país una auténtica comunidad de científicos, mediante incorporación de un número creciente de miembros en las diferentes categorías, siempre exigiendo las más altas calidades posibles y propiciando la participación de las regiones de Colombia. A la vez, con un gran interés en la formación de científicos e investigadores, en particular mediante el Programa STEM-Academia y el apoyo al Programa Ondas.

El fortalecimiento de las relaciones internacionales, en especial con entidades similares en el mundo, lo cual se confirma por el prestigio alcanzado, puesto de relieve en los encargos recibidos del exterior y en la numerosa participación internacional cuando en todo un día se celebraron los 85 años de la Academia.

Su presencia en el debate sobre grandes problemas del país, con respecto a lo cual señalaría su contribución a la paz, la constante búsqueda y recomendación

de políticas públicas relacionadas con la ciencia y la educación científica, y su participación en el proceso que llevó a la creación del ministerio de ciencia, tecnología e innovación.

Titanes de la cultura (por Martha Senn. “El Tiempo”, 01.V.2022; p. 1.20). Con 56 años de vida fértil, la revista ‘Aleph’, dirigida y editada por Carlos-Enrique Ruiz y Livia González, llega a su edición número 200; un logro difícil de superar en revistas culturales. Un empeño que aúna personalidades de la academia, la filosofía, la literatura, la sociología, el arte, la antropología y la poesía. Entre sus páginas fluyen la ciencia y el humanismo con escritos que estimulan el espíritu de creatividad y optimismo que conforta la vida. Una libre concurrencia de ideas y diálogos independientes de cualquier fanatismo. En fin, una tarea de titanes de la cultura para ser reconocida y apoyada.

Para celebrar este aniversario, Ediciones Revista Aleph acaba de publicar ‘Convergencia de saberes’, un libro de 442 páginas que recoge ensayos alrededor de intereses propios a cada autor. Más de cuarenta trabajos sobre temas disímiles y apasionantes para los lectores. Veamos:

Nelson Vallejo Gómez invita a apreciar la belleza y bondad del arte de la limeña Blanca Varela, fallecida en el 2009, que definió la poesía como “una urgencia de canto, una forma de respiración”. Logró que sus poemas fueran uno con su propia vida, y que, con el esplendor de sus meditaciones, nos llenara de esperanza al afirmar: “Donde todo termina, abre las alas”. Su nieta Camila de Szyszlo la

definió como una persona tímida, reacia a la notoriedad y contraria a dar y recibir lisonjas. Acercarse a su obra es un privilegio.

El capítulo de Azriel Bibliowicz, titulado ‘Por qué resulta tan difícil leer a ‘Ulises’ de James Joyce’, nos deja con la curiosidad de acercarnos a esta gran obra experimental del siglo XX, “críptica, difícil e inaccesible”, para verificar si somos o no capaces de sobrevivir al reto de su lectura. Se nos explica que ‘Ulises’ nos confronta con una inesperada manera de comprender la novela, y si bien demanda esfuerzo, “está llena de tesoros y joyas”. Al parecer, con una erudición “incuestionable y desconcertante”, este dublinés le abrió el camino al modernismo literario que invita a reflexionar sobre el pensamiento en sus libres asociaciones, con una técnica que el mismo Joyce denominó “la palabra interior”.

Una afirmación que impacta es saber que en el trasfondo de esta novela están presentes, como música de base, las óperas ‘Don Giovanni’, de Mozart, y ‘Martha’, de Von Flotow. Inclusive, este genio demuestra su destreza y habilidad literaria al intentar escribir una “fuga para canon a punta de palabras” un experimento literario-musical. La obra del irlandés termina con la sílaba SÍ. Nos asegura el ensayista que, una vez leída esta novela, uno nunca será igual.

Con el propósito de establecer los contactos y las diferencias, María Dolores Jaramillo se refiere a dos inmortales de la misma época: el poeta lírico italiano Giacomo Leopardi y nuestro bogotano José Asunción Silva. Pesimistas frente al progreso y la civilización; agobiados

y decepcionados ante la vida; pensadores escépticos y desencantados de la realidad humana. Murieron jóvenes y fueron vilmente difamados. En lo femenino, por ambos evocado, “las ilusiones y esperanzas son derrotadas por la muerte, con personajes inciertos, etéreos impalpables que representan la mujer inalcanzable”. Observa la ensayista que los dos buscan musicalidad, manejo sugestivo de la palabra y evocación de la fantasía.

De Piedad Bonnett se lee el impactante Poema para ‘Un duelo colectivo’: “La oscuridad es la del ciego que no sabe explicarse su ceguera”.

Magdalena Holguín, por su parte, plantea la confusión conceptual de la noción de posverdad.

Vivan el esfuerzo, la calidad de contenidos y el optimismo de la revista ‘Aleph’. Que no cese de revelar el pensamiento de mentes lúcidas y creadoras

Un testimonio en la Educación (Por Antonio García-Lozada; West Hartford, 09.VII.2022). Carlos-Enrique querido, yo no tengo autoridad desde la distancia para proponer, o criticar, el cambio que se implementará en Colombia el próximo 7 de Agosto. Como lo decía Borges, en el Libro de Arena (Ulrica) “ser colombiano es un acto de fe”, tal cual lo refiere William Ospina en su entrevista en El País. Y esta fe se debe a que, aún no pierdo rasgos de mi colombianidad, puesto que algunos recuerdos que me marcaron mis profesores de primaria, bachillerato, y los cuatro semestres en la Unal de Bogotá, se han convertido en registros permanentes de mi memoria.

De todos modos, me siento más colombiano que estadounidense a pesar de vivir varias décadas en este país donde tengo una esposa venezolana, una hija nacida en la ciudad de Washington en 1992, y Benjamin mi nieto con 38 días de nacido.

Estuve como instructor/profesor en Colledge Park, Maryland desde 1986 a 1994 y después hasta diciembre del 2021 en Connecticut, donde compartí mi conocimiento frente a miles de jóvenes lo que sabía y lo que no lo investigaba. Incluso en algunas clases de gramática, tuve fructíferas conversaciones sobre el uso del verbo SER-ESTAR que se sintetiza en un sólo verbo en inglés (To Be). Pero, a fin de no engañar ni ser engañado, mis explicaciones fueron claras al igual que las de los pronombres de complemento directo, e indirecto, en comparación con las hilachas que se utilizan en la mayoría de los libros de texto en las clases de la lengua española para estadounidenses. En parte, le debo estas explicaciones al lingüista Noam Chomsky quien fue a Maryland en 1989 para ofrecer un seminario de lingüística aplicada por una semana. La llamada semana de Spring Break -que equivaldría al receso de Semana Santa - y que fue muy enriquecedora. Allí estuve yo.

En todos los años pasados, en mi calidad de profesor, terminé con la precisa impresión que las escuelas públicas en la región del noroeste estadounidense están “en un estado de descomposición”. Existe un abandono sin precedentes por docentes de su profesión. La escasez de educadores, conductores de autobús, y personal de apoyo ha dejado a municipios tambaleándose—una situación en que recortan la semana escolar

a cuatro días, se sobrellenan las clases, abandonan programas y hacen que los padres se encarguen de la educación de sus niños.

Décadas de austeridad han dejado a muchos edificios escolares estadounidenses anticuados, inseguros y mal ventilados. La propagación de COVID-19, sus nuevas variantes, es una preocupación cotidiana. Los años de remuneración es inadecuada y el costo creciente de atención sanitaria han dejado a educadores en el apuro de esforzarse para llegar a sus colegios llenando el tanque de sus vehículos a un precio altísimo del combustible y mantener la mejor de las actitudes en el aula de clases frente a sus estudiantes. Además, hay una nueva serie de recortes presupuestarios y despidos en las escuelas/colegios que está iniciándose con el dinero en vías de extinción de la Ley de CARES (Ley de Ayuda por el Covid y variantes) y que el gobierno estadounidense ha estado utilizando este presupuesto para desviar los billones de dólares en armamento a Ucrania.

Si esta “tormenta perfecta” no fuera suficiente, estudiantes y educadores están traumatizados por el crecimiento de tiroteos escolares y la indiferencia obvia oficial hacia su propia vida.

Pero para los especuladores de Wall Street, éstos no son problemas, sino oportunidades. La élite financiera ha aprovechado de las condiciones creadas o exacerbadas por la pandemia para sacar rendimientos de las inversiones que rompen los récords. Entre éstas hay una plétora de empresas de la educación, escuelas subvencionadas (escuelas financiadas por contribuyentes, pero diri-

gidas privadamente a menudo dirigidas por negocios comerciales), la industria de tecnología educativa y los inversionistas asociados en fondos de cobertura.

Las grandes empresas como Telsa (fabricante de autos eléctricos) ahora están aprovechando de un desmoronamiento educativo, no sólo en EE.UU. sino por todo el mundo, donde se está desencadenando una crisis paralela. La pandemia no debió llevar a tal colapso estatal, como se ve en China. Pero la política de la élite financiera es dejar que el virus, y las continuas variantes, se propague en la población estadounidense y apoyar al cierre de las escuelas (identificadas a partir de la pandemia de la influenza en 1918 como centros para la transmisión comunitaria de enfermedades) para mantener a los padres en casa sin trabajo y, por lo tanto, que no generen un ingreso decente para sobrevivir.

Así que en el país de las maravillas, Alicia se perdió en la panacea mundial de la democracia e igualdad.

Perdona mi perorata, y abrazos van mi maestro querido.

Hemos recibido... “Entre Ekovios – Espacios investigativos”, acerca de Manuel Zapata-Olivella (1920-2004), con los siguientes ensayos: “Entre Ekovios”, por Carmen Millán; “Manuel Zapata-Olivella – Ensayo bio-bibliográfico”, por Mara Viveros-Vigoya; “Redes intelectuales y constelaciones - Mi amigo Loro”, por Carmen Millán; “Correspondencia entre ekobios: Manuel Zapata-Olivella y Laurence E. Prescott”, por Peter Rondón-Vélez; “De hermano a hermano: amistad y correspondencia

literaria entre Manuel Zapata-Olivella y Langston Hughes”, por Laurence E. Prescott; “Letras nacionales – Esto somos. Esto defendemos”, por Carmen Millán; “Letras nacionales – Índices y agencia”, por Peter Rondón-Vélez; “Primer congreso de la cultura negra en las Américas”, por Carmen Millán; “Los cuentos. Temática y contenido”, por Carmen Millán; “Tres cuentos (Un acordeón tras la reja, El galeón sumergido, Un extraño bajo mi piel)”, por Manuel Zapata-Olivella; Discurso de Manuel Zapata-Olivella al recibir el Premio Literario ‘Nuevos Derechos Humanos’, por su novela “¡Levántate Mulato!” (Ed. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá 2019). “Un acordeón tras la reja”, por Manuel Zapata-Olivella, con ilustraciones de Nancy Friedemann (Ed. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá 2020).

“Diccionario de colombianismos” (Ed. Instituto Caro y Cuervo, segunda edición, Bogotá 2019); “Dichos, refranes y locuciones en las novelas de Gabriel García-Márquez”, por Francisco-Octavio Zuluaga, Viviana Díaz y Lirian-Astrid Ciro (Ed. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá 2019). “Tierra en blanco – Música y pensamiento a inicios del siglo XX”, por Enrica Lisciani-Petrini (Ed. Akal, Madrid 1999).

Un singular envío de Pilar González-Gómez, desde Madrid: “Caminos de España y América” (Ed. Residencia de Estudiantes, Madrid 2004), singular libro de Carmen de Zulueta, hija de notable humanista republicano que vivió en Colombia, Don Luis de Zulueta, profesor en la Universidad de los Andes (Bogotá). Carmen fue alumna de la célebrima Institución Libre de Enseñan-

za, con estudios de Filosofía y Letras comenzados en Madrid y terminados en Bogotá, con postgrados en el Radcliffe College, y profesora de lengua y literatura española en Wheaton College, en Vassar College, en la Universidad de Harvard y en la City University of New York. El libro son sus memorias con semblanzas de figuras que marcaron su infancia y su vida.

De Omar Ardila, poeta, ensayista, analista cinematográfico e investigador en temas históricos y literarios, recibimos sus libros: “Geografía del trueno – Multiplicidades, tempestades y afectos” (Ensayos; Ed. La valija de fuego, Bogotá 2022) y “Estela de sombra” (Ed. G.U.R.R.E., Bogotá 2022) que reúne sus libros de poesía: “Alas del viaje en un instante” (2005), “Corazón de otoño” (2010), “Espejos de niebla” (2013), “Luces sobre las piedras” (2016), “Estela de sombras” (inédito).

De Antonio García-Lozada su libro “La historia olvidada – Bernardo de Gálvez y la Independencia de los Estados Unidos” (edición bilingüe inglés-español), Ed. ExLibric, Antequerra (Málaga, España 2022). La prologuista, Margaret Henson, dice: “Bernardo de Gálvez, gobernador español de Luisiana, contribuyó a la Revolución Americana luchando como soldado español. Expulsó a los británicos de Pensacola (Florida), protegió la desembocadura del río Misisipi y gran parte de la costa del Golfo, convirtiéndose en un símbolo de fortaleza para estas colonias.”

Se ha recogido la “Obra Poética y Ensayos” (Sabia Mente Ediciones, Bogotá 2022) de Ricardo León Rodríguez-Arce (1937-2011), con motivo del décimo

aniversario de su muerte. Se trata de abogado, magistrado, escritor nacido en Popayán, con prolífica obra publicada en libros y diversos medios. Académico de Historia, de Jurisprudencia y de la Sociedad Bolivariana. La bella edición de 910 páginas, formato de 22x28 cms., estuvo a cargo de su hija Sophía Rodríguez-Pouget, periodista y escritora, con la colaboración en la recopilación de la obra de su esposa, Alice Pouget, Hispanista de La Sorbona, profesora titular de la Universidad del Cauca y de su hijo Juan Manuel Rodríguez-Pouget, médico-cirujano e internista.

Otra obra singular es “Ezequiel Gabrielli –Arquitecto Pintor” (Ed. Universidad Nacional de Colombia, colección *Obra Selecta*, Bogotá 2022), que recoge en manuscritos originales la hoja de vida, el informe sobre Asentamiento cultural amazónico, en dominios geográficos de los ríos Guaviare, Atabapo y Bajo Inírida. Y la mayor singularidad es su estudio a mano alzada de Las barriéres de Ledoux en París. Actuó como editor el Prof. Arq. Juan-Gabriel Ocampo H., con aporte de ensayo “Gabrielli, entre el arte y la ciencia”. Gabrielli es argentino (n. 1953) residente en Bogotá, de amplio bagaje en el mundo. El libro incorpora reproducciones de su significativa obra pictórica, con registro de sus exposiciones importantes.

Del profesor/escritor, con apego también al ejercicio de las artes visuales, Eduardo Pinzón-Espinel, “Casi lo olvido” (Edición de Autor, Manizales 2022), una maravillosa relación autobiográfica con relatos de los ancestros y lugares, en forma de novela, con episodios de la realidad y la ficción. Su prologuista, Celso Román, dice: “Desde las prime-

ras páginas este texto deslumbra como una crónica de vida en la cual el autor teje paso a paso su propia historia entrelazada con muchas vidas, para darnos a conocer lo que me atrevo a llamar un camino hacia la luz en el destino de su hermano Germán, quien llega a convertirse en el protagonista fundamental.” En la dedicatoria manuscrita, el autor me dice: “Maestro Carlos-Enrique: Este libro es la ventana donde asomarse confiado y la puerta que has franqueado invitado por las ganas, o por la inquietud que emana por saber si fue descuido del autor, y no has podido comprender si hubo razón para que Eduardo Pinzón hiciera Casi lo olvido./ Con abrazo cordial, EPE, junio de 2022”.

“Poesía selecta & 25 elogios”, de Meira Delmar (Ed. Letra A Letra, Bogotá 2022). “Aviso de la casa”, de Mario Eraso (poesía, Ed. Letra A Letra, Bogotá 2022). “Cuentos reunidos” de Fabio Díaz-Jaramillo (Edición de Autor, con impresión en USA; Manizales 2021). “El puerto invisible” de Adriana Serlik (novela, Ed. Legados, Madrid 2021). Los primeros diez ejemplares de la serie de “Cuadernos - Laboratorio de creación” (Ed. La Diligencia Libros, Bogotá): “La misma historia” de Darío Jaramillo (2020), “Jugar a hacer de cuenta” de Yolanda Reyes (2021), “La jaula de papel” de Federico Torres (2021), “El fuego que quería recordar” de Tania Ganitsky (2021), “Un cuento que es verdad – Aproximación a la crónica como género periodístico” de Germán Izquierdo-Manrique (2021), “Entre páramo y estuario” de Velia Vidal y Laura Acero (2021), “Hilar el ritmo o la búsqueda que no termina” de Cristina Bendek (2021), “Apuntes de un falso

inspector – Sobre el guión de cómics” de Pablo Guerra (2021), “Comunidad creativa” (textos breves de 31 autores;

2021) y “¿Qué tienes en la cabeza? – La búsqueda de sentido en la escritura” de Margarita García-Robayo (2022).

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), José-Félix Patiño R. (✉), Bernardo Trejos-Arcila (✉), Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo (✉), Valentina Marulanda (✉), José-Fernando Isaza D., Rubén SierraMejía (✉), Jesús Mejía-Ossa (✉), Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreirra-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Uribe (✉), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (✉), Ángela-María Botero, Eduardo López-Villegas, Carmelita Millán de Benavides, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Graciela Maturo, Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés (✉), Luis-Eduardo Mora O. (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Darío Valencia-Restrepo, Guillermo PáramoRocha, Moisés Wasserman L., Carlos Gaviria-Díaz (✉), Humberto Mora O. (✉), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Jaime Pinzón A., LuzMarina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur-Rendón (✉), Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Omar-Darío Cardona A., Jorge Maldonado (✉), María-Leonor Villada S. (✉), María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata P., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (✉), Georges Lomné, Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Farid Numa-Hernández, Albio MartínezSimanca, Jorge Consuegra-Afanador (✉), Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Alejandro Dávila A.

Colaboradores

Pilar González-Gómez. Personalidad colombo-española del Arte, la Ciencia, el Humanismo, residente en Madrid. Ilustradora principal de esta revista desde los años 80 del siglo pasado. En su honor dedicamos en especial la Revista Aleph No. 194 (2020).

Carmen Millán de Benavides. Abogada, docente e investigadora de la Universidad Javeriana (Bogotá), con maestría en Administración Pública, y maestría y doctorado en Español (Pennsylvania State University). Directora del Instituto Caro y Cuervo (noviembre 2013 a junio de 2022). En esta edición se le dedica amplio reportaje (pp. 3-15)

Juan-Manuel Espinosa. Director(E) y subdirector académico del Instituto Caro y Cuervo. Es profesional en Literatura de la Universidad de los Andes, realizó Maestría en Teoría de la literatura y literatura comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona y es doctor en Literaturas y culturas hispanoamericanas de la Universidad de Cornell, Estados Unidos.

María Ofelia Ros-Maturro. Decana Facultad Seminario Andrés Bello Licenciada en Ciencias de la Educación en la Universidad de la República (Uruguay), cuenta con el título de Master of Arts (Romance Language and Literature Spanish) en The University of Michigan y el título de Doctor of Philosophy (Romance language and Literature Spanish) en The University of Michigan.

Luz Marina Rivas-Arrieta. Coordinadora de la Maestría en Literatura y Cultura Doctora en Letras, graduada “Con honores” por la Universidad Simón Bolívar, en Caracas. Profesora Titular jubilada de la Universidad Central de Venezuela. Ha sido profesora de cátedra en la Pontificia Universidad Javeriana, en la Universidad de Los Andes (Bogotá), docente ocasional y profesora visitante de la Universidad Nacional de Colombia, profesora visitante en la Universidad de Salamanca (España), en la Universidad de Los Andes, sede Trujillo (Venezuela). Autora de *La historia en la mirada* (1997), *La novela intrahistórica* (2000 y 2004), *Las mujeres toman la palabra* (2004) y alrededor de 60 artículos académicos. La narrativa escrita por mujeres, en particular en el Caribe, los estudios de género, la ficcionalización de la historia, la literatura comparada, el diálogo interdisciplinar constituyen sus intereses de investigación.

Gloria Viviana Nieto-Martín. Coordinadora de la Maestría en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera y Segunda Lengua. Licenciada en Español-In-

glés de la Universidad Pedagógica Nacional, magíster en Lingüística Española del Instituto Caro y Cuervo, máster en Lingüística Aplicada a la Enseñanza de Español como Lengua Extranjera de la Universidad de Jaén y máster en Lexicografía Hispánica de la Universidad de León y la Real Academia Española. Le interesan la enseñanza de la gramática y del léxico, la lexicografía didáctica y la formación de profesores. Es editora y autora de materiales didácticos para ELE/L2.

Giuseppe Caputo. Coordinador de la Maestría en Escritura Creativa. Es autor de las novelas *Un mundo huérfano* (Literatura Random House, 2016) y *Estrella madre* (Literatura Random House, 2020). La traducción de *Un mundo huérfano* al inglés por cuenta de Juana Adcock y Sophie Hughes recibió un English Penn Award. Graduado en Escritura Creativa en la Universidad de Nueva York y la Universidad de Iowa, es uno de los escritores seleccionados en la lista del Hay Festival Bogotá 39-2017. Fue director cultural de la Feria Internacional del Libro de Bogotá (FILBo) entre 2015 y 2018. Actualmente es docente y coordinador académico de la Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo, programa desde el cual ha liderado proyectos de escritura comunitaria como *Encorazonadas*. *Memorias trans* desde el Barrio Santa Fe y *Travesías*. *Testimonios de personas transmasculinas en Bogotá*.

Juan David Murillo-Sandoval. Coordinador de la Maestría en Estudios Editoriales. Es Historiador por la Universidad del Valle, Máster en Historia del Mundo Hispánico por la Universitat Jaume I y doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus líneas de investigación abarcan la historia del libro y la historia intelectual en América Latina y el Caribe. Es coautor de *Historia de la edición en Colombia, 1738-1851* (Instituto Caro y Cuervo, 2017) y coeditor de la compilación *Lectores, editores y cultura impresa en Colombia. Siglos XVI-XXI* (Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano y CERLALC, 2018). Es investigador asociado del Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile, y colaborador de la Red de Cultura Gráfica y del proyecto *Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI)* EDI-RED.

José-Alejandro Correa. Coordinador Maestría en Lingüística. Lingüista de la Universidad Nacional de Colombia, magíster en Fonética y Fonología de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo/Consejo Superior de Investigaciones Científicas y doctor en Filología Española de la Universitat Autònoma de Barcelona. Sus áreas de trabajo son la fonética acústica y la variación fonética español de Colombia. Actualmente investiga las variaciones temporales y espectrales de las vocales, y la influencia de la velocidad de elocución sobre las características acústicas de las consonantes. Los aspectos metodológicos son un componente importante de su trabajo, así que sus intereses también incluyen el estudio de los

estilos de habla (habla de laboratorio vs. habla espontánea), el análisis fonético mediante programas informáticos y el análisis estadístico de datos lingüísticos.

Paula-Andrea Marín. Directora de la línea de investigación El Libro en Colombia. Doctora en Literatura (Universidad de Antioquia). Magíster en Literatura Hispanoamericana (ICC). Licenciada en Lingüística y Literatura (U. Distrital). Sus líneas de investigación son la historia de la literatura colombiana y la historia de la edición y de la lectura en Colombia. Es autora de los libros *Acercaamiento a la novela colombiana de los setenta* (Instituto Caro y Cuervo, 2010), *De la abyección a la revuelta: La nueva novela colombiana de Evelio Rosero, Tomás González y Antonio Ungar* (Pontificia Universidad Javeriana, 2013), *Novela, autonomía literaria y profesionalización del escritor en Colombia (1926-1970)* (La Carreta-UdeA, 2017) y *Un momento en la historia de la edición y de la lectura en Colombia (1925-1954)* (Universidad del Rosario, 2017). Es, además, coautora y coeditora de los libros *Lectores, editores y cultura impresa en Colombia. Siglos XVI-XXI* (Universidad Tadeo Lozano-CERLALC, 2018), *Ellas editan* (Ariel-Planeta, 2019) y *La edición del cuento en Colombia en el siglo XX* (PUJ-Universidad del Rosario-Universidad Autónoma Metropolitana, 2022).

Natalia González-Melo. Profesional en Creación Literaria de la Universidad Central y candidata a magíster en Estudios Editoriales del Instituto Caro y Cuervo. Ganadora del Concurso Mirabilia de Cuento de Ciencia Ficción en el año 2019 con “Valeria 2.0”. Su cuento “T1m0t1” fue publicado en la antología *Dispositivo (dizque) distópico*, de la editorial Mirabilia.

Laura-Isabel Bohórquez S. Licenciada en educación básica con énfasis en humanidades: español-inglés de la Universidad Pedagógica Nacional. Estudiante de la maestría en Literatura y Cultura. Participa en el proyecto “Poesía en movimiento”.

Carlos-Eduardo Vasco U. (n. 1937). Físico y Matemático, PhD. Humanista. “Miembro de Número” y “Miembro Honorario” de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Colombia. Su vocación fundamental ha sido la enseñanza de la Matemática, con prolongada asesoría al Ministerio de Educación Nacional. Importante obra científica publicada desde 1975. Su hoja de vida puede consultarse en: <https://accefyn.org.co/cv-carlos-eduardo-vasco-uribe/>

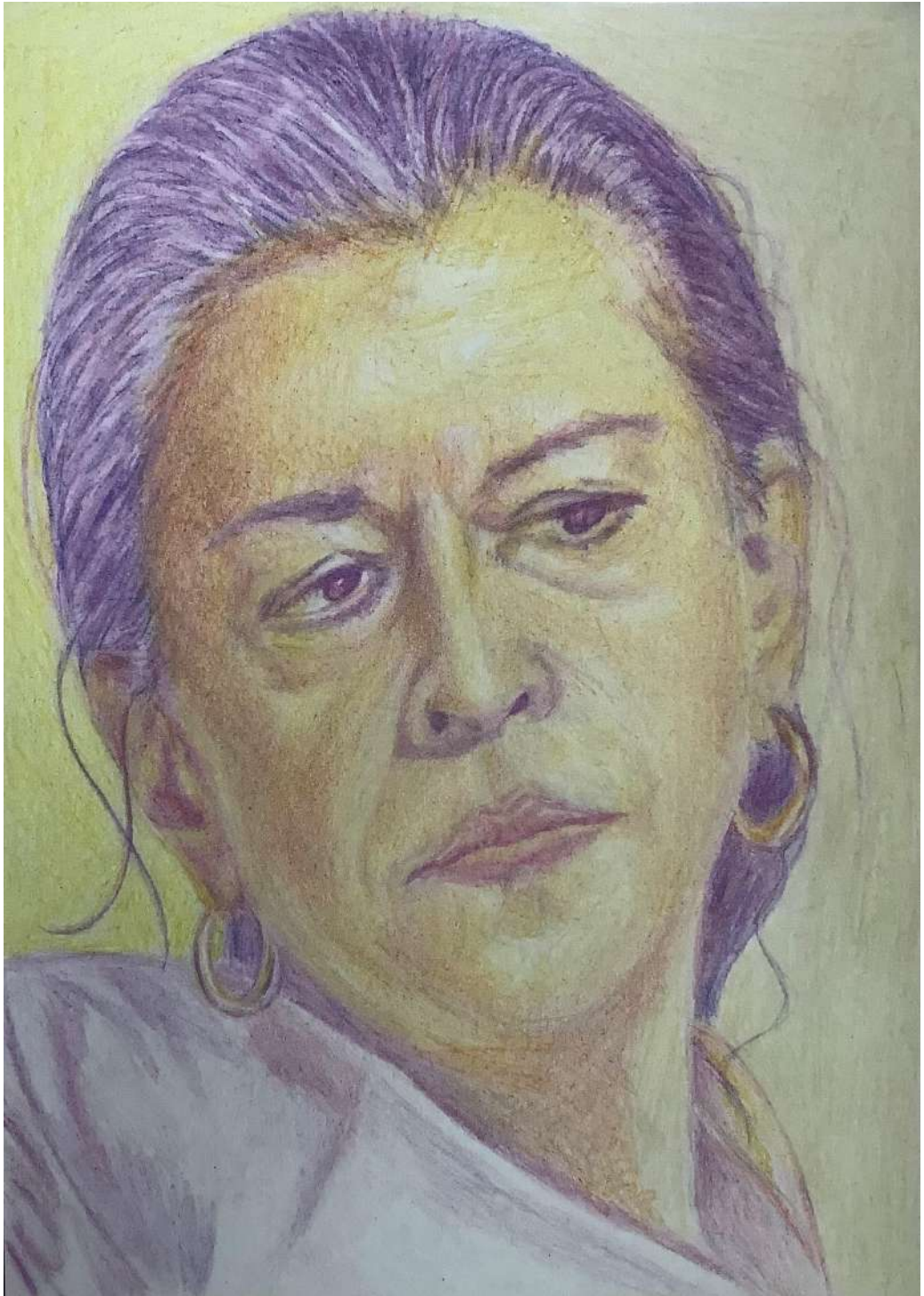
Darío Valencia-Restrepo. Ingeniero Civil y Matemático, Profesor Emérito y Doctor h.c. de la Universidad Nacional de Colombia, con Maestría en “Recursos del Agua” en el Instituto Tecnológico de Massachussets. Humanista, con especial

vocación por la Música, la Historia, el Pensamiento. “Miembro Honorario” de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Fue rector de la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional de Colombia. Autor de libros y ensayos científicos; sus artículos de prensa están reunidos en tres volúmenes. Su obra más reciente: “Comentarios sobre la vida y la obra de Johann Sebastian Bach” (2021). Gestor de la Academia de Ciencias en la promoción de la vida y la obra de Alexander von Humboldt y Francisco-José de Caldas, con libros publicados. Su hoja de vida puede consultarse en:

<https://www.valenciad.com/files/Hojadevida2.pdf>

Desde diciembre de 2006 tiene una página de internet titulada “Viaje del tiempo” con libros y documentos, conferencias, artículos de revista y columnas de prensa, así como con comentarios y grabaciones sobre música. Su dirección es www.valenciad.com





Carmen Millán – Obra de Pilar González-Gómez

-En conmemoración de los 80 años del Instituto Caro y Cuervo-

Manuscrito autógrafo (páginas 1 y 2) <i>/Carmen Millán/</i>	1
Carmen Millán, dialogante interdisciplinar y los 80 años del Instituto Caro y Cuervo <i>/Reportajes de Aleph/ /Carlos-Enrique Ruiz, Paula-Andrea Marin/</i>	3
Un paseo con las voces del Caro y Cuervo <i>/Natalia González-Melo, Isabel Bohórquez/</i>	16
La Facultad Seminario Andrés Bello del Instituto Caro y Cuervo <i>/Ofelia Ros, Alejandro Correa, Viviana Nieto, Juan-David Murillo, Giuseppe Caputo/</i>	24
Pedro Urbano González de la Calle: las ciencias del lenguaje en servicio de la identidad nacional colombiana <i>/Juan-Manuel Espinosa R./</i>	41
Redes intelectuales – Mi amigo Loro <i>/Carmen Millán/</i>	56
En el vientre de Mnemosina – Música y Literatura <i>/Carmen Millán/</i>	65
Septimazos memorables <i>/Carmen Millán/</i>	75
En busca de la Verdad – Lección al recibir el Doctorado h.c. por amor a la Ciencia <i>/Carlos-Eduardo Vasco U./</i>	83
Comentario a la Lección de Carlos-Eduardo Vasco U. <i>/Darío Valencia-Restrepo/</i>	96
NOTAS	
<i>/Reconocimiento al Dr. Enrique Forero, Presidente de ACCEFyN (por Darío Valencia-Restrepo)/ Titanes de la Cultura (por Martha Senn)/ Un testimonio en la Educación (por Antonio García-Lozada) / Hemos recibido.../</i>	100
Patronato histórico de la Revista	106
Colaboradores	107